CRITERIO



Nº 1209

8 de Abril 1954

Año XXVII

CRITERIO

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXVII | Buenos Aires, 8 de Abril de 1954 | Nº 1209

DIRECTORES: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI y Pbro. LUIS R. CAPRIOTTI

A UN MOSQUITO

(Divagaciones de un insomne)

GUSTAVO J. FRANCESCHI

Mosquito:

ME es muy difícil decirte "querido" o "estimado" porque tales palabras carecerían de sinceridad. En mala hora viniste, en la noche cálida, en la atmósfera pesada y húmeda, casi a la madrugada, cuando yo, luego de dar innumerables vueltas en la cama, de haber oído las sucesivas campanadas del reloj que habita la torre vecina, de haber recorrido todas las ideas capaces de engendrar modorra, creía sumergirme en la nebulosidad precursora del sueño. Percibí entonces un zumbido remoto, y por un momento imaginé se trataba de algún automóvil que circulaba a deshora. Pero muy pronto me desengañé: eras tú. Y tu proximidad es desagradable; sólo puedo compararla a la de cierto fonógrafo cercano a mi casa que vierte este mes diariamente cinco horas contínuas de propaganda política sobre los exasperados habitantes.

Para amarte de verdad, debería ser San Francisco de Asís, el que amó y convirtió al lobo de Gubbio y a otras alimañas todavía menos estimables. Quizás él, esta noche, te habría convencido de no picar, o siquiera de no zumbar. Amarte no puedo porque carezco de la virtud heroica necesaria para ello. No te atribuyo maldad consciente, no produces ese ruido sordo y prolongado que anuncia tu proximidad con el propósito de molestarme, de arrancarme el sueño que tanta falta me hace. Has sido hecho así, formas parte de la naturaleza que se rebeló contra el hombre desde que cometió el pecado original. Un instante antes de acostarme se me cayó una llave, y como con el propósito de fastidiarme fué a dar detrás de la cama, obligándome a arrastrarme para recogerla: tú te fundes en ese conjunto hostil que me recuerda la heredada debilidad, despiertas en mí la noción de la culpa. Quieres clavarme tu aguijón porque necesitas alimentarte: tu instinto te lanza contra mi carne, y no tienes la noción de la impaciencia que en mí despiertas. Eres un desorden, nada más.

Pero, con esa manía que padecemos los hombres de dar carácter humano a los seres menos susceptibles de ello, te suponemos, mosquito, inteligencia y voluntad, y entonces nace no ya el amor como en el de Asís, sino el resentimiento y aun el odio. Ya que no me dejas dormir, déjame al menos pensar en este punto.

Fenómeno curioso pero lógico: más que tu picadura es tu zumbido el que nos lleva a la exasperación. En esto no te asemejas, que yo sepa, a otro animal. El toro no brama cuando va a cornear, el tigre y el lobo asaltan en silencio. Pero tú pareces poner en guardia a tu futura víctima, desafiarla, decirle "vamos a ver quien puede más, tú o yo". Y ahí vas y vienes, te acercas y alejas, te posas un instante con lo cual todo queda reducido a silencio, tornas a alzar el vuelo, rozas la mejilla del hombre que está con el oído avizor y en el momento que juzga oportuno se aplica una primera bofetada con la intención de aniquilarte, falla en su propósito, te dirige mentalmente calificativos nada amables, vuelve a ponerse en acecho, deja de lado todo propósito de dormir porque sabe que eres implacablemente perseverante. Y la lucha se prolonga, él siempre en silencio, y tú haciendo sonar la trompa guerrera. Poco a poco la exasperación se apodera de tu víctima, que al fin resuelve cambiar de táctica y dejarse picar para luego conciliar el sueño. Pero cuando clavaste el aguijón y quedas así bien localizado, ocúrresele una nueva solución, práctica y vengadora, y muy despacio levanta la mano y aplica el golpe. A veces lo yerra y tú vuelves a zumbar, a veces logra su propósito y recuesta satisfecho la cabeza en la almohada... a no ser que a contados minutos otro mosquito, sucesor del interfecto, deje oír su zumbido, amenazador e irónico.

Y lo que exaspera más todavía que el sonoro vibrar de tus alas es la desproporción entre los adversarios. Yo poseo la facultad intelectual y no estoy lejos de los ochenta kilos. ¿Y tú? No eres más que instinto y hace falta una balanza de farmacéutico para pesarte, pues no alcanzas al decígramo. En esto parece hubiera una injusticia, un atropello al mejor derecho del más grande. Pero en mi insomnio la meditación deriva hacia otro horizonte, y me veo obligado a recordar que es mayor todavía la desproporción entre Dios y el hombre: sin embargo, mediante el pecado, viola éste los derechos de Aquél. ¡Ah, mosquito! me has constreñido a recordar una frase leída hace poco en el libro de Daniel, dicha directamente a los hebreos, pero que alcanza a todos: "¿os parece poco ser molestos a los hombres, que queréis serlo también a Dios?" Tú me obligas a penetrar un poco más hondamente dentro de

mí mismo, a reconocer mi condición de criatura caída: no eres el único en zumbar insolentemente; tu actitud, cuando durante la noche desvelada medito en ella, me lleva a golpearme el pecho, y repetir humildemente "yo pecador me confieso"...

No puedo dormir, pero ¡hay tantos que no duermen esta noche! Junto a la cama de los enfermos velan tantas madres, hijos, esposas, sin contar los enfermos mismos, los febricientes, los doblegados por el sufrimiento, los que a nadie tienen que comparta su insomnio. Y no faltan los que carecen de techo, los que no saben cómo pagar sus deudas, cómo alimentar su progenitura, las mujeres que aguardan en vano a sus esposos retenidos por el placer, las que verán regresar ebrios a los compañeros de su vida, las que saborean toda la amargura de una esperanza fallida o de una ilusión fracasada... ¡Dios mío, qué poco se duerme pacífica, serenamente, sin el torturador recuerdo del ayer ni el temor al incierto mañana! Y tú, mosquito, al mantenerme despierto me haces sentir que soy hermano de todos esos angustiados, yo que me quejo porque dentro de mi dormitorio zumbas tú. ¿No me será bueno, para despertar mi percepción fraternal amodorrada, padecer alguna vez y por breves horas lo que tantos otros sufren por dilatados meses?

Porque —la verdad sea dicha—, declamamos mucho acerca de la solidaridad entre los hombres, pero en los vaivenes de la existencia cotidiana la practicamos muy poco. Es *naturalmente,* —no *sobrenaturalmente*—, lógico que pensemos en nosotros mismos infinitamente más que en los otros, ya que estamos más presentes a nuestro propio ser que esos. Somos un centro de actividad, consciente de su existencia, y todas nuestras sensaciones nos afirman que nuestra personalidad es real. Los demás, en cambio, están siempre más alejados de nosotros, se afirman por su distinción: "tú y yo". Si nos dejamos llevar por nuestro egoísmo, la distinción, de puramente psicológica, se convierte en moral: "tú contra yo". Llegamos entonces a considerar que cuanto es anexado a nuestro prójimo es negado a nosotros, y que el bien de uno es inversamente proporcional al bien de los otros: de ahí precisamente nacen la difamación por un lado, la envidia y el robo por otro. Por esto *naturalmente* no nos sentimos inclinados a experimentar como propio el mal ajeno: ¿qué me importa haya mosquitos en el dormitorio de los desconocidos, si están ausentes del mío? Y es indispensable que experimentemos en carne propia la molesta picadura para pensar —a veces—, en lo que padecen el cuerpo o el alma de aquellos a quienes a pesar de todo llamamos *nuestros hermanos.*

Ya ves, mosquito, que no me eres del todo inútil pues me obligas a reflexionar sobre problemas que tocan el fondo mismo de la vida, y que oponen el cristianismo al materialismo. Sirves, reconozco que involuntariamente, para despertar algunas ideas bienhechoras que pueblan el insomnio que me domina. ¡Estar abrumado de sueño y no poder dormir! Y la nerviosidad que tu zumbido implacable sobreexcita hace subir del fondo de mi ser impaciente el fango que en él depositó el pecado. Porque la verdad es ésta, mosquito, me haces sufrir, y en virtud de la incontenible tendencia mencionada a personalizar los seres irracionales, hubo en mí pujos de ira que no me fué fácil aplacar. Por momentos te consideré, en las divagaciones de mi insomnio, como alguien maligne, perverso, sádico, que se gozaba en privarme del necesario descanso. Vino entonces a mi memoria el nombre de Régulo, el jefe romano, que fiel a la palabra dada a los cartagineses de quienes era prisionero, regresó al cautiverio después de haber aconsejado a sus compatriotas que no se rindieran, y fué hecho morir por sus carceleros mediante el suplicio atroz de privarlo totalmente de sueño. Y surgió la idea de vengarme si llegaba a atraparte.

Me hiciste comprender, mosquito, que si no se posee corazón cristiano la venganza es sabrosa, y no halla límites en sus excesos. No en vano decían los antiguos que es ella "un placer de los dioses". El año pasado vi en un escaparate del museo de Madrás, en la India, toda una serie de pequeñas estatuas, de grupos espantosos que representan los suplicios aplicados —quiero suponer que sólo antaño— en China. Los había que verdaderamente hacían enderezarse los cabellos en la

cabeza, y cuya concepción no podían haber surgido más que en una inteligencia satanizada. Pues bien, créemelo, por momentos el hombre a quien enloqueces quisiera capturarte, arrancarte una por una las patas y las alas, cortar tu trompa, clavarte en un alfiler ¡qué sé yo! no sólo reducirte a la nada sino hacerlo de manera tal que a la vista de tales suplicios escarmentaran todos tus congéneres. He leído muchas veces la historia de los enconos de un pueblo contra otro cuando ningún sentimiento cristiano los atenuaba: Alejandro, llamado grande, crucificando a centenares de tirios por el *crimen* de no haber querido rendírseles, romanos condenando a los vencidos a las fieras, turcos destrozando a niños y mujeres durante la guerra de liberación de Grecia... y posteriormente campos de concentración, bombas atómicas y represalias atroces. He aquí los frutos del odio, más natural al hombre, triste es decirlo, que el amor. Y tú mosquito, me los recuerdas, los haces nacer en mí, a quien la práctica de la vida cristiana debería haber equilibrado los nervios. Me pones frente a frente con toda esa miseria íntima, con el instinto rebelado que se subleva; en mí, lo confieso, el paganismo está dominado, mas siempre pronto a renacer. Me has obligado, mosquito, a practicar el "conócete a ti mismo", me has dado una lección de humildad.

...Esto es peor que no dormir, es velar: no es negativo, sino positivo. Enciendo la lámpara y tomo un libro. Súbitamente tú callas: eres enemigo de la claridad. Las letras bailan un poco ante mis ojos enrojecidos por el insomnio y debo, para leerlas, fijar en ellas la atención que habría de consagrar a las ideas. Soy injusto en el fondo con el autor, literato de enorme valía, pues considero como simple somnífero al que debería respetar como maestro. No hice bien en colocar sobre mi mesa de luz un volumen de Charles du Bos, quien no ha puesto toda su exquisitez en esas páginas para que yo las recorra entre cabezazos y bostezos: nadie lo ha superado en sus análises de Gide. He aquí el triste destino de los hombres que esmeradamente, corrigiendo una y otra vez el texto con el fin de precisar sus ideas, ahondando a fuerza de meditación en su tema, escriben un libro magistral para que al fin y al cabo alguien lo utilice como barbitúrico. ¿Qué será de mis esbozos mañana?... Por lo demás no puedo seguir balanceado como lo estoy entre el temor de oír otra vez tu zumbido si apago la luz y el dolor que va apretando mis sienes si la mantengo encendida. Cierro un instante los ojos, y entonces paréceme ver una figura.

Es la del Gran Insomne, de Cristo entregado a los sayones en el patio del Sanhedrín. Es fácil reconstruir la escena con los datos que nos proporciona el Evangelio y los que descubre la arqueología. Veo al Redentor sentado en un poyo de piedra y librado a la burla de la soldadesca. Las cuerdas que lo amarraban, los golpes, las manos aferradas; los salivazos, la sed mantenían abiertos esos ojos, una de cuyas miradas arrancó a Pedro de su apostasía. Mi insomnio, Señor, no es digno de cotejarse con el tuyo: yo sufro en mi pequeñez, Tú en tu grandeza. Yo padezco porque no sé cómo defenderme de un mosquito, ni tampoco sé tolerarlo; Tú, porque amabas a los hombres "hasta más no poder" y libremente soportaste su miseria. Yo, en esta noche, he sido rebelde, los instintos se desencadenaron, conocí mi capacidad de odio y de soberbia; Tú en cambio fuiste "manso y humilde corazón". Yo pensé en despedazar una de tus creaturas; Tú quisiste salvarlas a costa de tu insomnio. Ten piedad de mí...

Un anuncio de aurora comienza a aclarar en la ventana abierta. Adiós, mosquito, recuerda lo que dijo Stern a uno de tus semejantes: "en este mundo hay lugar para ambos sin que mutuamente nos estorbemos". Vete porque otro día asoma; tengo derecho a defenderme de ti porque necesito trabajar, y para ello debo dormir. Pero ya no te aborrezco: me serviste, me abriste los ojos del alma sobre lo hondo de mi ser. Que Dios en alguna forma te proporcione el alimento que a ti también hace falta... ❖

EN ESTE NUMERO:

En una diversión del modo habitual de sus artículos, bajo la aparente causticidad de sus divagaciones de un insomne, monseñor GUSTAVO J. FRANCESCHI *nos ofrece una profunda meditación sobre problemas que tocan el fondo mismo de la vida.*

Al humanismo pagano de Grecia y de Roma, que debe ser tenido muy en cuenta en la verdadera educación intelectual, los católicos suman el verdadero y gran humanismo de Cristo, que es elevación del hombre a Dios. Y en el oficio de mediación universal de la Santísima Virgen María, EVA TEA *ve otro humanismo, que atempera al de Cristo, y se ofrece como tema de inspiración al arte moderno.*

El septuagésimo aniversario de la vida de José Ortega y Gasset da ocasión a MAURICIO PÉREZ CATÁN *para evocar recuerdos de la estada del filósofo español entre nosotros y, con simpatía, referirse a algunos aspectos de su obra y a valores de su labor intelectual, tan discutida cuanto incomprendida.*

Federico Le Play ejerció su influencia sobre el pensamiento social católico en uno de los momentos más graves de la historia religiosa de Francia. HENRI ROLLET *sigue en su artículo las líneas generales de sus ideas y demuestra cuál fué su papel en la evolución ulterior del catolicismo social. Si los católicos franceses aportan hoy al estudio de los problemas sociales tanta objetividad cuanto eficiencia, lo deben en parte al paciente esfuerzo de Le Play durante el siglo pasado.*

Un fragmento de "Carta a mi hermano", perteneciente al último capítulo del libro "El Pilar de Fuego", de KARL STERN, *recientemente editado por CRITERIO, que cierra de modo magnífico su viaje espiritual del judaísmo al catolicismo.*

SILVIA POTENZE, JAIME POTENZE y GUSTAVO FERRARI *trazan el itinerario alfabético del Festival Cinematográfico de Mar del Plata.*

De la serie de Reportajes a escritores argentinos, *la entrevista a Manuel Mujica Láinez, por* HUGO EZEQUIEL LEZAMA.

Dos "Sonetos de Dios": "Tan tuyo es..." y "Cómo el tiempo se va...", es la primera colaboración poética de JORGE VOCOS LESCANO *para CRITERIO.*

En Pensamiento Pontificio, *la alocución de S. S. Pío XII a la Unión de Juristas Católicos Italianos sobre nación y comunidad de Estados, y el comentario que, transmitido por Radio Vaticana, hizo de la misma el R. P. G.* WEIGEL, S. J. — ROMUALDO BRUGHETTI, *en* Artes Plásticas, *trata de la descripción plástico-pictórica. —En* Teatro, JAIME POTENZE *comenta la presentación en Buenos Aires del Folies Bergère de París. — De* JUAN ANDRÉS SALA, *en* Música, *una nota sobre el centenario de Leos Janacek. — Además las secciones* Vida Internacional, Informaciones *y* Libros.

El humanismo mariano y el arte

EVA TEA

Milán.

EXISTE un humanismo pagano que debe ser tenido muy en cuenta, por los católicos, tal como lo tuvieron presente nuestros grandes del medioevo, Santo Tomás y Dante. Ese humanismo no vuelve las espaldas a Dios, como aquel del Renacimiento, sino que lo busca con todas las armas de la razón y la fantasía, y esto basta para destacar su nobleza. Es el humanismo de Platón, de Aristóteles, de Policleto y de Fidias; fundado sobre un elevado concepto de la dignidad humana, forma aún la base de nuestra educación intelectual, si queremos llegar a ser hombres de conciencia libre y pensamiento vivo.

Pero nosotros, cristianos, sabemos que el verdadero, el gran humanismo es el de Cristo, que eleva el hombre a Dios. "Deus, qui humanae substantiae dignitatis mirabilius condidisti e mirabilius reformasti". Esta plegaria de la Misa es la mejor valoración del hombre que nos haya legado el mundo antiguo; liturgia romana, de imperial edad, digna de aquel San Ambrosio al que nada falta de lo que constituye el perfecto humanista. Culto en letras griegas y latinas, conduce la Iglesia como un Estado —antes había conducido el Estado como una Iglesia— se ocupa de arte, ama la estatuaria clásica; pone en cada uno de sus actos una dignidad regia. En el comentario del Hexamerón, exalta la belleza del cuerpo humano quizá como ningún otro escritor lo haya hecho nunca. "Antes que nada, me parece ver la estructura del cuerpo humano como si fuera la del mundo. Ved, el cielo está sobre el aire, sobre las tierras, cosas que son como los miembros del mundo, así la cabeza se alza sobre todos nuestros miembros. En esta fortaleza del cráneo habita la regia sapiencia, según el Profeta. Y la coronación de la cabeza, ¡qué suave y bella es!, ¡qué hermosa es la cabellera!: digna de reverencia en los ancianos, venerable en los sacerdotes, terrible en los combatientes; graciosa en los adolescentes —¿no pareciera verse la mano de Sócrates pasar sobre la cabellera de Fedón?— linda en las mujeres, suave en los niños.

No es pequeño sentido el tacto. Están en él la dulcísima voluptuosidad y el seguro juicio. ¿Qué decir del beso, prenda de amor y de caridad? Se besan hasta las palomas, pero ¿qué tendrá que hacer su beso con la belleza del beso humano, que es símbolo solemne de amistad?

Una segura inocencia emana de estos elogios, que se inspiran en un clásico sentido de la sencillez: "Oh, hombre, estás pintado y pintado por el Señor: es bueno en ti el artista, y el pintor. No borres la pintura buena, fulgente, no por el afeite sino por la verdad, expresa no en la cera sino en la gracia". Policleto, ¿se hubiera expresado de otra manera? Si se pone a cantar este humanista, canta con los modos de Horacio; si inculca a sus sacerdotes un estilo de vida, los quiere dulces y austeros como pontífices. "Es la belleza del vivir —dice en el De Officiis— observar las conveniencias del sexo y la persona... no excluyamos la gracia, porque la verecundia infunde pudor en el rostro y lo torna grato; y como el artífice opera mejor sobre materias más manuables, así la verecundia brilla más en la belleza del cuerpo... Tenga la voz una cierta belleza regia y de sentido viril". En todo quiere que se observe la naturaleza, "cuya imagen es regla de disciplina y forma de honestidad".

Y Ambrosio no es una excepción, en el tiempo de los Padres, que es, para la Iglesia, la época de las grandes personalidades.

La cultura humana de los orígenes cristianos, no es lo bastante conocida por quienes, oliendo el cristianismo desde fuera, ven la cruz solamente como escándalo, y la muerte como vejamen. Va desde el vestido personal, hasta la poesía y el arte monumental. Una religión perseguida y todavía sangrante, alcanzada la paz con libertad, no surge con expresiones macabras, sino que celebra en sus basílicas el triunfo presente y aquel que vendrá, con imágenes ricas de esperanza, con alegría madura y al mismo tiempo infantil. Ni siquiera permite presentar la cruz sin los signos de la victoria, esto es, espléndidamente ornada.

Toda la liturgia se marca con tal triunfante serenidad. El acuerdo entre la vida civil y la religiosa se celebra con plegarias aun hoy emocionantes para nuestro corazón, demasiado a menudo impulsado a dividirse en sus afectos más sagrados, por el vacilar de tal bendita armonía.

SIN embargo, detrás de la leticia de este supremo humanismo cristiano, no calla el recuerdo de la lucha. Las páginas de Eusebio de Cesarea, donde se exalta la alegría de la paz religiosa, son seguidas por una memoria cruenta, la de los mártires de la fe, que apenas acaban de esparcir su sangre. Y esta sangre dada con transporte, *y sin embargo sangre*, se mezcla y siempre se mezclará en todos los tiempos con la del divino Maestro, que virtió la suya hasta la última gota para redimir al hombre de su culpa.

La tragedia innata del Cristianismo no puede, no debe ser olvidada. Es ésta la gran diferencia entre el humanismo pagano, pesimista pero bien ambientado en la tierra, y el humanismo cristiano, el de las esperanzas inmortales que vuelven dulces las pruebas más atroces.

El sufrimiento —lo que por otra parte había sido notado ya por Sócrates— es condición de alegría para el cristiano, así como la muerte es condición de victoria.

Basta romper por un solo instante el equilibrio entre el dolor y la esperanza, para que el humanismo cristiano se coloree de padecimiento y espanto. Y es cierto que, si se reflexiona en la grandeza del sacrificio de Cristo por nosotros de una parte, y de la otra, en la inexorabilidad de la condena que nos incumbe si no sabemos recoger el fruto, un temblor terrible, aunque saludable, nos toma. Conciliar la serenidad humanística con este temblor, no es fácil. No por nada la Esperanza es virtud teologal, es decir, infusa en el alma por Dios mismo.

Y henos ya en el tercer punto: el humanismo de María.

En mi último viaje a Lourdes, quise visitar sobre la colina el gran Via Crucis, donde las estaciones están representadas por grupos marmóreos grandiosos; una de las tantas obras de arte lourdianas que reflejan los tiempos mediocres en que fueron erigidas, pero que, en el lugar, cobran fascinación. Con ánimos encaminados más a la crítica que a la piedad, subía la colina, cuando reparé en que otra persona hacía el mismo camino, con otros propósitos.

Era un sacerdote francés, anciano, de venerable aspecto. Lo saludé y juntos proseguimos el camino en silencio, asociándome a sus plegarias. Cuando estuvimos ante el calvario, se detuvo a contemplar largamente el crucifijo y luego murmuró: —"¡Aquí está todo!" "Está todo" —repitió con fuerza. "Sólo ante Jesús crucificado se pueden aceptar los terribles casos de la vida". Y me contó de un sobrino suyo, muerto muy joven, por una pulmonía contraída en la sagrada piscina de Lourdes. "La Virgen no nos ha concedido la gracia; murió donde tantos recuperan la salud".

Venía yo del asilo donde había apenas constatado el primer milagro de nuestro peregrinaje. Aquel llanto me sorprendió, me afligió, y bajé al santuario: pero en el aire mariano que allí se respira, sentí no se qué tibieza consoladora, como si la Virgen me hubiera tomado del brazo.

Más tarde, aprendí de otro sacerdote la doctrina de que todo es gracia en la vida: la salud, la enfermedad, la muerte, el bien y el mal físico, el logro y el insulto, la alegría y el dolor; porque todo viene de

María, la dispensadora de las gracias actuales, que preparan la gracia santificante, supremo don de Dios. Entendí entonces porqué Cristo nos ha dado la Virgen por madre: su altísimo humanismo se atempera con el de ella, tan llanamente humano y consolador.

Cuando el padre alpinista desea que su hijito se arriesgue con él sobre el glaciar, la madre no se opone, incluso anima con sus caricias al pequeño, pero le pone, defendiéndolo del frío, una buena tricota de lana.

La Virgen es la Madre que nos cubre con su calor y nos prepara a afrontar aquello que hay, o puede haber, de extraordinariamente heroico, en la simple profesión del cristiano.

Semeja en todo a su divino Hijo; como El ha asumido una carne pura, sin mancha, como El ha cumplido en toda la vida la voluntad de Dios, como El ha ascendido al cielo con su cuerpo glorioso; en una sola cosa se diferencia: no nos juzga. Siguiéndola, seguimos a Jesús, pero por un camino más dulce, y más adecuado a nuestra poquedad; caminamos sobre las aguas, pero de la mano, sin peligro de caer; Cristo nos ha dado a Dios, la Virgen nos lleva en sus brazos por este arduo camino de lo divino.

Su misión es ofrecernos aquello que nos falta.

Se dice que Dios no nos prueba más allá de nuestras fuerzas. Esta benigna proporción, este dosaje tan exquisitamente humano y materno, es obra de la Virgen. Es madre, y, como las madres terrenas, sabe cuántos pasos puede dar su hijito. Abandonándonos completamente a ella, como quiere la doctrina antes indicada, estamos seguros de llegar a Dios sin excesiva violencia de nuestra naturaleza; antes bien, elevándola, con juicio y mansedumbre. He aquí lo que llamo humanismo mariano. ¿Pero qué significado tienen estas cosas para el arte? ¿Por qué las decimos a los artistas?

HE notado, que cuando el artista moderno se encuentra en libertad de elegir un tema sacro, no elige casi nunca a la Virgen, y mucho menos en aquellos aspectos sobre los cuales la Iglesia reclama hoy nuestra devoción: la Inmaculada Concepción, o la Ascensión.

Son dos temas gozosos y el artista moderno siente lo trágico, lo macabro. Por eso recurre a la Pasión, al Varón de Dolores, a la Crucifixión, al Descendimiento. En estas iconografías, puede desahogar su profunda amargura, cuando no hasta el sentido de lo grotesco.

Para el tema de la Virgen, se le opone una dificultad de orden psicológico: la Virgen debe ser bella, joven, si es cierto —como lo quiere Miguel Angel, con los Padres griegos— que nunca envejeció; sin excesivos rasgos de padecimiento físico, porque su martirio fué total y solamente interior.

¡La Virgen debe ser bella! ¡Ardua exigencia para un artista moderno! No ironizo. La cuestión de la belleza humana, indispensable en algunas imágenes sacras (Virgen, ángeles) es mucho más grave y compleja de que lo que se cree. El consejo de retornar al pasado de los bien pensantes, no vale; no se puede repetir lo que ya ha sido hecho: renovar a Rafael o a Giotto. No se puede y no se debe, puesto que no se vuelve atrás porque hemos sido llamados a ir adelante. A partir del momento en que la Iglesia ha invitado a todas las naciones a dar su propio arte cristiano, el tipo de belleza virginal y angélica no puede quedar más ligado a un ideal histórico, cultural, etnográfico. La verdadera imagen de la Virgen, no es de raza blanca, ni negra, ni amarilla. No es ni clásica ni romántica. Es la manifestación de una belleza interior, una cosa no vista —aunque exteriorizada bajo la sombra de lo natural— tal como escribía Cennino Cennini, que, a fines del siglo XIII acogía, en su "Libro del arte", la tradición de Giotto.

Esta "cosa no vista", pero sí imaginada, pero sí creada, esta maravilla toda espiritual puede cobrar la forma de un blanco, de un negro, de un piel roja; no importa, basta de que sea la Virgen. Providencialmente, los Evangelios no han fijado ningún recuerdo del aspecto físico y exterior de María. Su retrato, cada uno lo encuentra meditando. ¿Conocéis aquel que nos ha dado San Ambrosio, el humanista cristiano? "Su aspecto era simulacro de su mente, imagen de su bondad. Hacendosa entre las paredes domésticas, no tenía fuera mejor custodia que ella misma; veneranda en la apostura y el trato. Atendía a todos como si hubiera debido de todos aprender, y cumplía los actos de virtud como hubiera debido enseñar, en vez de aprender".

Esta tranquila imagen, se concilia bien con aquel espíritu de humanismo mariano, del cual hablábamos antes. Podemos imaginarnos a María Egipcíaca, que en el desierto se entrega a un ascetismo aspérrimo; no como una madre, que, al igual de María, debe sentar a la mesa cada día a su hijito. Comprendemos el ascetismo de un San Bernardo, que, absorto en Dios, no sabía cómo se habría hecho el camaranchón de su celda; pero no podemos imaginarnos la mujer de un pobre artesano que no tenga cuidado y casi diría piedad, de las más pequeñas cosas de su casa.

Los predicadores dicen muchas cosas de María y todas ciertas; pero, a menudo las dicen de modo amanerado y permanecen ajenas a nosotros; y además, el espíritu no comprende, si no prueba: es preciso, pues, experimentar a María. Cuando aprendemos a vivir con Ella, todo se vuelve simple. Una noticia en otros tiempos nos hubiera quitado la serenidad; pero, desde que servimos a María, de la que todo proviene, ahora no logra turbarnos; una alegría inesperada exaltaría nuestro corazón; María nos recuerda quiénes somos y nos inspira compostura.

El equilibrio del espíritu es el verdadero fruto que se extrae de una verdadera devoción a María. Y en consecuencia también el equilibrio del arte. Quisiera que todos los artistas viviesen el humanismo mariano, para que nos dieran un verdadero arte humanístico en el sentido que hemos dicho. Quisiera que todos fuesen humanísticamente educados, con un sentido alto y realista de aquellas experiencias de armonía exterior e interior, que la vida moderna vuelve cada vez más difíciles.

La liturgia en la vida religiosa, la danza, la música, el teatro en la vida de la escuela, deberían elevarlos poco a poco hacia esa belleza "no vista", de la que nos habla el alumno de los alumnos de Giotto.

Hemos visto directamente a un gran artista, Picasso, transformar las formas naturales en fantásticas, y transfigurar a su modo el mundo en un orden puramente terreno.

Sería necesario suscitar un Picasso celeste; y, en el supuesto de que la naturaleza, o, mejor, la Providencia concediese la gracia del genio, su educación no podría cumplirse sino en la meditación de María, en el espíritu humanístico de María.

Volveríamos entonces a tener aquellas imágenes gozosas que hacían brincar de alegría a una ciudad entera, y que el pueblo acompañaba en triunfo procesionalmente, sin distinguir cuál fuese mayor leticia, o tener una tal Madre, o admirar una tal pintura.

La fiesta de Navidad, parece ser un buen auspicio, pues en ella se encuentran exaltados al unísono el humanismo de Cristo, vuelto niño y tan vecino a nosotros, y el de María, madre de Dios y madre de los hombres, maestra de humanidad y guía hacia la divinidad. ❖

L'OSSERVATORE ROMANO

Edición semanal argentina

Florida 876 T. E. 31 - 1310 Buenos Aires

Por benigna disposición de la Secretaría de Estado de Su Santidad (Of. Nº 266.607 del 26-III-1952 y 277.703 del 29-V-1952) la publicación OBSERVADOR ROMANO, ha pasado a ser L'OSSERVATORE ROMANO, edición semanal argentina.

La selección y traducción del material corresponde a a la Dirección Vaticana de L'OSSERVATORE ROMANO.

Jefe de Redacción Pbro. B. Rotger

A los setenta años del gran pensador español Ortega y Gasset

MAURICIO PEREZ CATAN

Buenos Aires.

EN silencio ha transcurrido el aniversario de los setenta años de vida laboriosa de don José Ortega y Gasset. Quienes lo hemos leído y escuchado como conferencista y aun como profesor, atraídos por su valiente esfuerzo de repensar los problemas filosóficos —algunos de ellos, por lo menos— y de bucear en la esencia existencial de la realidad estética, histórica, social circundante, más allá de lo que pudiera habernos sugestionado el encanto de su estilo en el decir y escribir, no podemos menos de asociarnos al recuerdo y merecido elogio que de él hace el profesor y filósofo argentino Francisco Romero en la reciente nota que ha publicado en "Imago Mundi".

La desaparecida institución privada que cuarenta años atrás se denominaba "Amigos del Arte" y la benemérita "Asociación Cultural Española" que nos ofreció el regalo de tantos excelentes maestros españoles que dictaran conferencias o cursillos en nuestro país, en varias oportunidades invitaron al entonces joven intelectual hispano a ofrecernos el encanto de su verba galana y de sus inquietudes espirituales, agudas, penetrantes. A lo que sin duda no fué ajena la revista "Sur", cuya directora, Victoria Ocampo, ha sido tan generosa e inteligente mentora y hasta mecenas, descubriendo y estimulando a nuevos valores, y alentando también a muchos ya consagrados.

Ortega y Gasset es, sin duda, un valor, aunque menos difundido de lo que debería ser, dentro del pensamiento mundial. Tiene, sin duda, un gran significado dentro del mundo de habla castellana, como se decía entonces. Pues a pesar de todas las críticas y censuras de que ha sido y es objeto —señal de que vale— de que hasta no hacen muchos años y aún hoy, cada día se afirma más la evidencia de sus grandes valores, como esteta, como pensador, como filósofo de enjundia, de una amplitud de visión y una cultura extraordinarias, y de una penetración y realismo poco común. De ese auténtico realismo de quien sabe ser al par buen buzo y buen aviador, capaz de resistir las grandes profundidades y las grandes alturas.

Su afán ha sido encontrar "el sentido oculto" de las cosas, de los hechos, de las realidades materiales y espirituales. Desentrañar su íntimo y elemental o esencial significado. Ver lo que no se muestra a cualquiera, aunque ese cualquiera sea un intelectual y hasta profesor de filosofía, autor inclusive, pero que no posee el don del descubrimiento, de la penetración filosófica. Que ser filósofo auténtico es ser vidente; lo propio que ser poeta, artista, inventor, teórico científico original, a veces también político, etc. Es tener una super-comprensión del "ser", de la realidad.

RECUERDO el cursillo que dió sobre Kant, en la pequeña aula que existía entonces —antes de la primera guerra mundial, si mi mala memoria no falla— al entrar, a la derecha, del vestíbulo de la Facultad de Filosofía y Letras de esta ciudad de Buenos Aires. Eramos muy pocos los que asistíamos a él. El más ilustre de los oyentes era don Alejandro Korn, profesor de dicha Facultad y también en la Universidad de La Plata, fundada con tantas ilusiones y cariño por el ilustre intelectual y hombre público Joaquín V. González, cuyo recuerdo se va borrando por la injusticia de los hombres. Entonces se quería saber en qué posición filosófica estaba Ortega y Gasset, el joven y brillante maestro, que había seguido a los filósofos alemanes de tendencia neo-kantina, Cohen y otros. Porque Ortega y Gasset ha sido en parte resultado de aquella admirable institución española que presidió la paternal y simpatiquísima figura de don Francisco Giner de los Ríos para el avance de las ciencias que becaba a jóvenes universitarios en el extranjero; de tipo liberal, laico, don Francisco —el prototipo del hombre sabio y bueno por excelencia, del santo laico— pertenecía a esa generación llamada del 89, que tuvo tantas figuras prominentes, pero a la que se censuraba y censura todavía por haber pretendido europeizar a España.

Es que en realidad los Pirineos aislaban más a España de Europa que el ancho canal de la Mancha a Inglaterra. Y el orgullo individualista español recela de la influencia que sobre el país, sobre su personalidad pueda tener lo extranjero. Lo suyo es lo mejor porque es lo suyo, parecería que piensa el español. No obstante ser el pueblo español un verdadero mosaico de razas, pueblos y posiciones espirituales, que, conjuntamente con los distintos ambientes físicos, imprime características muy distintas a sus componentes.

Entonces —al iniciar el mencionado cursillo— Ortega y Gasset nos manifestó que no era estrictamente lo que se podía decir un kantiano. Su posición no era la de un kantiano, aun cuando no hacía muchos años había seguido en Alemania cursos de filosofía neo-kantiana. Y recuerdo que por algunas cosas que nos dijo, sin mayor precisión, él buscaba "su" camino, pues no le satisfacía plenamente la posición del maestro de Koenisberg. En aquella época la contemplación y la comprensión de la obra estética, que su famoso "El Espectador" reflejaba en números sucesivos, lo ponía evidentemente en contacto con una realidad compleja, emocional e intelectiva, que estaba enriqueciendo su acerbo de fundamento, de lo que debían ser los cimientos, las experiencias concretas, existenciales, de su formación intelectual-filosófica.

Y como de un cuadro de Goya o del Greco, lo mismo del Quijote y de otras obras maestras procuraba desentrañar su mensaje. Su "mensaje" oculto para el espectador corriente; su secreto sólo se revela ante el pensador-filósofo, aun cuando no sea un profesional de la filosofía, que esto solo no basta. Era la época de su "perspectivismo". Los entes —cosas, hechos, objetos, materiales o inmateriales— eran de acuerdo a la perspectiva desde la cual se les considerase. Un puro relativismo, decían los censores. Pero es que no todos los puntos de vista, no todas las perspectivas eran legítimas, no todas se justificaban lo mismo. Sin duda el "historicismo" diltheiano estaba presente en su pensamiento. Y en aquella época vivíamos en América latina bajo el dominio del dogmático y absoluto positivismo clásico, o en un confusionismo sin posición y orientación definida. La psicología o era pura fisiología o era un verbalismo anti-fisiológico, si así puede decirse, sin la necesaria base que el complejo dato o hecho psíquico (corporal-espiritual) exige. Epoca en que el cientificismo experimental-matemático, que todo lo pesaba y medía, había suprimido, o poco menos, a la fantástica metafísica. Epoca en que el materialismo, el darwinismo, el spencerismo —si así puede decirse— dominaban todavía. Pero en que ya aquel profesor Korn y el joven profesor Alberini —mi condiscípulo— van a introducir en esa misma facultad la axiología (teoría de los valores) y el bergsonismo.

Epoca crítica para el pensamiento laico argentino. En que todavía no había dado señales de vida el neotomismo o la escolástica rejuvenecida, que ya surgía en algunos centros europeos. En que el idealismo racionalista no tenía muchos adeptos. Los había, sin embargo.

Ortega y Gasset llega pues en momento propicio, a traernos una brisa fresca, penetrante, cargada de incitantes aromas. Acaso, en parte, reflejo fiel de las inquietudes que se experimentaban del otro lado de los Pirineos, ya que preguntado por nosotros sobre el bergsonismo Ortega estimaba el significado del "impacto" del filósofo francés, aun cuando no se declaraba su seguidor. Nos ofrecía "su" realismo, en esbozo, en formación. Como que de él se ha tenido la impresión de un pensamiento informe, inestructurado, de ensayista...

y no de filósofo. Así, por lo menos, aseveraban sus censores. Era un brillante ensayista, un elocuente disertante que hacía jugar hábilmente términos poco usados, giros y expresiones de su invención, que empleaba con singular fortuna. Y así se acentuaba el elogio muy merecido a la forma de su expresión, de su diletantismo, con visible intencionado propósito de restar importancia al fondo de su pensamiento.

Me imagino la callada amargura que la incomprensión y a veces la mala fe habrán producido en el ánimo del maestro español, que además era sindicado como "europeizante", y por tanto anti-español. Lo que dió motivo a numerosas críticas y a su polémica con el gran don Miguel de Unamuno, la que, como debía suponerse, terminó en una recíproca comprensión, y en cierto modo, acuerdo. Dos grandes, inclusive de corazón, si no coinciden, se respetan y avaloran en sus respectivos ideales. Y ambos han sido grandes hasta en el amor a su patria.

Hoy, que ya sabemos cual es el enfoque orteguеano, a través de su copiosa obra, de tan elevados quilates, y que conocemos el blanco hacia el cual lanzó su flecha, difundido luego por su discípulo Julián Marías, y que se dice de Ortega y Gasset que ha sido un precursor del existencialismo, nos es relativamente fácil descubrir en su pensamiento, desde muy temprano, el hilo conductor del mismo. Pues aquel "perspectivismo" es como un aspecto de su "razón vital". Parodiando a Pascal, podríamos decir que ello significa que "la vida humana tiene razones que la razón no alcanza".

La vida, que se cristaliza en obras de pensamiento, de arte, espirituales y materiales de tan diversa índole, con la ciencia y sus técnicas aplicadas hasta a destruir la vida misma. La vida, que hace pensar y gemir, que hace reír y llorar, que hace esperar y desesperar, que arrastra al pantano y eleva hasta a Dios; la vida, que es intuición poética, que es intuición sensible, y que es descubrimiento intelectual, razón también; compleja realidad la suya que se hace presente de tantas formas, y cuyo sentido no siempre puede el hombre develar con claridad y evidencia, como pretendía Descartes.

En la realidad social, histórica, política, como en los más diversos horizontes, Ortega y Gasset ha explorado durante años con profunda penetración extrayendo la esencia humana de temas a veces vulgares. Y en toda su obra se encuentran destellos luminosos, que la convierten en un verdadero regalo para el espíritu. Demás está decir que ya sin mala fe no puede repetirse el argumento aquel de que no se sabe a dónde va Ortega y Gasset; que mariposea sin rumbo. Ahora se sabe bien a dónde quiere ir, hacia dónde repunta, y que lo hace con su propia ballesta.

Recuerdo que a raíz de la terminación de la guerra nacional española, Ortega, que como hombre progresista y capaz de ilusiones era republicano, lo mismo que tantos otros a quienes la propaganda adversaria incluía en un falso y común calificativo, estuvo por estas tierras, por tierras de la generosa América —no siempre tan generosa como debería serlo— acaso con la posibilidad de instalarse en ellas, y hacerles el regalo de su talento y saber. Pero para los adocenados, para los hombres adheridos y guiados por alguna escuela, doctrina o sistema, Ortega era un franco tirador, una bala perdida o poco menos, con su vitalismo, con su "razón vital", invento suyo... un rebelde, en suma. Ni estaba con Kant, ni estaba con Hegel, ni estaba con Comte, ni estaba con Marx, ni estaba con Santo Tomás. Estaba con él mismo. Y no podía ser.

El tiempo pasó. La "fenomenología" con Husserl, y sus derivaciones, con Max Scheler, Nicolai Hartmann, etcétera, con Heidegger..., "el hombre y su circunstancia", y muchos de los enfoques y reflexiones de Ortega resultan ahora de gran actualidad. El pensamiento filosófico actualmente apunta adonde Ortega lo hacía hace ya muchos años. Y así, aquello que se decía era exclusivamente suyo, cosa suya, de un valor casi personal y por tanto secundario, hoy está en un primer plano. ¿Tendrían la honestidad de reconocerlo quienes años atrás no creían oportuna la vinculación del maestro español a estas tierras, a estas tierras latino-americanas, en que es tanta la indigencia de pensamiento creador, original? Porque, aun cuando nos duela, es de justicia reconocer que ha sido mucho más acogedor para el intelectual desplazado por los racismos y totalitarismos de derecha o de izquierda, el ambiente universitario y las instituciones culturales de los países semi anglo-sajones del Norte. La tradicional hidalguía y generosidad hispánica, ni se puso de manifiesto en la tremenda disputa familiar en la Madre Patria, ni en la mano escondida de muchos de sus ex-vástagos ante el desamparo de la inteligencia libre perseguida; en tiempos en que todavía los propios "liberales" ejercían una influencia dominante; en que ya un cierto nacionalismo escudaba un evidente egoísmo que luego a ellos mismos iba a desplazar.

Como todo hombre de auténtico valer que se adelanta a sus contemporáneos, Ortega y Gasset no fué comprendido. A veces ni por quienes lo admiraban, salvo raras excepciones. Inclusive por sus propios compatriotas expatriados, ex-compañeros de ideales y afanes políticos. Desde luego, Ortega era demasiado filósofo, demasiado pensador, demasiado hombre de razón, para ser buen político, en el sentido vulgar del término. No darse cuenta de ello oportunamente, quizá haya sido uno de sus errores. Pero un error sincero, de la mayor buena fe.

Hoy, a los setenta años, en su España, en su Madrid —que pueden no ser los que él soñó— en una institución cultural privada, con algunos de sus discípulos, sigue sembrando serenamente, como siempre, go-

zando del respeto y consideración de los hombres de bien, aun cuando no coincidan en distintos aspectos de su posición espiritual y de su pensamiento. Su extraordinaria cultura, su penetrante visión esencial de la existencia humana y del significado y sentido de la obra del hombre, sus dotes de artista del verbo, lo colocan en un lugar destacado entre los pensadores y maestros de nuestra época. Sin que por ello pretendamos desconocer la paralela presencia de otros grandes valores en el pensamiento hispánico, inclusive en filosofía, si por tal no vamos a entender solo la labor sistemática de los profesores-autores de una bibliografía filosófica las más de las veces muy poco original. Como el gran vasco a que nos referimos ya, como Zubiri, tan excesivamente parco, y otros intelectuales en horizontes paralelos, enfocando el problema artístico, literario, lingüístico y semántico, histórico, etc., en que su ahondamiento confina muchas veces con el plano filosófico de las primeras causas y de sus últimas consecuencias extrafísicas, o metafísicas.

FILOSOFICAMENTE, Ortega y Gasset, repetimos, ha sido un precursor. Como la filosofía de mayor actualidad, más avanzada, está con la realidad integral, con todo lo racional e irracional que haya en ella, porque así es la vida, porque así es la existencia humana. Y no como "a priori" pretende que sea la imaginación racionalizada de acuerdo a propósitos y utopías de diversa índole: económicos, políticos, religiosos, etc. "Serás lo que debes ser y si no no serás nada" dijo alguna vez, más o menos en esos términos, nuestro ejemplar Libertador, San Martín. Si cambiamos el "debes" ser, por "puedes" ser, estamos en el pensamiento de esta hora; en averiguar y saber qué se puede ser, realmente, existencialmente, auténticamente, para no caer en la nada, para evitar ese anonadamiento que como realidad humana actual señala el existencialismo.

Si para los racionalistas liberales o totalitarios, marxistas, Ortega no era lo que ellos querían que fuese, acaso por el comprensivo espiritualismo que encerraba su pensamiento realista, tampoco es lo que exigen quienes del lado católico tienen por lema "o todo o nada", que en boca de un Dios, sólo de Dios —entendámonos— se expresa en la siguiente frase: "el que no está conmigo está contra mí". Alguno de sus discípulos católicos ha pretendido hacer la defensa del catolicismo del Maestro. Como en el caso de Unamuno, cabe, me parece, hacer la defensa del fondo cristiano, de la coincidencia con los fundamentales postulados de la conducta interhumana que el cristianismo postula, en ambos grandes y sinceros pensadores; cada cual por su camino buscan la verdad, el bien. Podríamos hasta decir que el ser o no católicos no ha dependido de ellos sino de no haber experimentado el don de la gracia en tal manera que les condujese a esa solución. Porque uno y otro han sido, a nuestro juicio, espíritus abiertos a todas las realidades, a todas las influencias, a todos los vientos; y sin prejuicios, sin sectarismos, dentro de lo que es humanamente posible.

Es, en mi opinión, un error pretender hacer católicos a quienes no lo son, como fué un error en San Agustín pretender hacer cristianos a los dos colosales filósofos griegos, por sus coincidencias con el pensamiento cristiano posterior a ellos. Y es error no menos grave no ver en el pensamiento y en la conducta del prójimo, lo fundamentalmente coincidente con el auténtico cristianismo que exista en el mismo, como básico para la apreciación que merezca al católico. Las dos posiciones son, en mi opinión, erróneas. Y mucho más en esta hora de indispensable solidaridad humana en defensa de los altos valores espirituales y morales comunes a gran parte de la humanidad. En que el enfoque mezquino perjudica por igual a todos los que aspiran a la defensa y supremacía de esos altos valores. Buena lección acaba de dar el Sumo Pontífice a estos totalitarios y excluyentes católicos al aconsejar la solidaridad católico-protestante en defensa de la civilización cristiana, de la auténtica civilización cristiana, a que algún día esperemos que se llegue en algún país para ejemplo de los demás. Porque hasta ahora no han habido sino ensayos incompletos, constreñidos a una acción limitada, por los intereses creados, y no muy afortunados. Ni el cristianismo ni el catolicismo son "políticas", doctrinas o sistemas políticos, ni pretenden serlo; porque las soluciones políticas cristianas pueden ser diferentes según la época y las circunstancias particulares de cada caso. Por eso el cristianismo era "historicista", en lo que es legítimo que lo sea, mucho antes de que éste apareciera como teoría o doctrina.

La simpatía que muchos católicos, inclusive sacerdotes, sienten por la obra de Ortega y Gasset, lo propio que otros que no son católicos, y hasta contrarios al catolicismo, demuestra la universalidad de su pensamiento, que, como dijimos al comienzo, no se ha difundido como debería haberse difundido en países de otras hablas, fuera de la suya.

Como su compatriota Unamuno, como tantos que, equivocados o no, son espíritus abiertos, amplios, capaces de rectificación, sinceros, que piensan y obran con la más absoluta buena fe, que no desconocen los derechos de la materia ni los del espíritu, pues no son unilaterales ni sectarios, ni cabe en ellos ningún fanatismo incontrolado, a pesar de su posible temperamento apasionado, como el del gran vasco, es indudable que está muy cerca de nuestro camino, y por qué no decirlo, también de nuestro corazón y de nuestro espíritu. Mucho más cerca que tantos otros hermanos nuestros que no ven sino los posibles errores en todos los hombres; desconociendo al propio tiempo la altura y la pureza de nuestra meta, y el realismo profundamente humano de nuestro camino que considera al hombre tal cual es, tal como demuestra ser en su existir, influenciado, lógicamente, por factores epocales y circunstanciales, y por los aciertos y errores que como hombres todos cometemos.

Termino estas cuartillas haciendo votos para que católicos y no católicos rindan al gran maestro español el homenaje que por su cultura, su genio, su honestidad intelectual y su amplitud espiritual merece. En estas horas difíciles, de tanta simulación y prepotencia avasalladora, en que Ortega ha sufrido los incomprensivos ataques de sus enemigos y de sus ex-amigos y compañeros de lucha, es un deber de los hombres amigos de la verdad y de la justicia, esté donde esté, reconocer en él a un intelectual, a un pensador, sincero y cabal. ❖

Le Play y el catolicismo social

HENRI ROLLET

París

FEDERICO Le Play ejerció su influencia sobre el pensamiento social católico, en uno de los momentos más graves de la historia religiosa de Francia. Evocaremos, pues, las líneas generales de su pensamiento, con relación a esa crisis, para demostrar cuál fué su papel en la evolución ulterior del catolicismo social.

LA CRISIS RELIGIOSA

LA Revolución, como el Imperio, dejaron muy debilitada la Iglesia francesa, con menos diócesis, menos sacerodtes, menos edificios y menos ordenaciones. Estas últimas, que durante la Restauración alcanzaron a 10.000 en 1830, descienden a 5.000 bajo Luis Felipe. Las órdenes religiosas, que habían perdido la mayor parte de sus bienes, inician un renacimiento pero no alcanzan a proporcionar la formación que brindaban antes de la Revolución. El número de fieles ha disminuído mucho; la burguesía, los funcionarios, las profesiones liberales, el ejército, son en general irreligiosos, y en los ambientes comerciales se nota una marcada tendencia anticlerical.

Frente a la irreligión que se nutre en el racionalismo —nunca las ediciones de Voltaire han tenido tanto éxito— y que es sustentada con vigor, tanto en el Parlamento cuanto en la prensa, favorecida por las torpezas del clericalismo de la Restauración, el clero, acaparado por su ministerio y mal preparado para las tareas intelectuales, se contenta con oponer puntos de vista históricos o sociológicos. Los dirigentes de la Iglesia se indignan al ver que la verdad ya no está protegida, que tiene los mismos derechos y consideraciones que el error. Identifican este régimen de libertad con la revolución que lo ha instaurado en los textos. Así es como se define y se hace notable la oposición católica al liberalismo, que reivindica todas las libertades, aun la de defender el error.

De este modo, se plantea ante la conciencia de los dirigentes eclesiásticos, un problema grave. ¿El cristiano podrá encontrar en el seno de esta sociedad nueva, tan diferente de la antigua y en la que no está aun definido el lugar que ocupará la Iglesia, las condiciones favorables para preparar en ella su salvación eterna? O dicho en otros términos, ¿puede el cristiano aceptar el nuevo orden, o tratará de volver a las mismas condiciones del pasado, las que existían antes de 1789 o, mejor aún, a las de esa Edad Media famosa por su intensa fe, y que el romanticismo acaba de poner de moda?

A esta pregunta, responden negativamente algunos laicos —y esto es un índice de la pobreza intelectual del clero de la primera mitad del siglo XIX—. Ni de Bonald, ni Joseph de Maistre aceptan las condiciones del momento. Ambos se rebelan contra la herencia de la Revolución. Sus tesis son escuchadas por un gran público católico. "El inconveniente del éxito de las escuelas tradicionalistas, escribe M. Latreille, es que los católicos se habitúan a volver sus miradas hacia una Edad Media idealizada, una época de fe unánime y simple, dócil a las enseñanzas y a la autoridad del poder espiritual, en vez de incitarlos a un valeroso esfuerzo de adaptación, para poder presentar la doctrina de la Iglesia bajo una forma valedera para los nuevos tiempos".

En cambio, Lamennais no comparte ese rechazo del presente, ese llamado al pasado. El denuncia una angustiosa indiferencia religiosa: "El siglo más lamentable, dice, no es aquel que se apasiona por el error, sino el que descuida y desdeña la verdad" Ni tampoco cuenta con el príncipe para combatir la indiferencia, que, por otra parte, nos hace remontar sólo a la Revolución. Por el contrario, ésta le parece una reacción beneficiosa del pueblo. "Ahora hemos entrado en una era de libertad, piensa. Más vale para la Iglesia esta libertad que la servidumbre".

Desde entonces es que los católicos están divididos con respecto a su época.

LA REVOLUCION INDUSTRIAL Y SU INTERPRETACION

CON la introducción de las maquinarias, desaparece el estado económico pre-revolucionario, y también el relativo equilibrio entre producción y consumo que se había alcanzado. Cada productor se provee de un equipo relativamente simple pero semejante. Para poder dar salida a su producción acrecentada, los "manufactureros" se hacen una competencia implacable. Pero, hay un solo elemento que a la vez resulta determinante y elástico, en el costo de producción: el salario. Por lo tanto, hay que reducirlo. Para lograrlo, cuando el trabajo lo permite, se ocupa a la obrera en lugar del obrero, al niño con preferencia a la mujer. Es así como se llegan a emplear obreros de ocho años, durante trece horas por día, y siete días por semana. Ciertos empleadores construyen de esta manera inmensas fortunas, en tanto que otros desaparecerán en esta lucha sin cuartel, pero sin que las más elementales preocupaciones humanitarias sean ni siquiera mencionadas.

Favorecido por las dificultades de la vida rural, el desarrollo de los ferrocarriles y la grave crisis económica de 1846, empieza el éxodo del campo hacia los centros urbanos. Las aldeas se vacían y la población rural se apiña en los suburbios de las ciudades, en locales estrechos, frecuentemente insalubres, alquilados a precios de usura. Embrutecido por una jornada de trabajo excesivo, el obrero busca el olvido en el alcohol. La vida familiar, aun en los pocos casos en que es posible, se ve sumamente desfavorecida.

En esta fase de transición, las técnicas aun rudimentarias, sólo reclaman los obreros más simples, que son los niños. Provisoriamente, desaparece el sentido de calidad y, como consecuencia de ello, el aprendizaje.

Más aún que la revolución de las condiciones de trabajo, influirá sobre la vida social el cambio en las condiciones del habitat. La coexistencia del burgués y del artesano en un mismo barrio, a veces en una misma casa, es reemplazada por una delimitación geográfica, una verdadera cortina de hierro que divide, a un mismo tiempo, las habitaciones y los corazones.

Entonces, una gran miseria se extiende sobre esas masas campesinas transplantadas, solitarias en las ciudades. No pueden adaptarse a su nueva vida; son tanto más pobres porque, víctimas de la competencia, lo son también de la usura. El largo trabajo cotidiano las deja desamparadas, incapaces de reconstituir la vida de hogar, sin defensa ante las tentaciones de la taberna.

El orden social que es aun, en sus rasgos principales, el nuestro... hoy en día no sólo ha sido influenciado por la revolución económica en sí, sino también, y tal vez en grado similar, por la interpretación que de ella han hecho los economistas, y siguiendo su ejemplo, todo el mundo de los negocios. El pensamiento de Adam Smith es en esa época la religión de los economistas. De ese pensamiento han obtenido y profesado la idea de que el equilibrio entre la producción y las necesidades se establece espontáneamente, siempre que subsista la competencia entre los hombres y que el orden establecido sea el más justo posible. La renta de los capitales invertidos constituye el ahorro que condiciona el progreso. Siguiendo a Smith, enseñan también que las reglamentaciones que centrarían el libre juego de la oferta y la demanda, son nocivas.

Malthus no ve otro remedio a la miseria que la eliminación de los pobres. "Un hombre que nace en un mundo ya ocupado en el gran banquete de la natu-

raleza, no encuentra cubierto para él. La naturaleza le ordena que se vaya y no tarda en ejecutar su amenaza". Para Ricardo, el nivel natural de los salarios es "el que provee a los obreros en general, de los medios de subsistir y perpetuar su especie, sin aumentos ni disminuciones". Y Jean Baptiste Say concreta el concepto, diciendo que el valor de cada cosa es el resultado de la evaluación contradictoria establecida entre aquel que la necesita, y aquel que la produce o que la ofrece.

Los economistas clásicos se mantienen en el concepto del *homo economicus*, movido exclusivamente por las solicitaciones de su interés.

Ante la miseria creciente, los discípulos de Jean Baptiste Say, convencidos de que la libertad y la propiedad constituyen los pilares del mejor de los mundos, no ven posibilidades de mejoramiento sino en el perfeccionamiento de esas instituciones.

"El éxito de las escuelas clásicas, escribe M. James (1), era brillante en la Europa de mediados del siglo XIX. Los economistas eran muy escuchados por los hombres de Estado... Más aún, durante un momento, la ciencia económica pareció dominar a todas las ciencias sociales; no hubo reforma social que no le haya solicitado directivas. La sociología parecía no poder construirse sino sobre premisas obtenidas de la economía. La filosofía misma, en su aspecto utilitarista, estaba estrechamente ligada a ella". Según estos intérpretes prestigiosos, se cumplían en la revolución industrial las leyes naturales.

LOS PRIMEROS CATOLICOS SOCIALES

LOS primeros que, bajo la presión de los hechos, negaron esta interpretación de las leyes naturales: Sismondi y, sobre todo, Saint-Simon, despertaron pocos ecos entre los católicos franceses. Lamennais consiguió alcanzar una repercusión mayor, pero si Duroselle (2) le reconoce el mérito de ese primer grito de angustia ante la revolución industrial, agrega que "después de esos destellos de lucidez, Lamennais decepcionaría a quienes buscaran en él el desarrollo de un pensamiento reformador".

Ese pensamiento es desarrollado en parte por Charles de Coux, quien además hace una crítica, a menudo pertinente, del mal social. El coloca el problema social por encima del económico, y le interesa menos la producción global de bienes de intercambio que la felicidad de los hombres. Pero, tras sus artículos en *L'Avenir*, De Coux acepta una cátedra en la Universidad de Lovaina (1834), y parece que las soluciones constructivas que entreviera por un momento, se alejan de su pensamiento. Sobre todo, él trata de demostrar que la ley de la oferta y la demanda es todopoderosa. Es ella la que determina el salario. Por ende, un mejoramiento de la condición obrera sólo puede depender de una intervención sobre la oferta, cosa que De Coux considera por el camino del sindicato.

A Villeneuve-Bargemont se le debe agradecer el haber denunciado el "pauperismo", el haber reclamado la intervención del Estado y propiciado una revalorización de la agricultura en la que él veía el remedio a los males sociales. Pero, su debilidad esencial en este caso, consiste en oponer a la ley económica, aceptada entonces, soluciones puramente empíricas.

Otro tanto puede decirse de Buchez, quien trata de hacer desaparecer el antagonismo de los intereses mediante la asociación. El clero, en general, ha permanecido indiferente ante estas investigaciones. Ni de los "límites estrechos de la escuela Bucheziana", como decía M. Duroselle, ni de Villeneuve-Bargemont, ni de Charles de Coux, el catolicismo francés ha recibido fuerzas suficientes para oponer ante las injusticias de la época la condenación que tal vez hubiera congregado a las ovejas sufrientes en torno a su pastor.

Ni tampoco ha escuchado mejor los consejos precisos de los primeros católicos sociales, como Mons. Affre, Ozanam, que se colocan en el terreno de los hechos e invitan a los católicos a la acción.

Asimismo, en su aislamiento, en su dolor, el proletariado no encuentra en el clero ni la condena apasionada de su miseria, ni el esfuerzo constructivo para ayudarle a salir de la misma. El acercamiento esbozado en vísperas de la revolución de 1848 no llega lejos; el clero parece asociarse a las desconfianzas del gobierno imperial. El obrero se vuelve hacia otros hombres, que le hablan de justicia, de reivindicaciones, de luchas, de violencias, de odio. El proletariado libra su combate, inspirándose en la solidaridad obrera y no en el humanismo cristiano. Para los católicos del siglo XIX, el escándalo se ha consumado, como dijo, con energía, Pío XI.

Tenemos, pues, que colocar, dentro del débito del Segundo Imperio, ese fracaso primordial en el pasivo de los católicos sociales. Su pequeño equipo, débil, dividido, sin gran influencia sobre la opinión pública, incapaz de impedir la descristianización obrera, parece desprovisto de fuerza y de posibilidades. Sin embargo, existe, y el balance de su acción no es del todo negativo.

Por medio de Lamennais se ha denunciado la miseria inmerecida del nuevo proletariado; se ha comenzado el estudio de sus síntomas con la notable encuesta hecha por Villeneuve-Bargemont para la Academia de Ciencias Morales y Políticas; con De Coux y Villeneuve-Bargemont se han estudiado las soluciones económicas y sociales; gracias a las Conferencias de San Vicente de Paul, fundadas por Ozanam, se instiló una conciencia cristiana más aguda a la nobleza y a la burguesía, al ponerse estos medios sociales en contacto más estrecho con los pobres. Se trató de aliviar la suerte de los campesinos emigrados a París, mediante la Sociedad de San Francisco Javier, animada por el P. Ledreuille, y protegida por el Arzobispo de París, Mons. Affre.

Al estallar la revolución de 1848, en torno a Ozanam y Lacordaire, se formó un grupo que propuso un programa de reformas, en su diario *L'Ere Nouvelle*. Pero este programa resulta inquietante, tanto a la burguesía como para los campesinos. Las violencias de los revolucionarios y las torpezas de los demócratas cristianos, inclinan a esos católicos, a menudo sin suficiente fe, hacia el partido del orden, en tanto que el Arzobispo de París cae en las barricadas, en un supremo esfuerzo de apaciguamiento.

Con el Imperio, no es ya el momento de los demócratas cristianos, ni siquiera de las escuelas de pensamiento; ahora debe entrar en juego la acción directa, modesta pero eficaz, sobre las instituciones. Armand de Melun se dedica a ello con admirable consagración, obteniendo de la Asamblea, la primera ley que reduce el trabajo de los menores, en tanto que Henri Cochin ejerce una influencia feliz en el mundo de los negocios. Para esa acción se requiere, empero, un método y ciertos principios de aplicación.

EL METODO DE LE PLAY

FREDERIC Le Play (1806-1882) tiene una posición destacada. Originario de Le Havre, egresa de la Escuela Politécnica, entra a la Escuela de Minas, y entre 1829 y 1854, efectúa numerosos viajes por Europa, obteniendo de sus observaciones el contenido sustancial de un importante trabajo: "Los Obreros Europeos". Siendo ingeniero de minas, es nombrado comisario general de la Exposición Universal de 1856, bajo las órdenes del príncipe Napoleón; inspector general de minas, es nuevamente comisario general de la Exposición Universal de 1867.

Este gran trabajador es un observador apasionado, que lleva la observación hasta la altura de una ciencia. "Espíritu exacto, severo, penetrante, exigente consigo mismo, no descuidó nada que pudiera perfeccionar su enseñanza y hacer avanzar la ciencia de aplicación a que se había consagrado". Tal es el retrato que hace Sainte-Beuve. Descartando el método deductivo y el estudio de un fenómeno determinado, Le Play encara la observación de la familia en los medios y en

(1) Emile James: *Histoire des théories économiques*.
(2) J. B. Duroselle: *Les debuts du catholicisme social en France*.

los países más diversos. Los resultados de cada estudio son expuestos en lo que él llama una monografía, ofreciendo el conjunto de esas monografías un análisis riguroso de los aspectos sociales. Le Play reivindica en alto grado, la excelencia de un sistema de estudios que obliga a pasar por la observación de los hechos, para llegar a la discusión de los principios. De ese modo, Le Play llega muy pronto a comparar este método con el usado por las ciencias físicas, y a establecer una relación entre éstas y la ciencia social. En física, observa, el sabio tiene el poder de repetir indefinidamente sus experiencias. En cambio, en el dominio social, quien haga las experiencias, el industrial, por ejemplo, actúa bajo el peso de deberes imperiosos, pero no está dispuesto en modo alguno a formular las grandes verdades que se deducen de aquellas experiencias; "en cambio, el sabio que se dedica a esa misión, no está en condiciones de experimentar. La ciencia social no es pues en realidad, experimental. De todos modos, no está por eso menos fundada en la experiencia, una experiencia en la que el sabio es sólo observador y no actor. No se constituye, como ciertos artes usuales,por el método de invención, sino por la observación comparada de las mejores modalidades".

Lo que Le Play quiere encontrar en medio de sus observaciones, por encima de las conmociones provocadas por la Revolución Francesa, es el hábito, la costumbre, y es por ello que en realidad el sabio no es del todo libre. Debe seguir un método de observación, destinado a poner de relieve lo esencial de la costumbre. Los principales problemas que se planteará el observador son los siguientes: ¿Qué influencia debe tener la religión en la reforma social? ¿Cuáles son los principios de la organización de la familia? ¿La acción beneficiosa de la propiedad se ve mejor asegurada mediante la partición obligada, o por la libertad testamentaria? ¿Puede conciliarse la organización industrial de nuestro tiempo con los progresos morales? ¿Puede un gran Estado mantener su preponderancia sin acrecentar su población, sin necesitar colonias?

Este método, consagrado por la Academia de Ciencias, que acuerda a su autor el premio de estadística (1856), revela a Le Play graves síntomas de división en Francia. "El vicio más temible por ser el precursor habitual de la ruina de los imperios, es el antagonismo que divide a nuestra sociedad". Ese antagonismo, no enfrenta a los individuos sino a los ambientes: es la lucha social que resulta de un abandono de las costumbres. Le Play, en su obra fundamental: "La reforma social" (1864), propone retornar a ellas.

Según observa Le Play, los desórdenes morales subsisten a pesar del progreso material, porque se descuidan los elementos de la constitución, esencial, el primero de los cuales, para él como para De Coux, es la religión, "que ha sido siempre el primer fundamento de las sociedades; luego la familia, cuyo desarrollo natural está condicionado por los caracteres de la propiedad". Le Play distingue tres tipos de familia: la patriarcal, propia de los nómades; la familia "troncal", en la que el padre se asocia con un único hijo casado, de modo que la familia no se disgrega y tiene siempre un centro inmutable, sede del hogar; por último, la familia inestable, la más difundida en Francia. Un país en el que se multiplican las familias inestables, está amenazado por la ruina. Asimismo, Le Play se opone con todas sus fuerzas a la división forzosa de las heredades, que conduce al minifundio, a la expropiación de los pequeños propietarios y también a la reducción de los nacimientos. El reclama, no la restauración del mayorazgo, sino que se deje al padre la libertad de testar, de modo que elija como heredero al más digno entre sus hijos. Y en esto puede verse un ejemplo de la importancia que Le Play otorga a la autoridad paternal, otro "fundamento de la constitución esencial". "El trabajo es, después de la religión, el móvil que mejor eleva a la humanidad hacia el orden moral... una sociedad obtiene sus fuerzas más en el orden de lo moral e intelectual que en el orden de lo material". La actividad individual será completada por la asociación, cuyo prodigioso desarrollo él prevé bajo la forma de sociedades de accionistas. Pero es en ese terreno que se desarrolla el conflicto social. "Los patrones y obreros dedicados a las mismas empresas agrícolas o industriales, pierden el sentimiento de solidaridad que debiera unirlos, creen tener intereses opuestos y se despojan de sus mutuas obligaciones de afecto y respeto". El patronazgo tiene precisamente por objeto restaurar ese afecto y ese respeto, que unirán las familias pobres a una familia rica, las familias obreras a una familia patronal. Ello está de acuerdo con la costumbre. "El título de patronazgo voluntario me parece aplicable con toda exactitud a esta nueva organización; el principio de jerarquía será mantenido, sólo que la autoridad militar de los señores, antaño encargados de defender el lar, estará reemplazada por el ascendiente moral de los patronos, que dirigirán los talleres". Y el autor de esta reforma social cuenta con las clases dirigentes para asumir las responsabilidades particulares que les incumben.

Finalmente, Le Play propone una reforma del gobierno, con una constitución teocrática en el orden espiritual, democrática en la comuna, aristocrática en la provincia, monárquica en la familia y el Estado.

INFLUENCIA DE LE PLAY

Le Play ha influenciado a sus correligionarios en tres puntos principales. A los católicos sociales les ha enseñado el valor de la observación. La seriedad, el rigor mismo de sus análisis, se encuentra en los estudios de sus discípulos: Claudio Jannet, Henri Joly, Charles de Ribbe, Martin Saint-Léon, el P. de Tourville, Demolins y Paul Bureau, como en los trabajos del comité de la Obra de los Círculos, donde La Tour du Pin lo proclama "nuestro maestro", y donde su influencia aparece nuevamente en Albert de Mun, y también en Harmel. Es evidente que la calidad de las encuestas, la seriedad de las investigaciones realizadas por ese gran movimiento que durante veinte años (1871-1891) encarnará el catolicismo social, y aportará una preciosa contribución a los trabajos de la Unión de Friburgo, precursores de la

SONETOS DE DIOS

TAN TUYO ES...

TAN tuyo es, Dios mío, lo que has hecho,
tanto en tu afán su acontecer se ordena,
que la fuente, que el río, que la arena,
no son de ti más que un constante acecho.

Y es tuyo tanto y tanto es el provecho
que de ti aguarda la ansiedad terrena,
que cada cosa ya de sí es ajena
y hasta su mismo ser se le hace estrecho.

Todo es tan tuyo y tanto se evidencia
tu posesión, que si a la vida salgo
no hago otra cosa que tomar conciencia.

Conciencia del poder con que te mueves,
de que si pongo el corazón en algo
lo pongo sólo porque te lo lleves.

COMO EL TIEMPO SE VA...

COMO el tiempo se va constantemente,
se va de sí, tornándose más viejo,
de ti me voy, tú sabes que me alejo,
que de ti vivo eternamente ausente.

Como el tiempo que a todo en su corriente
sin fin se entrega y es de todo espejo,
tú sabes que me voy y que te dejo
para entregarme a todo ávidamente.

Mas como el tiempo, que por ser reflejo
de lo que fué, consigo sigue unido
y es sólo un cauce de memorias graves,

yo sé que siempre de ti guardo un dejo
y que del todo nunca te he perdido.
Yo lo sé bien y sé que tú lo sabes.

JORGE VOCOS LESCANO
Buenos Aires

encíclica Rerum Novarum, son la herencia de Le Play.

Una de sus contribuciones es la ubicación de la cuestión familiar en el primer plano de las preocupaciones sociales de los católicos. Desde entonces, éstas se han constituído en adversarias del régimen sucesorio basado sobre la igualdad absoluta y la repartición obligatoria, en la que ellos ven una causa grave —si bien no determinante— de la despoblación. Con todo, salvo la ligera ventaja que se le reconoce al hijo del labrador que recibe la heredad paternal, los católicos no han obtenido aún la reforma deseada.

Por último, su concepto del patronazgo abre el camino a una sensible mejora de la condición obrera. Instrumento barato de trabajo, más fácil de reemplazar que la máquina, eso es el obrero para el patrón de 1850. Ahora bien, según la definición del historiador belga Robert Kothen, "el patronazgo es un régimen que asocia cotidianamente a los hombres en el trabajo, haciendo del patrón una especie de padre con respecto a sus hijos, que debe dedicarse a proporcionar al hombre las eternas condiciones de felicidad: un culto, una familia, una propiedad".

Le Play, con toda la autoridad que se desprendía de su posición, tuvo una influencia considerable en los ambientes patronales, especialmente en el Norte de Francia. Siguiendo sus ideas, los empresarios procuran ejercer su deber hacia sus obreros, esperando de éstos sumisión, confianza y respeto. Así vemos en Roubaix, por ejemplo, que los industriales se niegan a otorgar un aumento exigido por su personal, manifestando que la competencia no se lo permite, pero, observando al mismo tiempo que si las mujeres gastaran el dinero más juiciosamente, el poder de adquisición se vería sensiblemente aumentado, fundan cursos de formación doméstica para los hijos de los obreros, interviniendo así directamente —demasiado, según piensan algunos— en la vida familiar de su personal. A medida que se ha difundido la promoción obrera y que el trabajador ha adquirido conciencia de su personalidad, se ha mostrado cada vez más reacio a estas intervenciones, cada vez más hostil a la protección de las clases dirigentes, cada vez más opuesto a un patronazgo calificado de paternalismo.

Sin embargo, justo es reconocer el gran progreso histórico que representa el concepto de Le Play. Con él se revoluciona el orden aceptado de las relaciones entre patronos y obreros. Sin protección alguna, obligados a probar la responsabilidad de su patrono en caso de accidente de trabajo para poder obtener una pensión, mal pagado, sin descanso ni goce, el obrero francés sólo puede contar con el sentido humano de su patrón, con la aceptación por parte de éste de un sentimiento de responsabilidad hacia él. Pero el patrón sólo se preocupa por la competencia. Las obras de asistencia que crea, y sobre cuya gestión quiere mantener un control, sólo pueden aumentar el costo de producción y colocarlo en desventaja. Muchos patrones, a instancias de Le Play, han aceptado correr ese riesgo, y la miseria inmerecida de sus obreros se ha visto aliviada en algo.

Tal el aporte de Le Play a la cuestión social. Nos parece que no carece de importancia ni de méritos. Resulta interesante observar cómo en la actualidad, una corriente de pensamiento católico, "Economía y Humanismo", cuya influencia es bastante importante, retoma sin tener mayor conciencia de ello, un método muy similar al de Le Play.

Si los católicos franceses aportan hoy al estudio de los problemas sociales, tanta objetividad como eficiencia, si ocupan un lugar relevante en el gran ejército de los trabajadores sociales, ello se debe, en parte, al paciente esfuerzo de Frederic Le Play durante el siglo pasado. ✧

(Tradujo J. R.)

Fragmento de "Carta a mi hermano"

Capítulo final de "El Pilar de Fuego"

KARL STERN

HE presenciado en mi vida el mal y el dolor hasta extremos inconcebibles; afectando, precisamente, a personas íntimamente relacionadas conmigo por los lazos de la sangre. En un piso de una ciudad industrial del Oeste de Alemania vivían juntos una hermana de nuestra madre, su esposo, su hijo pequeño y la abuela. Te acuerdas muy bien de tía Clara, tío Max y Ricardito. Fuimos muchas veces huéspedes suyos, yo hice con ellos frecuentes excursiones veraniegas a las montañas de Turingia. Eran gente sencilla, temerosos de Dios y observaban una conducta ejemplar. Tío Max era ferretero y hacía el payaso para entretenernos. Los viernes por la noche bendecía el pan y el vino y los sábados nos llevaba a la sinagoga. Eran buenos a carta cabal, como pueden serlo los mejores ciudadanos; tenían derecho a morir tranquilamente en su casa como el corriente de la gente honrada de la clase media. El fenómeno de la muerte parece enteramente igual en todos cuando se lo mira a distancia, aunque debe tener en cada caso sus peculiaridades. De todas formas, nuestros tíos después de determinado número de noches de verano, excursiones campestres y partidas de naipes, debían morir. Sus amistades debían llorarlos y en los diarios debía aparecer la acostumbrada nota funeraria. Parecían destinados a vivir y morir como millones de gentes en torno nuestro. Respecto de la abuela, la madre de nuestra madre, tengo recuerdos semejantes a los de los tíos, aunque con peculiares características. También practicó a su modo la sencillez y supo de sacrificio abnegado. Pero no quiero entrar en más detalles de su vida que los que se necesitan para dar a entender su temple de mujer buena, a los que no la conocieron.

Una mañana de fines de 1940 los despertaron a las cinco y les intimaron que a las cinco y media estuvieran listos para partir con todo lo que pudieran llevar en sus manos. Los encajonaron en un vagón de tren y los llevaron a un campo de concentración al Sur de Francia. Sus parientes de Estados Unidos trabajaron por sacarlos de allí. Se podría escribir todo un libro pintando su agonía, mezcla de terror, esperanza, sufrimiento físico y tinieblas interiores. Con la ocupación alemana del Sur de Francia se desvanecieron todas sus esperanzas. La abuela murió en el campo. Aún conservo algunas cartas suyas en que trata de mitigar nuestras angustias por su suerte. Tía Clara, tío Max y Ricardito fueron deportados al Este. Se embarcaba a la gente en aquellos trenes como bolsas de patatas, iban materialmente prensados, sin espacio para sentarse ni echarse. No se les daba de comer ni beber y tenían que evacuar como iban. Muchos morían en el camino. Los que quedaban con vida presenciaban escenas dantescas. Hubo niños que fueron estrellados contra los árboles en presencia de sus madres. Finalmente, les pelaban la cabeza, los desnudaban y los asesinaban.

Conocí a muchos de ellos. Eran tan buenos como tú y yo, y en algunos respectos mejores que nosotros. Y he aquí una cosa que te parecerá extraordinaria. Cuanto más medito en todo aquello, cuanto más pienso en aquellos últimos años, meses y horas de pesadilla de sus vidas, más me afirmo en mi fe en Jesucristo, Hijo del Dios Vivo.

Voy a explicarme. En presencia de ese horripilante cuadro de dolor de seres inocentes me quedan muy pocas formas de reacción. Una de ellas es la desesperación, el nihilismo moral y el suicidio. Este fué, en efecto, el camino de muchos que sobrevivieron. Nos sobrecoge la compasión al pensar en estos suicidas, porque si las vidas de aquellos inocentes terminaron con la muerte, se impone la negación de la existencia de Dios. Yo sentiría con respecto a un Dios que permitiera tales monstruosidades lo que Ivan Karamazov, no querría saber nada de El. Si mis parientes torturados, hasta morir, fueron aniquilados al momento de cerrar los ojos, si su existencia no tenía ningún sentido que trascendiera la vida de sus cuerpos, evidentemente Dios es peor que Moloch o Baal, o sencillamente, no existe Dios.

Existe otra forma de reacción, la mía propia del primer momento, el acrecentamiento e inflamación en nosotros del fervor nacional. Muchos judíos reaccionaron así. Esto me parece ahora aún más incomprensible. No me refiero al establecimiento de los judíos en Israel, lo que es, efectivamente, importante y puede ser hondamente significativo desde el punto de vista de la metafísica de la historia. Me refiero sólo a la actitud de una ideología y unos sentimientos nacionalistas. Puedo regocijarme a vista de los sufrimientos del pueblo alemán durante la guerra. A muchos de ellos les pasaron cosas semejantes a las pasadas por los judíos. Por ejemplo, millones de sudetes alemanes fueron trasportados de Checoeslovaquia a Berlín y se cuenta que los trenes llegaban a su término con muy pocos pasajeros vivos. Hace esto pensar en lo profundamente nazificados que se mostraron muchos sudetes alemanes, y confieso que en determinadas épocas de mi vida, hubiera exclamado a vista de ello: "Bien merecido lo tienen. Ahora les toca tragar a ellos la píldora". Tal vez no lo hubiera expresado tan crudamente, pero así lo hubiera sentido. Hubiera dicho que el único medio de librarnos de nuestras desventuras era llegar a ser nosotros mismos una nación fuerte, no resignarnos a recibir siempre, ponernos en el caso de poder también repartir. Ahora bien, es claro que no se soluciona el problema con que en vez de echar a un vagón de tren a mi abuela inocente, se eche a él a la abuela inocente de un sudete alemán. Pero, aparte de esto, he indicado ya en varios lugares de este libro que desde el punto de vista de la filosofía de la historia lo que Cristo significa para los judíos es, precisamente, que para nosotros (y consiguientemente para los demás pueblos) no existe la tal *solución nacional*. La crítica judío-ortodoxa más objetiva y benévola del Evangelio discute incesantemente la famosa cita: "Se os ha dicho: ama a tu prójimo *y aborrece a tu enemigo*". Hacen notar los críticos que no hay un solo pasaje en el Antiguo Testamento en que se mande al hombre odiar a su enemigo. Hay, por el contrario, diversos pasajes en que se hace referencia a la caridad para con un enemigo personal. Los exégetas judíos dicen que, supuesto que todas las citas evangélicas del Antiguo Testamento son correctas menos ésta, ha debido ser interpolada posteriormente. Sin embargo, el sentido de la cita es claro si se considera el significado de la palabra "prójimo" como persona de la nación. Porque aunque el Antiguo Testamento no nos manda en ninguna parte odiar a un enemigo personal, tratándose de moabitas y asirios está lleno del espíritu "devolvedlo, y con creces". A nosotros que hemos sido en determinado sentido, los inventores de la ideología nacionalista (en un período de nuestra historia en que esto se justificaba funcional y espiritualmente) se nos exigió ser los primeros en renunciar a ella. Hubo judíos que por espíritu de caridad defendieron y ayudaron materialmente al pueblo alemán después de la caída de Hitler. Los que tal hicieron presagiaron una profunda verdad metafísica. Si los judíos del tiempo de Jesucristo hubieran renunciado frente a la ocupación romana, a la "solución nacional", como El mismo hizo, hubieran muerto como nación, pero hubieran muerto en Cristo. Hubieran podido recorrer el mundo predicando el Evangelio o llevar una vida de generoso perdón para con los romanos conquistadores. En ambos casos hubieran perdido la vida como nación para ganarla. Hubieran trascendido su destino racial, sien-

do difícil imaginar el tremendo impulso histórico que hubiera brotado de una nación así trasfigurada. Estando aún en la congoja de la indecisión, antes de entrar en la Iglesia, tuve una larga conversación con un sacerdote canadiense-francés, muy instruído y muy piadoso. Estaba contagiado del fervor nacionalista que encuentra uno en tantos grupos de minoría racial en todas las partes del mundo. A pesar de su gran espíritu, era una víctima del resentimiento que parece rebajar siempre la estatura moral del hombre. Le indiqué, en el curso de la conversación, las señales hondas que la persecución y el anti-semitismo habían dejado en nosotros, añadiendo que no podía creer que Cristo me exigiera unirme a las filas de los que, en el plano natural de las cosas, eran nuestros perseguidores. Todo en mí se revuelve contra esa idea, le dije. Me miró larga y pensativamente y, al fin, me dijo: "Sí, si el seguir a Cristo me exigiera el hacerme inglés, confieso que sería esto para mí una terrible demanda". Tienen estas palabras un tanto de cómico y no se comprenden más que teniendo en cuenta los estratos históricos de rencor y las sutiles corrientes de enemistad y despecho que se dan con frecuencia en los grupos raciales. Continuó unos minutos en silencio, de lo cual deduje que me había comprendido. En realidad no adujo ningún argumento para refutar el mío; pero, cosa extraña, este fragmento de nuestra conversación tuvo decisiva influencia en mi conversión. Comprendí en aquel momento, en lo más hondo de mi corazón, que nuestra suerte es participar de los dolores de Cristo con perseguidores y con amigos. Este y solamente éste es el verdadero y eficaz remedio contra el odio. Es una tremenda realidad, pero no es mas que una de las tremendas realidades por las cuales tuvo que morir en la cruz Jesús de Nazaret. ❖

Itinerario alfabético de un Festival

SYLVIA POTENZE, JAIME POTENZE y GUSTAVO FERRARI

(*Words, words, words*)
Hamlet, Act. 2, Esc. 2ª)

(*Advertencia: del 8 al 15 de marzo tuvo lugar en Mar del Plata un Festival Internacional Cinematográfico. CRITERIO destacó al mismo a Sylvia y Jaime Potenze, que con la ayuda de Gustavo Ferrari tratan aquí de orientar al lector a través de un diccionario en tono menor y amable, acerca de los principales eventos allí ocurridos. Si bien no pudieron asistir a la totalidad de lo exhibido (51 películas de largo metraje y 41 de corto), vieron, oyeron y escriben. - N. d. l. r.*).

Alemania. — "El cine alemán ha buscado siempre la belleza y seguirá buscándola", declaró Lil Dagover a un periodista. Esperemos que la encuentre a breve plazo así nos evitamos películas como las traídas a Mar del Plata. (J. P.).

Amadori, Luis César. — Su esposa puso la nota tierna del Festival el jueves 11 de marzo al dar a luz a un niño, que se llamará Luis Alberto. (J. P.).

Amidei, Sergio. — Fué la figura —junto con Mc Laren— más importante del Festival. Argumentista de *Roma ciudad abierta, Paisá, París es siempre París, Domingo de verano* y otras películas de pareja categoría, se sorprendió ante el enciclopedismo de los delegados norteamericanos que en San Pablo se pronunciaron sobre relaciones interamericanas, literatura, finanzas, posibilidades presidenciales del senador Mc Carthy, política europea, armas atómicas, música y hasta cine (esto último no pudimos confirmarlo). Más modesto, se limitó a hablar de lo que sabía, manifestándose poco partidario de la co-producción porque el film nacional se asienta en la realidad y tradición de un país, lo que le da autenticidad mayor. Contestó las objeciones extranjeras al dolor que se muestra en las películas italianas, diciendo que era para que todo el mundo se diera cuenta de lo que había sufrido su patria. Puntualizó que el cine necesita una crítica más seria que pueda realmente orientar a sus realizadores, y que uno de los detalles más importantes del italiano es la participación activa de hombres cultos en su factura. "Los que nos iniciamos en la época del cine mudo", dijo, "sembramos Arte, y estamos cosechando los resultados". Al preguntársele por la censura peninsular, reveló que la única película italiana que había sido prohibida era *OK Nerón.* De las extranjeras, recordó a *El diablo y la dama y La ronde.* Hombre que une a su extraordinaria cultura, una simpatía personal italianísima, no fué solicitado por ningún cazador de autógrafos. Desventajas de no usar bikini. (J. P.).

Argentina. — Presentó dos películas que, indudablemente, carecen de categoría internacional. Nos referimos a ellas en las palabras correspondientes. Como este Festival, por el número y calidad de las delegaciones, ha nacido bajo buenos auspicios, sería de desear que en futuras competencias nuestro cine elevara la puntería para poder exhibir realidades que pudieran parangonarse con los mejores films del mundo. (J. P.).

Autógrafos. — Tarifas del 8 de marzo, día de iniciación del Festival: Mary Pickford $ 15.—; Walter Pidgeon $ 14.50; intérpretes soviéticos $ 12.—; Elisa Galvé $ 0.80; firmas ilegibles $ 0.30 (2 x $ 0.50). Tarifas del 15 de marzo: 10 % de la anterior, siempre que la firma constara en programa o invitaciones. Para las estampadas en papeles sin membrete un 35 % de rebaja sobre este precio. (J. P.).

Baile de las delegaciones. — Tres controles evitaron filtraciones periodísticas con tanta amabilidad como eficacia. (J. P.).

Brasil. — No vino. (J. P.).

Buenos Aires en relieve. — Si este diccionario mínimo contuviera la palabra "caos", resultarían escasas muchas páginas para relatar las peripecias de un Festival perfectamente desorganizado. Veamos lo que aconteció la noche del miércoles 10 de marzo. Para alcanzar a tiempo el primer film tridimensional argentino, hubo que dejar de apuro el cordial cóctel de Francia y correr hasta el Auditorium donde el estreno estaba anunciado para las 23. Pero, en vez de proyectarse directamente *Buenos Aires en relieve,* se sometió a chantage a las delegaciones y a los periodistas, pues durante más de una hora se exhibieron insulsas documentales en Ferraniacolor. Tanto estos films cortos como nuestro incipiente 3-D se dieron sobre una pantalla sumamente defectuosa. Se necesitaron lentes Polaroid (Manufactured in London; patented in U.S.A., United Kingdom, etc.). En lo que pudimos apreciar —puesto que a la media hora tuvimos que volver a partir, corriendo, rumbo al Atlantic donde se estrenaba *Museo de cera*—, esta primicia argentina es bastante modesta y limitada. La cámara recorre Buenos Aires, mientras Font Saravia explica, con elocuencia de martillero público y didáctica insistencia de maestra de segundo grado, el viaje por la ciudad de acuerdo con la más reciente historia de nuestro país. (G. F.).

Bulgaria. — Dijo el boletero del cine San Martín a un grupo de periodistas una mañana: "Por favor, señores, traten de conseguir que venga alguien esta noche porque ayer en la película búlgara éramos veintiuno y hacía frío". (J. P.).

Bustillo, César. — Ornan —u ornaban— el hall del Hotel Provincial unas famosas pinturas murales atribuídas a César Bustillo. (Ciertos críticos influenciados por ideas de Ameghino las atribuyen, en cambio, a los primitivos del lugar antes del establecimiento jesuítico del siglo XVIII.) Antiguamente un letrero aseveraba: *"César Bustillo Concibio Pinto"*, pero más adelante dejaron de verse las dos últimas palabras, no se sabe si

debido a manos osadas o a la simple erosión del tiempo. Ahora bien, o en Mar del Plata el tiempo erosiona con ganas, o las manos osan demasiado; el hecho es que durante el Festival las pinturas desaparecieron bajo grises lienzos de medio luto. Como sobre casi todo lo que aconteció en la Semana, en seguida se formularon cuatro teorías: a) algunas atrevidas figuras de los murales podían escandalizar —y, eventualmente, indignar— a la delegación sueca o a un miembro de la delegación americana que era adventista del séptimo día; b) los murales contenían pajarracos de fiero y agresivo mirar que hubieran conturbado a los visitantes foráneos. Las otras dos teorías son absolutamente inenarrables. (G. F.).

Calle del pecado, La. — Este film vernáculo abona nuestra afirmación, hecha en notas anteriores, de que el cine nacional siempre admite posibilidades inferiores. No se sabe por dónde empezar en lo que respecta a *La calle del pecado*, pero puede adelantarse que el director Ernesto Arancibia peca gravemente contra la inteligencia. Zully Moreno demuestra que los años que pasan no le enseñan nada útil, pues no sale de mediocres papeles de súcuba e íncuba simultánea. Canta en una boite suya con el tono de aquellas plañideras profesionales de la antigüedad que, por unos cuantos pesos, ululaban en los velorios. Santiago Gómez Cou es la excepción más notable del reparto, porque lleva adelante su personaje con mucho decoro y discreción, dentro de lo que le hace decir un libreto absurdo. Las otras dos salvedades deben hacerse en favor de Alberto de Mendoza y Jacinto Herrera. Se dijo que el autor del incoherente guión es una señora (y hasta se la mostró), lo que no dejó de causarnos viva sorpresa por el cabal conocimiento del bajo ambiente del boxeo y del haut proxénetisme que denota el libreto. Pero ¿cómo imaginó Tirso los vericuetos del *Burlador* y las salidas de *Marta*, siendo como era abad de los mercedarios? Es que la intuición del genio carece de límites... (G. F.).

Canadá. — Ver Mc Laren, Norman. (J. P.).

Cinemascope. — Cuando preguntaron a Jean Cocteau qué opinaba del Cinemascope, el sexagenario "spoiled-brat" de las letras francesas se limitó a responder: "Cuando escriba mi próximo poema, lo haré sobre una hoja de papel ancha". El primer contacto con la pantalla amplificada en sentido horizontal y apreciablemente curva del nuevo procedimiento, parece dar razón a la "boutade" de Cocteau. Las panorámicas son más amplias, los travelings más largos, los decorados más monumentales, las escenas de espectáculo más sensacionales, los close-ups más enormes... y parecería que nada más. Pero a poco el hechizo de los amplios horizontes se insinúa en el ánimo del escéptico. Algún hermoso movimiento de cámara, algún plano audaz descubren nuevas posibilidades visuales, o al menos una mejor manera de emplear recursos más rudimentariamente esbozados en la pantalla angosta, y el sonido estereofónico (localizado en diversos puntos de la pantalla), añade eficacia expresiva. A los dos días, ante el escenario agreste de *El desconocido*, o el primer y descriptivo episodio de *Villa Borghese*, nos sorprendemos imaginando lo que el cinemascope hubiera podido hacer por esas películas. Es cierto que el color adquiere unas esfumaturas bastante desagradables, que las figuras se deforman levemente en los extremos de la pantalla, y que el sonido mal graduado se hace por momentos intolerable, pero estos son defectos técnicos seguramente corregibles. El meollo de la cuestión reside en la validez de la nueva estética que a todas luces exige el cinemascope: composición de imágenes en sentido horizontal, tomas largas que reducen la importancia del montaje, disminución de close-ups, nuevas posibilidades del sonido, etc. Un juicio definitivo sería apresurado después de una primera visión de una película muy mediocre. Pero entiéndase que *El manto sagrado* no es mediocre a causa del procedimiento, sino de la puerilidad de su argumento y de la chatura casi ininterrumpida de su realización. Digamos no obstante que la materia religiosa está tratada, en general, con dignidad, ya que no con espiritualidad, y que escenas

como la del via crucis y el Calvario logran una trágica y emocionante belleza. Abramos, pues, un generoso crédito a las posibilidades del invento del profesor Chrétien, y esperemos que las futuras realizaciones decidan si ha nacido realmente "una nueva era cinematográfica" como profetizó René clair. (S. P.).

Cocktails. — El italiano, en el Golf Club, se realizó entre los alaridos de los socios de la institución que mediante el pago de sesenta pesos por cabeza liberaron a Unitalia del desembolso que hubiera significado una fiesta hecha en serio. Formados en apretadas filas, encaramados en los sitios más inverosímiles, los golfistas de ambos sexos demostraron envidiable capacidad pulmonar y permitieron a los delegados extranjeros hacer agudas reflexiones sobre su idiosincrasia. Kathleen Hughes me preguntó: "¿Tiene este cocktail algún objetivo?" Un actor inglés que también se había ocultado en un rincón le dió la respuesta: "Sí, se supone que nos están agasajando". Una señora típica dijo a su compañera: "Deberían haber puesto un estrado para que los artistas se subieran y así los veíamos". El ambiente italiano lo dieron unos canapés de salame y Tito Schipa. La nota diplomática, un caballero que a toda costa quería entrar, pero al que los cancerberos se lo impidieron inapelablemente. Parece que era el embajador de Brasil. — El francés se hizo al compás de René Céspito y su ritmo. Algunas niñas del Yacht Club exclamaron al ver a Viviane Romance: "No puede ser. Pero si es una señora..." Michel Simon repartió sonrisas y autógrafos y Unifrance Moet Chandon. Bendita sea. — El soviético fué, lejos, el más serio y artístico. (Ver "Solistas rusos"). Entre vodka y magnífica música magistralmente interpretada, pasamos momentos inolvidables dentro de un ambiente sereno y sonriente, porque los intérpretes rusos no hablan pero (previa anuencia del señor Zimin que les asiente con la cabeza tras la muda consulta) sonríen. — El norteamericano se caracterizó desde la mañana por los antipáticos modales con que los empleados inferiores de la MPAA negaron invitaciones a los periodistas, a los que bastó su credencial para franquear las puertas del Golf, el Yacht y la "cortina de hierro". ¿Se querrían guardar secretos alcohólicos? (J. P.).

Cuentos de Hoffmann. — Un experimento de filmación fidelísima de teatro fotografiado que ha proporcionado a Gran Bretaña el difícil galardón de poseer la película más aburrida del mundo. (J. P.).

Cummings, Robert. — El más amable, cordial y distinguido representante de la delegación norteamericana. (J. P.).

Checoslovaquia. — Presentó dos cosas notables. Un presidente de la delegación que hablaba castellano perfectamente y una de las mejores películas del Festival (Ver "Viejas leyendas checas"). (J. P.).

Chile. — "La cinematografía chilena va por buen camino". (De las declaraciones de uno de los delegados). (J. P.).

Dagover, Lil. — Tras *El gabinete del doctor Calegari* alrededor de 1920 y *El congreso baila,* alrededor de 1930, alguien habló de la otoñal estrella alemana. Escribo esta palabra en un 30 de marzo de cielo imposiblemente más azul. (J. P.).

Democracias populares. — Con la excepción apuntada, sus delegados no revelaron mayores conocimientos de idiomas capitalistas; también con la excepción apuntada sus películas no revelaron mayores conocimientos cinematográficos. (J. P.).

Desconocido. — 1) Cualquier integrante de las delegaciones de Hungría, Suecia, Chile, Polonia, Bulgaria, Austria o México. 2) (El) El género western, pionero de la cinematografía estuvo gallardamente representado por esta película de George Stevens. Un argumento que se adhiere a lo consabido, se beneficia en cambio de un tratamiento excepcional. Los personajes son viejos conocidos, pero la detallada caracterización psicológica les da nuevo valor humano y artístico. La trama es obvia, pero está narrada por medio de imágenes vigorosas y sugestivas, en un color seleccionado con un criterio artístico y funcional a la vez, y con un ritmo pausado de tragedia. Después de Ford, Stevens vuelve a afirmar la dignidad y la belleza latentes en el humilde pero básico elemento de las ruidosas matinées de barrio. (S. P.).

España. — Parece que lo de *Bienvenido Mr. Marshall* fué casualidad. (J. P.).

Estados Unidos. — Trajo películas gastadas en otros festivales e intérpretes de la talla de Walter Pidgeon o Irene Dunne que hicieron olvidar lo primero y permitieron disimular a Flyn o Robinson. (J. P.)

Estrenos absolutos. — La agitada Semana de Mar del Plata fué muy original bajo numerosos aspectos (sincronización del caos, propaganda especializada, disciplina, persecución del periodismo), menos en el plano estrictamente técnico, es decir, en lo referente a la novedad de las películas. Todos los films del Festival, todos sin excepción, ya se habían exhibido en algún lugar del mundo (salvo los films argentinos). Se anunciaron dos estrenos absolutos mundiales: *The stranger's hand* cuyo guión es la última obra conocida de Graham Greene, y *El secreto de Elena Marimón,* coproducción franco-italiana. No fué dada ninguna de las dos películas. Sobre la omisión de la primera no se dieron explicaciones, ni aun a los ingenuos suscriptores de abonos que resultaron estafados; sobre la segunda, varias veces postergada, se dijo al fin que había sido olvidada en un andén de Lisboa. Añádase que en el caso de *Si Versailles m'étais conté* se podó limpiamente hora y media de película —en la función especial para cronistas—, y se tendrá una idea aproximada de lo que fué realmente el Festival. (G. F.).

Continuará

"No creo en las generaciones..."

manifestó Manuel Mujica Láinez

—CREO, en cambio en los escritores. Decir: yo pertenezco a la generación tal, es afirmar implícitamente: a mí, a aquél, a este otro, no se nos conocería si no nos apoyáramos mutuamente integrando una generación.

La respuesta es categórica y significa una opinión importante acerca de un tema sobre el que tanto se ha hablado y escrito en nuestro país, pues "la generación" tiene en Buenos Aires, un sentido de masonería poética algo menos inofensiva de lo que supone el lector desprevenido.

El novelista se detiene junto a un grupo de fotografías apoyadas en los anaqueles de la biblioteca. Lo vemos a él varios años más joven frente a los micrófonos de la BBC de Londres por donde transmitió una serie de audiciones sobre temas argentinos, hay también una foto de Don Orione, otra de Gerchunoff en curioso traje de cocinero y un retrato de infancia de nuestro entrevistado. Esto nos lleva al tema de la niñez. Nos cuenta que "entró a la literatura" a los seis años con una obra de teatro en verso. Recuerda dos versos y nos los dice:

"Sirva la sopa Adela.
Está caliente que pela."

Reímos ante las candorosas palabras. Mujica Láinez agrega repentinamente serio: —Nunca más pude hacer una obra de teatro. Y se queda callado un momento; nosotros pensamos en los niños y en esa substancial intuición de lo representable que tienen en sus juegos, en sus maneras, en su facilidad para asumir personalidades. "Hago de cuenta que soy maquinista", "hago de cuenta que soy general", "hago de cuenta que soy arlequín"...

Mujica Láinez se ha sentado en un amplio sofá y nos indica que es ahí donde escribe apoyando el papel en sus piernas cruzadas. Pensamos que en ese sitio fueron creciendo las individualidades de Lucio Sansilvestre, de la tía Duma; que allí se encontraron con el autor y fueron naciendo, comenzando, y nos sorprende un poco no ver en un ángulo del salón los bastidores donde se teja un largo, largo, tapiz con guerreros antiguos.

El escritor nos muestra una ancha carpeta con algunas páginas escritas. Reconocemos la letra —tan personal y dibujada— del autor de *Los Idolos*. Sí, es el comienzo de una nueva novela que titulará *Los Viajeros*.

Llevado al momento actual, nos dice su fe y convencimiento de que tenemos una importante literatura argentina contemporánea la que el público recién está empezando a conocer pero a la que se vuelca cada día más.

Queremos saber cuales son los autores extranjeros de su predilección, aquellos a los que se vuelve, y nos responde: Proust, Racine, Baudelaire, Shakespeare, del que está traduciendo los sonetos.

Le preguntamos luego por sus preferencias en cuantoa escritores argentinos. Sabemos que esta pregunta suele incomodar a los escritores porque suponen que es un compromiso citar a éste y omitir a aquél o decirle al repórter simplemente: —Vea, excepto yo, no me gusta ninguno.

Mujica Láinez nos menciona con espontaneidad y franqueza que le gustan Borges, Barbieri, Silvina Ocampo, Wilcock, Girri, María Elena Walsh, y de los más recientes Héctor Bianciotti.

Mujica Láinez ejerce en *La Nación* la crítica plástica. En el suplemento de ese diario publicó por primera vez un poema a los dieciséis años y a los veintiuno



Me gusta más lo raro que lo bello (Manuel Mujica Láinez)

se incorporaba como redactor. Testimonio de su gusto pictórico son los numerosos cuadros que posee de autores argentinos y extranjeros. Las personas con predilección por la pintura suelen ser indiferentes ante la música. No sucede así en este caso pues nos manifiesta el escritor que ama entrañablemente la música, gustando en especial a Pucini y a Verdi. Lo miramos sorprendidos. Esperábamos los nombres de Alban Berg, Schoenberg, Bartock... Y añade Mujica Láinez sonriendo: —Como verá comparto el gusto de Stravinski.

Le preguntamos si prefiere lo raro o lo bello, a lo que responde: —Naturalmente lo raro. Lo bello es solo una forma modesta de lo raro. (Suponemos que a muchos kilómetros de distancia Oscar Wilde habrá sonreído en su viejo ataúd). Esta vez no nos sorprendemos. Tenía que ser ésa la respuesta porque es lo suficientemente decadente como para que Mujica Láinez la adopte. Y decimos esto sin ningún sentido peyorativo; solamente descriptivo, ya que el novelista gusta de esas cosas un poco pasadas y levemente cursis porque encuentra en ellas el rostro de una época del país que tan hábilmente describió en *Los Idolos*.

Como ha viajado mucho por Europa y Asia le pedimos que cite las personalidades más interesantes que haya conocido. Nos habla vagamente de Mauriac, Aragón. —Pero al hombre más interesante lo conocí en la Argentina, agrega, era un sacerdote de maneras casi toscas pero con un magnetismo sobrenatural. El escritor se ha referido a Don Orione por el que siente una honda admiración. Y añade sonriendo: —Yo pienso entrar al cielo de la mano de Don Orione.

Hablamos de revistas literarias. *Sur* le parece ponderable por la calidad y la persistencia. ¿En cuanto a las otras?, preguntamos. —Si es que hay otras, no las leo; por eso me mantengo puro.

—¿Y qué le sugiere el comentario sobre *Los Idolos*

PENSAMIENTO PONTIFICIO

Alocución de S. S. Pío XII a la Unión de Juristas Católicos Italianos

Nación y comunidad de Estado

I. Todo Estado se halla inmediatamente sujeto al derecho internacional. Cada uno de los Estados ya no es —ni por lo demás lo ha sido nunca— "soberano" en el sentido de una ausencia total de límites.

II. Dos principios de los que hay que sacar en los casos concretos la respuesta a la gravísima cuestión sobre la actitud del jurista, del hombre político y del Estado católico en relación con la fórmula de tolerancia religiosa y moral que haya de ser tomada en consideración por la comunidad de Estados:

1 Lo que no responde a la verdad y a la norma moral no tiene objetivamente ningún derecho a la existencia, a la propaganda ni a la acción.

2 El no impedirlo por medio de leyes estatales y de disposiciones coercitivas, puede sin embargo estar justificado en interés de un bien superior y más vasto.

La afirmación según la cual la desviación religiosa y moral debe ser impedida siempre que es posible, porque su tolerancia es en sí misma inmoral, no puede valer en su incondicional valor absoluto.

Dios no ha dado a la autoridad humana semejante precepto absoluto y universal, ni en el campo de la fe ni en el de la moral.

Cristo hizo la siguiente advertencia: dejad que en el campo del mundo crezca la cizaña juntamente con la buena semilla del trigo.

El deber de reprimir las desviaciones morales y religiosas no puede ser, por consiguiente, última norma de acción. Debe estar subordinado a más elevadas y más generales normas.

Al efecto, el estadista católico se dejará guiar por el bien que, con arreglo a un sabio pronóstico, podrá derivarse para la misma comunidad de Estados como tal, e indirectamente para el Estado que es miembro de ella.

CON gran satisfacción, amados hijos de la Unión de Juristas Católicos Italianos, os vemos aquí reunidos junto a Nos y os damos cordialmente la bienvenida.

A principios de octubre, otro Congreso de juristas se reunió en nuestra residencia de verano, el de Derecho penal internacional. Vuestra convención tiene ciertamente carácter nacional, pero el tema en ella tratado, "nación y comunidad internacioanl", se refiere de nuevo a las relaciones entre los pueblos y los Estados soberanos. No es un hecho puramente casual la multiplicación de Congresos para el estudio de las cuestiones internacionales, científicas, económicas e incluso políticas. El hecho evidente de que las relaciones entre los individuos pertenecientes a diferentes pueblos y entre los mismos pueblos crecen en extensión y en profundidad, hace cada día más urgente una regulación de las relaciones internacionales, privadas y públicas, tanto más cuanto que esta aproximación mutua la determinan no solamente las posibilidades técnicas incomparablemente aumentadas, así como la libre elección, sino también la acción más penetrante de una ley inmanente de desarrollo. Se debe, por consiguiente, no reprimirlo sino más bien favorecerlo y promoverlo.

I

En esta labor de ampliación, las comunidades de Estados y de pueblos, tanto si ya existen como si aún no representan más que una finalidad a conseguir y a realizar, tienen naturalmente particular importancia. Son comunidades en las que los Estados soberanos, es decir, no subordinados a ningún otro Estado, se unen en una comunidad jurídica para el logro de determinados fines jurídicos. Equivaldría a dar una falsa idea de esas comunidades jurídicas si se quisiera compararlas a imperio mundiales del pasado o de nuestro tiempo, en las que razas, pueblos y Estados se funden, quiéranlo o no, en un único conjunto estatal. En el caso presente, en cambio, los Estados, permaneciendo soberanos, se unen libremente en una comunidad jurídica.

En este aspecto, la historia universal, que presenta una serie continua de luchas por el poder, podría indudablemente presentar casi como una utopía la instauración de una comunidad jurídica de Estados libres. Esos conflictos son provocados muy a menudo por la voluntad de subyugar a otras naciones y de extender el campo del propio poderío, o bien por la necesidad de defender la propia libertad y la propia existencia independiente. Esta vez, por el contrario, precisamente la necesidad de prevenir amenazadoras desavenencias lleva a una comunidad jurídica supernacional; las consideraciones utilitarias, que ciertamente tienen también peso notable, tienden hacia obras de paz; y por último, tal vez precisamente el acercamiento técnico ha sido el que ha despertado la fe latente en el espíritu y en el corazón de los individuos, en una comunidad superior de los hombres, querida por el Creador y que radica en la unidad de su origen, de su naturaleza y de su fin.

II

Estas consideraciones y otras parecidas demuestran que el camino hacia la comunidad de pueblos y su constitución no tiene como norma única y última la voluntad de los Estados, sino más bien la naturaleza, o sea el Creador. El derecho a la existencia, el derecho al respeto y al buen nombre, el derecho a un carácter y a una cultura propios, el derecho al desarrollo, el derecho a la observancia de los tratados internacionales y derechos equivalentes, son exigencias del derecho de gentes dictado por la naturaleza. El derecho positivo de los pueblos, indispensable también en la comunidad de Estados, tiene la misión de definir más exactamente las exigencias de la naturaleza y de adaptarlas a las circunstancias concretas, y, además, de adoptar con una convención que, contraída libremente resulta obligatoria, otras disposiciones que tienden siempre al fin de la comunidad.

En esta comunidad de pueblos, cada uno de los Estados se inserta en el ordenamiento del derecho internacional, y por ello en el orden del derecho natural, que sostiene y corona el conjunto. De esa guisa ya no es —ni por lo demás, lo ha sido nunca— "soberano" en el sentido de una ausencia total de límites.

"Soberanía" en el verdadero sentido de la palabra sig-

---

aparecido en *Letra y Línea*? Mujica Láinez sonríe con el bigote. —Le responderé con palabras muy viejas. Son de Jean Racine, del prólogo de *Bérénice*, que escribió en 1670. Dicen así: "Toutes ces critiques... todas esas críticas son el patrimonio de cuatro o cinco pequeños autores desventurados que nunca pudieron excitar por sí mismos la curiosidad del público. Aguardan siempre la ocasión de que una obra tenga éxito para atacarla; no por celos, pues ¿sobre qué se fundarían para sentirse celosos?, sino con la esperanza de que uno se dará el trabajo de contestarles y los sacará de la oscuridad en que sus propias obras los hubieran dejado toda la vida".

Al despedirnos nos dice: —No se olvide de mencionar que el último libro de Estela Canto me ha gustado mucho.

Salimos. La calle O'Higgins nos recibe con un calor sombrío. Manuel Mujica Láinez, este argentino escritor con cuentos traducidos al japonés, húngaro, sueco, francés e inglés, habrá tomado ya la ancha carpeta y estará trabajando otra vez en su nueva novela, rodeado de los manuscritos de Sarmiento, Rubén Darío, Marcel Proust, Miguel Cané, García Lorca y tantos otros que cubren las paredes de la amplia biblioteca.

Hugo Ezequiel Lezama.

Obras de Manuel Mujica Lainez:

Glosas Castellanas, Don Galaz de Buenos Aires, Miguel Cané (Biografía), *Vida de Aniceto el Gallo, Canto a Buenos Aires, Vida de Anastasio el Pollo, Estampas de Buenos Aires, Aquí Vivieron, Misteriosa Buenos Aires, Los Idolos, La Casa* (aparecerá en mayo de 1954) y en preparación: *Los Viajeros.*

nifica autarquía y exclusiva competencia en relación a las cosas y al espacio, conforme a la substancia y a la forma de la actividad, pero dentro del ámbito del derecho internacional, aunque no en dependencia del ordenamiento jurídico propio de cualquier otro Estado. Todo Estado se halla inmediatamente sujeto al derecho internacional. Los Estados a los que faltara esta plenitud de competencia, o a los que el derecho internacional no garantizara la independencia de cualquier poder de otro Estado, no serían en sí mismos soberanos. Ningún Estado sin embargo, podría quejarse de una limitación de su soberanía si se le negara la facultad de obrar arbitrariamente y sin consideraciones con respecto a otros Estados. La soberanía no es la divinización o la omnipotencia del Estado, en el sentido más o menos de Hegel o a la manera de un positivismo jurídico absoluto.

III

A vosotros, estudiosos del derecho, no necesitamos explicaros cómo la constitución, el mantenimiento y la acción de una verdadera comunidad de Estados, especialmente de una que abrace a todos los pueblos, plantean una serie de deberes y de problemas, algunos de ellos muy difíciles y complicados que no pueden resolverse con un simple sí o no. Tales son la cuestión de las razas y de la sangre con sus consecuencias biológicas, psíquicas y sociales; la cuestión de las lenguas; la cuestión de las familias con la diversidad de carácter, según las naciones, de las relaciones entre esposos, padres y parientes; la cuestión de la igualdad o de la equivalencia de los derechos en lo que concierne a los bienes, los contratos y las personas, para los ciudadanos de un Estado soberano que se encuentran en el territorio de otro, en el que residen temporalmente, o bien se establecen conservando su propia nacionalidad; la cuestión del derecho de inmigración o de emigración y otros parecidos.

El jurista, el hombre político, el Estado particular, como la comunidad de Estados, deben tener en cuenta todas las tendencias innatas de los individuos y de las comunidades en sus contactos y relaciones recíprocas, como son la tendencia a la adaptación y a la asimilación, a menudo llevada hasta el esfuerzo de absorción; o, por el contrario, la tendencia a la exclusión y a la destrucción de todo lo que se presenta como no asimilable; la tendencia a la expansión y de nuevo, como contrario suyo, la tendencia a encerrarse y a segregarse; la tendencia a darse por entero renunciando a sí mismo y, como contraria, el apego a sí con exclusión de cualquier concesión a otros; la avidez de poder, el afán de someter a los demás a tutela, etc. Todos estos dinamismos de avance o de defensa se hallan arraigados en la disposición natural de los individuos, de los pueblos, de las razas y de las comunidades, en sus estrecheces y limitaciones, en las que nunca se encuentra junto lo que es bueno y lo que es justo. Tan sólo Dios, origen de todo ser, debido a su carácter infinito, compendia en sí todo lo que es bueno.

De cuanto hemos expuesto fácil es deducir el principio fundamental teórico para el tratamiento de esas dificultades y tendencias: dentro de los límites de lo posible y de lo lícito, promover lo que facilita y hace más eficaz la unión; contener cuanto la turba; soportar a veces lo que no es dado allanar y por lo que por otra parte no se podría dejar naufragar a la comunidad de los pueblos, a causa del bien superior que de ella se espera. La dificultad consiste en la aplicación de ese principio.

IV

A este propósito, quisiéramos ahora hablar ante vosotros —a quienes gusta profesaros juristas católicos— sobre una de las cuestiones que se presentan en una comunidad de pueblos, es decir, de la práctica convivencia de las comunidades católicas con las no católicas.

Según la confesión de la gran mayoría de los ciudadanos, o en virtud de una explícita declaración de su Estatuto, los pueblos y los Estados miembros de la comunidad se dividirán en cristianos, no cristianos, religiosamente indiferentes o conscientemente laicos, o incluso abiertamente ateos. Los intereses religiosos y morales exigirán en toda la extensión de la comunidad un reglamento bien definido, que valga para todo el territorio de cada uno de los Estados soberanos miembros de esa comunidad de las naciones. Según las probabilidades y las circunstancias, este reglamento de derecho positivo será enunciado de este modo: en el interior de cada Estado será permitido a los ciudadanos de cada Estado regulará los asuntos religiosos y morales con una ley propia; sin embargo, en todo el territorio de la comunidad de Estados será permitido a los ciudadanos de cada Estado-miembro el ejercicio de sus propias creencias y prácticas éticas y religiosas, siempre que éstas no violen las leyes penales del Estado en que residen.

Para el jurista, el hombre político y el Estado católico, surge aquí la cuestión ¿pueden dar su consentimiento a semejante reglamento cuando se trata de entrar en la comunidad de pueblos y de permanecer en ella?

Ahora bien, en cuanto a los intereses religiosos y morales se plantea una doble cuestión: la primera concierne a la verdad objetiva y a la obligación de conciencia en relación con lo que objetivamente es verdadero y bueno; la segunda se relaciona con la efectiva actitud de la comunidad de pueblos con respecto al Estado soberano en sí mismo y de éste con respecto a la comunidad de pueblos en materia de religión y moralidad. La primera difícilmente puede ser objeto de una discusión y de una reglamentación entre los diversos Estados y su comunidad, especialmente en el caso de una pluralidad de confesiones religiosas en la misma comunidad. La segunda, en cambio, puede ser de la máxima importancia y urgencia.

V

Pues bien, he aquí el camino para responder rectamente a la segunda cuestión. Ante todo hay que afirmar claramente: que ninguna autoridad humana, ningún Estado, ninguna comunidad de Estado, cualquiera que sea su carácter religioso, pueden dar un mandato positivo o una autorización positiva para enseñar o para hacer lo que sería contrario a la verdad religiosa y al bien moral. Un mandato o una autorización de este género no tendrían fuerza obligatoria y resultarían ineficaces. Ninguna autoridad podría darlos, pues es contra la naturaleza obligar al espíritu y a la voluntad del hombre al error y al mal o a considerar uno y otro como indiferentes. Ni siquiera Dios podría dar ese mandato positivo o esa positiva autorización, porque sería en contradicción con su absoluta veracidad y santidad.

Otra cuestión esencialmente diversa es ésta, a saber, si en una comunidad de Estados, por lo menos en circunstancias determinadas, puede establecerse la norma de que el libre ejercicio de una creencia y de una práctica religiosa o moral, que tienen valor en uno de los Estados-miembros, no sea impedido en todo el territorio de la comunidad por medio de

leyes o medidas coercitivas estatales. En otros términos, se pregunta si el "no impedir", o sea, el tolerar, está permitido en esas circunstancias y, por lo tanto, si la represión positiva no es siempre un deber.

Nos, acabamos de aducir la autoridad de Dios. ¿Puede Dios, aun cuando a El le sería posible y fácil reprimir el error y la desviación moral, optar en algunos casos por "no impedirlos", sin llegar a contradecir su infinita perfección? ¿Puede ocurrir que, en *determinadas circunstancias*, no dé a los hombres ningún mandato, no imponga ningún deber, no dé ni siquiera ningún derecho a impedir y reprimir lo que es erróneo y falso? Una mirada a la realidad da una respuesta afirmativa. Lo cual demuestra que el error y el pecado se encuentran en el mundo en gran medida. Dios lo reprueba, y, sin embargo, los deja existir. De ahí que la afirmación según la cual la desviación religiosa y moral debe ser impedida siempre que es posible, porque su tolerancia es en sí misma inmoral, no puede valer en su *incondicional valor absoluto*. Por otra parte, Dios no ha dado tampoco a la autoridad humana semejante precepto absoluto y universal, ni en el campo de la fe ni en el de la moral. No conocen semejante precepto ni la común convicción de los hombres ni la conciencia cristiana, ni las fuentes de la revelación ni la pragmática de la Iglesia. Para no citar otros textos de la Sagrada Escritura que se refieren a esta cuestión. Cristo, en la parábola de la cizaña hizo la siguiente advertencia: dejad que en el campo del mundo crezca la cizaña juntamente con la buena semilla del trigo (ver Mateo 13, 24-30). El deber de reprimir las desviaciones morales y religiosas no puede ser, por consiguiente, última norma de acción. Debe estar subordinado a *más elevadas y más generales* normas, las cuales en algunas circunstancias permiten, es más, hacen que tal vez resulte mejor no impedir el error, para promover un *bien mayor*.

Con esto han sido aclarados los dos principios de los que hay que sacar en los casos concretos la respuesta a la gravísima cuestión, sobre la actitud del jurista, del hombre político y del Estado soberano católico en relación con una fórmula de tolerancia religiosa y moral, del contenido antes indicado, que haya de ser tomado en consideración por la comunidad de Estados. Primero: lo que no responde a la verdad y a la norma moral, no tiene objetivamente ningún derecho a la existencia, a la propaganda ni a la acción. Segundo: el no impedirlo por medio de leyes estatales y de disposiciones coercitivas puede sin embargo estar justificado en interés de un bien superior y más vasto.

El que esta condición exista en el caso concreto —y esto es la *quaestio facti*— lo debe juzgar ante todo el mismo estadista católico. El se dejará guiar en su decisión por las consecuencias dañosas que surgen de la tolerancia, comparándolas con las que mediante la aceptación de la fórmula de tolerancia serán evitadas a la comunidad de Estados; y por consiguiente se guiará por el bien que con arreglo a un sabio pronóstico podrá derivarse para la misma comunidad de Estados como tal, e indirectamente, para el Estado que es miembro de ella. Por lo que se refiere al campo religioso y moral, pedirá además el juicio de la Iglesia. Por parte de ella en esas cuestiones decisivas que afectan a la vida internacional, es competente en última instancia tan sólo Aquel a quien Cristo ha confiado la dirección de toda la Iglesia, el Romano Pontífice.

VI

La institución de una comunidad de pueblos, tal y como hoy ha sido en parte realizada, pero que se tiende a efectuar y consolidar en grado más perfecto y elevado, es una subida de abajo a arriba, es decir, de una pluralidad de Estados soberanos hacia la más alta unidad.

La Iglesia de Cristo, en virtud del mandato de su divino Fundador, tiene una misión universal semejante. Debe recoger en sí misma y agrupar en una unidad religiosa a los hombres de todos los pueblos y de todos los tiempos. Pero aquí el camino es en cierto sentido contrario: va de arriba a abajo. En el caso antes mencionado, la unidad superior jurídica de la comunidad de los pueblos había que crearla o hay que crearla todavía. En ésta, la comunidad jurídica con su fin universal, su constitución, sus potestades y los que de ellas están revestidos, se halla desde un principio establecida por la voluntad y la institución del mismo Cristo. La misión de esta comunidad universal ya desde el principio consiste en incorporar posiblemente a todos los hombres y a todas las gentes (ver Mateo 28, 19), y con ello conquistarlos enteramente para la verdad y la gracia de Jesucristo.

La Iglesia, en el cumplimiento de esta misión se encontró siempre y se encuentra todavía en gran medida frente a sí con los mismos problemas que debe superar el "funcionamiento" de una comunidad de Estados soberanos; sólo que ella los siente más agudamente aún porque se halla ligada al objeto de su misión, determinado por su mismo Fundador, objeto que penetra hasta las profundidades del espíritu y del corazón humano. En este estado de cosas, los conflictos son inevitables, y la historia demuestra que los hubo siempre, los hay todavía y, conforme a la palabra del Señor, los habrá hasta la consumación de los siglos. Ya que la Iglesia con su misión se ha encontrado y se encuentra ante hombres y pueblos de maravillosa cultura, ante otros de una incivilidad apenas comprensible, y ante todos los posibles grados intermedios: diversidad de estirpes, de lenguas, de filosofías, de confesiones religiosas, de aspiraciones y peculiaridades nacionales; pueblos libres y pueblos esclavos; pueblos que jamás pertenecieron a la Iglesia y pueblos que se han separado de su comunión. La Iglesia debe vivir entre ellos y con ellos; no puede nunca frente a ninguno declararse "no interesada". El mandato que le impuso su Fundador le hace imposible seguir la norma de "dejar hacer, dejar pasar". Tiene la misión de enseñar y de educar con toda la inflexibilidad de lo verdadero y de lo bueno y con esa obligación absoluta debe estar y operar entre hombres y comunidades que piensan de modos completamente diversos.

* * *

Volvamos ahora a las dos proposiciones antes enunciadas, y en primer lugar a la de la negación incondicional de todo lo que es religiosamente falso y moralmente malo. En relación con este punto no hubo nunca y no hay para la Iglesia ninguna vacilación, ninguna transacción, ni en la teoría ni en la práctica. Su actitud no ha cambiado en el curso de la historia ni puede cambiar, cuando y en cualquier lugar, en las formas más varias, se encuentra ante la alternativa de: o incienso para los ídolos o sangre para Cristo. El lugar donde vosotros os encontráis ahora, la *Roma aeterna*, con las reliquias de una grandeza que fué, y con las gloriosas memorias de sus mártires, es el testimonio más elocuente de la respuesta de la Iglesia. No fué quemado incienso ante los ídolos, y la sangre cristiana bañó el suelo haciéndolo sagrado. Pero los templos de los dioses yacen en frías ruinas, ruinas majestuosas, sin embargo, mientras que junto a las tumbas de los mártires, fieles de todos los pueblos y de todas las lenguas repiten fervorosamente el vetusto Credo de los Apóstoles.

En cuanto a la segunda proposición, es decir, la tolerancia, en determinadas circunstancias, y la soportación también, en los casos en que se podría proceder a la represión, la Iglesia —por consideración hacia quienes, de buena fe (aunque errónea, pero invencible) son de diversa opinión— se ha visto inducida a obrar y ha obrado conforme a esa tolerancia desde que bajo Constantino el Grande y los demás emperadores cristianos llegó a ser Iglesia de Estado, siempre por más altos y prevalecedores motivos; de igual modo obra hoy y también en el futuro se verá en la misma necesidad. En esos casos singulares determina la actitud de la Iglesia la tutela y consideración del *bonum commune* del bien común de la Iglesia y del Estado en cada uno de los Estados, por una parte, y, por otra, del *bonum commune* de la Iglesia universal, del reino de Dios sobre todo el mundo. Para la ponderación del pro y del contra en el examen de la *quaestio facti* no valen en esto para la Iglesia más normas que las por Nos ya indicadas para el jurista y el estadista católico, incluso por lo que se refiere a la última y suprema instancia.

VII

Cuanto hemos expuesto puede ser útil para el jurista y el hombre político católico incluso cuando, en sus estudios o en el ejercicio de su profesión se ponen en contacto con los acuerdos (Concordatos, Tratados, Convenciones, *Modus vivendi*, etc) que la Iglesia (o sea, desde hace mucho tiempo la Sede Apostólica) ha concertado en el pasado y concierta aún con Estados soberanos. Los Concordatos son para ella una expresión de la colaboración entre Iglesia y Estado. Ella, por principio, o sea, en *tesis*, no puede aprobar la completa separación entre los dos poderes. Los concordatos deben garantizar por consiguiente, a la Iglesia una estable condición de derecho y de hecho en el Estado con el que han sido firmados, para asegurarle la plena independencia en el cumplimiento de su divina misión. Es posible que la Iglesia y el Estado proclamen en el concordato su común convicción religiosa, pero puede ocurrir también que el concordato, tenga juntamente con

otros fines, el de prevenir disputas alrededor de cuestiones de principio y de eliminar desde su origen posibles materias de conflictos. Cuando la Iglesia pone su firma a un concordato, éste es válido en todo su contenido. Pero su sentido íntimo puede ser graduado con mutuo conocimiento de ambas partes contrayentes; puede significar una expresa aprobación, pero puede decir también una simple tolerancia, según esos dos principios que son la norma para la convivencia de la Iglesia y de sus fieles con las potencias y los hombres de otra creencia.

Esto es, amados hijos, cuanto queríamos tratar con vosotros más extensamente. Por lo demás, Nos, confiamos en que la comunidad internacional puede eliminar todo peligro de guerra y establecer la paz; por lo que se refiere además a la Iglesia, que sirva para garantizarle en todas partes camino libre con el fin de que pueda fundar en el espíritu y en el corazón, en el pensamiento y en la acción de los hombres el reino de Aquel que es Redentor, Legislador, Juez y Señor del mundo, Jesucristo, el Dios que está por encima de todas las cosas, bendito por los siglos. (Romanos 9, 5).

Por lo tanto, al mismo tiempo que acompañamos con nuestros paternales votos vuestras labores por el mayor bien de los pueblos y por el perfeccionamiento de las relaciones internacionales, impartimos a vosotros, como prenda de las más ricas gracias divinas, de todo corazón, la Bendición Apostólica.

(6-XII-1953, versión oficial)

Nos es posible, gracias a una gentileza personal para con CRITERIO del R. P. J. Jiménez B., S. J., dar a nuestros lectores el texto de un comentario a la Alocución Pontificia precedente que el R. P. G. Weigel, S. J., pronunciara por Radio Vaticana el 16 de diciembre último.

Visión católica de la comunidad de las naciones

Por Gustavo Weigel, S. J.

DOS INTERPRETACIONES DEL CURSO DE LA HISTORIA

NO es difícil encontrar argumentos para sostener la teoría que trata de explicar la historia como una mera repetición de acontecimientos humanos. Todo el presente, todo el pasado, volverán a repetirse de nuevo.

No obstante tal demostración, hay otro modo de ver la historia: no todo es una repetición cíclica; algo nuevo, que antes no ha existido, aparece cada día. La historia viene a ser un movimiento de curvatura sinusoidal: un punto tiene movimiento continuo en dirección horizontal, pero al mismo tiempo oscila vertical y periódicamente, dentro de los límites de la curva, hasta alcanzar un límite superior, desde donde comienza a descender hasta otro límite inferior; y así sucesivamente. Si proyectamos el punto horizontalmente sobre una pantalla transversal a su avance, sólo se puede observar la reiteración sin fin de un idéntico vaivén vertical; pero si ese punto es proyectado verticalmente, sobre una pantalla horizontal, aparece moviéndose a través de nuevos espacios.

EL CASO DE LA COMUNIDAD MUNDIAL DE NACIONES

Filósofos y poetas han soñado siempre en los hermosos colores de aquel día, pasado ya o futuro, en el que la vida humana esté comprendida en una sola sociedad que encierre y proteja todas las otras agrupaciones sociales. Este pensamiento siempre ha sido atrayente para la juventud idealista y romántica; pero la humanidad, como realidad existente, no ha mostrado gran disposición para poner en práctica ese sueño. De hecho, serios observadores han declarado que tal sociedad mundial única y unida es imposible. Para ellos, el inevitable egoísmo de los individuos y de las particulares sociedades que éstos forman, impide la organización jurídica de la gran sociedad que es toda la humanidad.

Actualmente, esa tesis de la imposibilidad de una sociedad mundial jurídicamente estructurada, requiere una reconsideración. No aparece ya tan claro que esa imposibilidad sea objetiva. El siempre creciente número de seres humanos que pueblan la tierra, la conquista del espacio y del tiempo por los modernos medios de locomoción y de comunicación, la enorme destructividad de los conflictos entre las naciones desunidas, empujan al hombre de nuestros días a hacer algo más que soñar con una sociedad mundial. Bastantes piensan que sólo en ella puede asegurarse la supervivencia de la humanidad; y la urgencia de sobrevivir es tan grande que el hombre adoptará todos los medios necesarios para ello, aunque tales medios, como federaciones mundiales, en el pasado fueran juzgados imposibles.

OBSTACULOS RELIGIOSOS Y BASE POSIBLE PARA ESA UNION MUNDIAL

Muchos obstáculos se presentan a quienes están trabajando en planear esa nueva sociedad. La religión, una de las más poderosas fuerzas que han construído la historia humana, aparece como un elemento divisor más bien que factor de unificación. El Islamismo divide al mahometano del budista; el Catolicismo separa a sus fieles de los protestantes; el Judaísmo segrega a los israelitas de los gentiles. ¿Vendrá a ser la religión el gran obstáculo para la unión mundial, siendo que a primera vista la noción de la paternidad de un Dios y la fraternidad de todos los hombres parecen ser una fuerza unificadora?

Esta desconcertante reflexión no debe seguir atemorizando a quienes abren camino en el mundo para organizar jurídicamente las naciones en una sola familia. El mensaje de S. S. el Papa Pío XII al congreso nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos reunido en Roma, el 6 de diciembre de 1953, enseña cómo salir de esa dificultad religiosa. En su bien meditado estudio, el Papa esboza la solución jurídica del problema de la desunión religiosa.

El Santo Padre expresa con toda claridad que la unión mundial a que tiende nuestra época no puede ser construída sobre el fundamento de una religión común o en términos de visión religiosa única. La unión únicamente puede estar basada sobre la única universal Ley Natural, que es conocible por la mera razón humana. La relación de esa nueva sociedad jurídica con la religión es claramente explicada de acuerdo con la doctrina perenne del Catolicismo.

TOLERANCIA RELIGIOSA EN ESA SOCIEDAD MUNDIAL

Según el Papa, la posición del nuevo orden jurídico mundial, en materia de religión, será de amistosa y cor-

---

NOTA PREVIA: Agradecemos muy de veras al R. P. Gustavo Weigel, S. I., el habernos enviado el texto y la traducción castellana de una charla suya transmitida por la "Radio Vaticana" el 16 de diciembre de 1953, y que a continuación ofrecemos a nuestros lectores. Como es bien sabido, el P. Weigel fué profesor de Teología (1937-1947) y Decano (1942-1947) en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Santiago, y de ahí pasó a enseñar esa misma ciencia en la Pontificia Facultad de Teología de Woodstock, Md., en los EE. UU. Además de la importancia y seriedad que naturalmente tiene esa exposición y de la consideración y respeto que merecen sus juicios, por provenir de un teólogo que habla de materias correspondientes a su propia elevada especialidad, en este caso se añaden circunstancias muy particulares que la valorizan aún más. El Santo Padre había dirigido el 6 de diciembre de 1953, a la Unión de Juristas Católicos Italianos, una notabilísima alocución doctrinal, en la que dejó en plena luz los necesarios distingos y matices que forman parte de la genuina posición católica frente a las diferencias religiosas que realmente existen en el mundo actual, y que a veces son olvidados o imperfectamente presentados incluso en algunos escritos de católicos. Para completar el buen efecto que las palabras pontificias estaban destinadas a causar especialmente en los países de habla inglesa, se le pidió oficialmente al P. Weigel, presente en Roma por esos días, que las comentara y recalcara en una charla especial sobre dicho asunto, en la hora que la "Radio Vaticana" tiene destinada a esa lengua. El Padre preparó un escrito correspondiente a lo que se le había pedido, y lo presentó oportunamente para su examen a la censura vaticana. Previa la cuidadosa revisión de esa censura y la subsiguiente aprobación, el 16 de diciembre fué transmitida por la "Radio Vaticana" esa charla, cuya finalidad y cuyo contenido no son sino exponer y subrayar el genuino significado de las declaraciones del Santo Padre. Todo esto (aun prescindiendo de otros datos que hemos recibido y que no corresponde publicar aquí) hace ver la especial garantía y peculiar alcance que posee la charla que a continuación reproducimos. — J. Jiménez B., S. J.

dial tolerancia. Esta palabra tiene actualmente resonancias repugnantes para muchos hombres, porque les parece algo negativo, condescendiente, afectadamente apocado. Sin embargo, en el discurso del Papa, la idea es positiva y amplia. En lenguaje médico la palabra "tolerancia" tiene un sentido que es únicamente favorable. Si alguien no puede tomar penicilina, porque, en vez de hacerle bien, pone su vida en peligro, decimos que es intolerante a la penicilina. Esto no quiere decir que es fanática y ciegamente opuesto a los antibióticos, sino únicamente que no los puede asimilar y aprovechar él personalmente. Si, en cambio, puede tomar la maravillosa droga, decimos que la tolera, que tiene tolerancia respecto a ella. En este contexto, la palabra "tolerancia" significa una cualidad enriquecedora, altamente deseable y ventajosa.

En el mismo sentido, la nueva unión mundial ha de ser tolerante frente a religiones diferentes y teóricamente en conflicto. La nueva sociedad no deberá procurar imponer una determinada religión a todos los hombres, ni hacer de tal uniformidad religiosa un requisito de la nueva federación. Esta sociedad universal habrá de amparar y favorecer la religión y las creencias religiosas sin tomar sobre sí el oficio de decidir cómo debe ser la religión, porque no cabe en las atribuciones de una organización puramente natural el desempeñar tal papel. Es únicamente Dios quien nos dice cuál es la verdadera religión, y El lo ha hecho sobrenaturalmente, usando medios que están más allá y por encima de las fuerzas naturales. Y aun Dios tolera la existencia de religiones diferentes de la única estructurada por El mismo; y los gobiernos prudentes harían bien en imitar a su Creador.

Y lo que es más: los gobiernos, en una sociedad mundial, tendrán la obligación de practicar tal tolerancia. El Estado no es un idolátrico absoluto hegeliano, sino tan sólo el instrumento realizador para el bienestar de la sociedad. La paz de los ciudadanos y su prosperidad en el orden secular son el fin único del Estado. Paz significa una condición de libertad compatible con el orden público y las exigencias de la vida en común. Más todavía, para ese fin de armoniosa convivencia en una sociedad concreta, condicionada por su propia historia y cultura, será necesario para el Estado de tal sociedad el aceptar situaciones que no son de su propia hechura sino inherentes a la evolución de la comunidad a que él sirve.

A veces tales situaciones, desde el punto de vista teológico, no son ideales; pero en la práctica de la vida el Estado se halla obligado a mantenerlas para que la paz y libertades consiguientes no sean destruídas por el Estado, cuyo fin único es el preservarlas. En la nueva unión mundial no puede ser obligación del Estado el terciar en el problema teológico de la verdad religiosa. Su sola obligación será mantener unidos en paz y armonía a los ciudadanos, que son agentes libres y responsables, y que un día han de presentarse a su Creador para dar cuenta de sus personales decisiones religiosas.

CLARAS Y BENEFICAS CONSECUENCIAS DE LA PALABRA DEL PAPA

Esta elevada doctrina del Papa Pío XII, el más alto maestro auténtico de la Iglesia Católica, será recibida con entusiasmo por todos los hombres de buena voluntad. Ciertamente ella clarifica las obscuridades que se esconden en las mentes de tantos de nuestros hermanos no-católicos, quienes piensan que la Iglesia Católica es una conspiración para quitarles la libertad de seguir su conciencia en lsa propias decisiones religiosas. Ella alentará a quienes están procurando la unión mundial, porque ellos sabrán que la gran fuerza espiritual del Catolicismo es favorable a sus esfuerzos. Sobre todo, ella acabará con la acusación de no pocos que afirman que la Iglesia Católica emplea dos criterios diversos para determinar las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Según esa acusación, la Iglesia pide libertad para las creencias religiosas personales en los países donde los católicos constituyen una minoría; mientras que, en las regiones en que los católicos forman la mayoría nacional, es impuesta a todos los ciudadanos la uniformidad católica. La doctrina del Papa es totalmente diversa, porque habla de una sociedad tolerante mundialmente extensa, formada por Estados particulares soberanos, católicos y no-católicos, que han de gobernar en sus propias comunidades concordemente con los principios vigentes en la totalidad de la federación mundial. Esto, según el Papa, es enteramente conforme con la doctrina constante de la Iglesia Católica.

El discurso del Papa manifiesta una vez más cuánto procura la Iglesia Católica una paz duradera para el mundo entero. No es la paz impuesta por un gobierno opresor, sino la armonía y concordia de comunidades libres, en un mundo donde no se encuentra uniformidad de visión.

Cuándo finalmente llegará a existir la sociedad mundial contemplada por el Papa Pío XII, nadie podrá decirlo. Sin embargo, el ideal es inspirador. Muestra el sendero que debemos seguir en nuestra precaria búsqueda de la paz.

El lector de esta sección habrá observado sin duda que el S. Pontífice en la Alocución dirigida a los juristas italianos acaba de retomar personalmente y de situar en una especie de nueva "dimensión" la clásica cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, cuestión que hace un año fuera tratada por S. E. el Card. Alfredo Ottaviani en la conocida conferencia que bajo el título "Deberes del Estado Católico con la Religión" fuera recientemente tan difundida entre nosotros y acerca de cuyo verdadero objetivo y naturaleza genuina escribiera en CRITERIO, número de Navidad 1943, Julio Jiménez B.

El Santo Padre indicaba ya en 1947 que bien fuera por este proceso natural de evolución en profundidad y en extensión, o bien por la influencia de los fenómenos que se producen en escala mundial, una especie de nueva "dimensión" venía a añadirse a las precedentes.

En el Radiomensaje pontificio dirigido al Congreso Internacional de la J. O. C. celebrado en 1947 en Canadá, Pío XII se expresaba en esta forma: "Sabemos que los problemas se plantean ya no tan sólo localmente sino a menudo también, como se ha dicho, en escala mundial. Las barreras tienden, gracias a Dios, a desaparecer entre los pueblos e incluso entre los continentes. Y así se afirma cada vez más la unidad del género humano. Y el progreso de la técnica favorece a su vez continuamente la interpenetración de los pueblos. Se comprende por lo tanto que las cuestiones relativas al apostolado deben ser consideradas *también igualmente desde el punto de vista internacional*". — Nota de Redacción.

VIDA INTERNACIONAL

III Congreso del Consejo Europeo de la Juventud

DESPUES del realizado en Bièvres en marzo de 1952 y el de Florencia en setiembre del mismo año, el III Congreso del Consejo Europeo de la Juventud se reunió en julio ppdo. en Berlín, en la moderna "Hochschule für Politik". Participaron cuatro delegados por cada uno de los dieciseis países, representantes de organizaciones internacionales y muchos observadores. Importantes exposiciones fueron hechas por Otto Bach, senador de Berlín, sobre la situación actual de los refugiados, por los señores Friis, Danois y Wallin, este último representante de la Oficina Internacional del Trabajo, sobre la ocupación y la desocupación juveniles y la legislación del trabajo de los jóvenes.

Esas exposiciones fueron la base de trabajo de cinco comisiones (refugiados, formación profesional, intercambios, legislación de la juventud, organización), que sesionaron durante dos días. Se decidió dar amplia publicidad al problema de los refugiados, intercambiar informaciones, invitar a jóvenes refugiados, designan en cada comité nacional una comisión encargada de esos problemas. El segundo grupo de trabajo encareció la búsqueda de una solución europea que permita la movilidad de la mano de obra juvenil y el establecimiento de una agencia internacional de empleo en todos los países. La delegación escandinava llamó la atención de la comisión Nº 3 (intercambios y viajes) sobre el proyecto Viking, para el intercambio de 4.000 jóvenes trabajadores entre Estados Unidos y Europa. Esta misma comisión propuso, una vez más, la creación de una carta de identidad "juvenil" que otorgue ciertas ventajas garantizadas en cada país por el ministerio de educación. La comisión encargada de la orientación profesional pidió, entre otros muchos puntos, que la edad mínima para el trabajo de los jóvenes en el fondo de las minas sea de dieciseis años y que al respecto se firme una convención entre los estados miembros de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero. Recomendó igualmente sesiones internacionales e intercambio frecuente entre jóvenes trabajadores de la misma industria. Por último, la comisión de organización reafirmó los objetivos del Consejo Europeo de la Juventud: "Trabajar por una conciencia europea de la juventud, discutir las cuestiones vitales de la jóven generación y defender sus intereses comunes". (*B. I. C. E.*).

Congreso Internacional de Servicio Social

PARA el estudio del tema "La contribución del servicio social a la libre expansión de la persona humana", se reunirá en abril próximo, desde el 20 al 25, en Colonia, el Congreso organizado por la Unión Católica Internacional de Servicio Social. Asistirán el cardenal Frings, arzobispo de Colonia, Mons. Muench, nuncio apostólico y el señor Arnold, ministro presidente de la Renania Westfalia, que hablarán en las sesiones de apertura y de clausura.

En las reuniones plenarias estudiarán los cuatro aspectos del tema general: Mons. Georges Hahn, profesor del Instituto Católico de Toulouse, que hablará sobre el concepto cristiano de la persona humana; Mons. Schmitt, de Colonia, sobre la cuestión de las comunidades sociales en relación con el respeto de la persona y el servicio social; la señorita Jane Hoey, presidenta de la Kerby Foundation de la Universidad Católica de Washington, sobre la misión de la asistente social al servicio de la persona; la señorita H. Junquiera, de Sao Pablo (Brasil), sobre las exigencias personalistas en la acción social de las organizaciones internacionales oficiales.

La aplicación práctica y los cambios de vistas se harán en grupos de discusión.

Distracciones artísticas, recepciones, visitas sociales y turismo completan el programa.

La productividad europea y la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos

EL 18 de febrero ppdo. se reunió en Bruselas la comisión de la productividad de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos (C.I.S.C.), que comprende un cierto número de expertos y delegados de las organizaciones afiliadas. Presidió la reunión el presidente de la C.I.S.C., señor Augusto Cool.

Convocada para discutir la política y el programa de la Agencia Europea de Productividad, recientemente creada en el cuadro de la O.E.C. con la ayuda financiera norteamericana, la comisión de la C.I.S.C. se declaró, en principio, de acuerdo con los proyectos de la citada Agencia, que tienen por finalidad interesar al movimiento sindical de manera estrecha al esfuerzo de aumento de la productividad. Y después de atestiguar su agradecimiento por el apoyo dado por los norteamericanos, expresó su deseo de que sea salvaguardado el carácter europeo del programa para el aumento de la productividad, tanto en su elaboración cuanto en su ejecución. La comisión organizará, además, una encuesta con el objeto de definir el punto de vista específicamente cristiano en lo que concierne al lugar del trabajador en el esfuerzo por el aumento de la productividad. Se declaró que la mayor productividad nunca puede ser un fin en sí, sino solamente un medio para llegar a una mayor prosperidad general.

Como resultado de los informes presentados con respecto a los diversos países e industrias, la comisión expresó su inquietud por la opinión de un cierto número de empleadores de que la cuestión del aumento de la productividad es un problema puramente técnico que concierne únicamente a ellos. Protesta contra esta actitud y denuncia las consecuencias de tal opinión para los trabajadores. Estima, pues, que los empleadores y los trabajadores deben convenir en una declaración conjunta con respecto a este importante punto.

IVº Congreso Internacional de la Prensa Católica

DEL 3 al 7 de mayo se realizará en París el 4º Congreso Internacional de la Prensa Católica. El Secretariado Permanente de la U. I. P. C. con sede en París, nos envía el programa provisorio que transcribimos a continuación. Como se recordará, los Congresos anteriormente celebrados se verificaron en Bruselas, el año 1930, y en Roma, tanto en 1936 como en 1950.

La Unión Internacioni de la Prensa Católica abarca tres secciones: la de los Editores de diarios católicos, la de periodistas católicos y la de Agencias y noticiosos católicos.

El tema general del Congreso es el siguiente: "La prensa católica en el mundo, su misión, su porvenir". Será inaugurado el 3 de mayo por el presidente de la U. I. P. C., conde Giuseppe dalla Torre. A continuación el R. P. Gabel, Director de "La Croix" de París y presidente del Comité organizador del Congreso dirigirá un saludo de bienvenida a los delegados. Le seguirá en el uso de la palabra el jefe del secretariado permanente de la U. I. P. C., Sr. Jean Pierre Dubois-Dumée, quien hará el balance de la actividad cumplida de 1950 a 1954. El programa del Congreso y los métodos de trabajo serán expuestos por el secretario del Comité organizador, Sr. Maurice Herr.

En la reunión general dedicada a estudiar "La Prensa católica en el mundo", el Sr. R. W. Kayserlingk, director del periódico "The Ensign" de Montréal se referirá a algunas experiencias recientes en el campo publicitario.

El segundo día —4 de mayo— estará consagrado al tema "La misión de la prensa católica". El conocido periodista y sociólogo Joseph Folliet se referirá a la Sociología de la opinión pública, en tanto el Sr. Alessandrini, del "Osservatore Romano" estudiará en sus varios aspectos la prensa católica al servicio de la Iglesia.

Se verificarán reuniones especializadas, encarando los múltiples problemas que implica la acción periodística, ya se trate de diarios propiamente dichos, de revistas o de publicaciones ilustradas. Se dará cuenta de los diversos métodos seguidos en la difusión y propaganda (sistemas de suscripción, concursos, equipos, etc.) para luego contemplar la situación de la prensa católica ante el desarrollo de la radio, del cine y de la televisión.

El Congreso terminará con una recapitulación de los diversos puntos examinados y con la elección del nuevo "Bureau" que regirá la institución. El Sr. Marc Delforge, director del periódico belga "Vers l'Avenir", presentará una síntesis de los trabajos realizados.

El día 6 se cumplirá una peregrinación a Chartres, prosiguiendo los delegados hasta los castillos de Blois y de Chambord.

Contemporáneamente se verificará, en el Grand Palais, la Primera Exposición Bienal Tipográfica en la que se exhibirán los más modernos sistemas de impresión, edición, etcétera.

ARTES PLASTICAS

De la descripción plástico-pictórica

EN Buenos Aires, como ya se ha apuntado aquí en diversas ocasiones, prosperan dos formas de arte monumental en lo que atañe al desarrollo de la pintura. Por un lado, un núcleo de artistas está dando nueva vigencia al arte religioso, y por otro, incluidos pintores del primer grupo, se están ordenando los signos ornamentales de una pintura mural civil, ambas corrientes de enormes posibilidades en nuestro país por participar en las mismas los más finos y nobles creadores argentinos.

Por estas circunstancias alentadoras, creemos oportuno, a las consideraciones apuntadas en otros números de CRITERIO sobre el arte nacional y el arte universal, fijar rasgos de una experiencia artística personal frente a obras que establecen importantes puntos de partida útiles para la formación válida de nuestro arte y de todo arte plástico.

Algunos nombres y obras de la pintura italiana, desde el siglo XIV al XVII, sirven a este fin, y a ellas nos atenemos siguiendo las líneas estrictamente necesarias que corresponden al tema propuesto. Acaso sean las mismas útiles también a la conciencia lúcida del lector adentrado en estos asuntos, en el pro y contra de una expresión que la crítica valora en sus esencias perdurables. Inclúyese en este tratamiento pinturas al fresco y sobre tela y relatos religiosos o profanos.

Un luminoso espíritu descriptivo preside las pinturas de Perugino en el "Collegio del Cambio" de Perusa. Las evoco entre pinos, tilos, plátanos y olivos sobre un fondo de añil. Sus clásicas figuras —paganas y cristianas— son majestuosas y serenas. El dibujo y la forma por el color, con su acento figurativo, se adaptan al sentimiento moral y éste está vivo en la convidadora luz recreada por el artista.

El "Sueño de S. Ursula", en la serie de la leyenda pintada por Carpaccio y existente en el Museo de la Academia de Venecia, ha sido ejecutado con justeza de línea y color de acentos musicales. Esa línea y ese color vibran cadenciosamente, los percibo en acordes ensamblados. La exacta iluminación aun dentro del ligero claroscuro, los pasajes de uno a otro plano en ese orden sereno fundamentan la pincelada precisa. Pero sólo el "Sueño" reúne las virtudes en que se alían arte y poesía.

La fantasía plástico-poética de formas cerradas, evidente en los paneles de Benozzo Gozzoli, en el Palacio Medici-Riccardi de Florencia, participa de la naturaleza (paisajes de Fiesole, Pisa, Bologna, S. Gimignano). La forma-volumen-color conserva su vigor en el espacio festivo. Los encendidos frescos acogen el brillo de las vestimentas y las joyas que lucen los personajes y los arneses de los caballos. La escena, con Lorenzo de Medicis a caballo y las figuras y ambiente que completan la composición, son una prueba terminante.

He señalado tres momentos, que me deleitan; pero la narración pictórica peligra en grado sumo cuando la naturalidad sobrepasa a la expresión poética, como en la "Historia de María y S. Juan Bautista", de Ghirlandaio, en la florentina Santa María Novella.

Del gozo sensual de la descripción de Benozzo al gozo moral de Perugino, en sus formas más duraderas, se alcanza el milagroso equilibrio del "Nacimiento de Venus", de Sandro Boticelli, y alguna virgen rafaelina. Sólo que en Rafael se deslizan zonas frías y amaneradas. Aparece el elemento sentimental, que el urbinense logra controlar en los retratos de los Boni y "La mujer velada".

Cuando se observan los frescos de Uccello —el diluvio universal, la creación del mundo, el origen de la mujer, la expulsión del paraíso, o el Arca de Noé—, a pesar de los deterioros que han sufrido se intuye cómo el pintor intelectualiza sus composiciones, fundándolas en volúmenes y masas en los que el color se identifica con la forma y las líneas prospécticas.

Orcagna, ostensiblemente dramático, alía la fuerza plástica material a la expresión humana: acentúa el contorno de sus "cabezas" y adensa el volumen de sus "figuras". Esas cabezas y esas figuras parten de la abstracción y se elevan a una acentuada humanización formal.

No es el fresco total de Lucas Signorelli, en la catedral de Orvieto, que salva virtudes de ese linaje. Allí asoma —en el Infierno, en la Resurrección— un color que carece de patetismo, y las líneas que marcan los cuerpos son más decorativas que plásticas. La psicología —esa endiablada quimera— hinca el diente en el relato. Unicamente cuando el oficio de Signorelli se fortifica en los planos sostenidos del dibujo y del color —los "Fulminados" (Fin del mundo)— se celebran sus espléndidos azules y verdes en cuyo ajuste la pintura está en su plenitud.

La descripción cae en lo ilustrativo por el exceso de los elementos que confunden aún en la "Escuela de Atenas", o la trampa del ángel de "La liberación de S. Pedro", en el Vaticano. De sus frescos, Rafael logra mayor rigor en "La misa de Bolsano": aquí ha sintetizado su composición, los volúmenes se ordenan con claridad y los planos de color se exaltan y depuran.

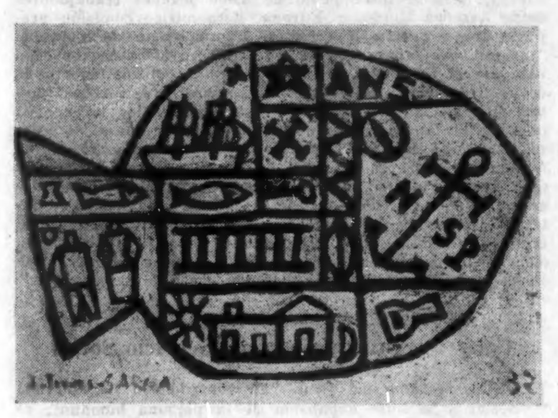
Rafael estaba lanzado hacia las blanduras y los efectos con la excepcional facilidad de su mano. Esta predisposición se adelanta tanto más en la "Sala Constantino", concluída por sus discípulos. Se observa la quiebra del volumen y el confusionismo del color; el relato se convierte en tema de ilustración por el predominio de las escenas literarias sobre la severidad plástica. Es el momento en que uno huye de ese hartazgo y vuelve a las formas geométricas de las colinas y los pinos del Lazio y la Toscana.

Rafael —gran dotado, no siempre logrado— persigue la claridad y la luz naturales, el dibujo y la forma reales, y le tienta el afinamiento de sus figuras y atmósferas, como se vé en sus óleos. En "La Transfiguración", p. e., lo absorbe en exceso el color natural y pone en ese sentimiento pasión y oficio, mas se bifurcan la línea-plano y la forma-color. En la parte superior de esa tela la pintura alcanza su propósito: allí la depuración del sentimiento se alía al color expurgado de elementos difusos.

En cuanto el color pierde sus calidades puras —digamos: Guercino: "S. Margarita de Cortona"—, frente al arte se abre un abismo... Se transita dentro de la expresión decadente, fenómeno anticlásico. ¿Cómo pintar amplias telas olvidados de la geometría, el plano, el volumen, el color, la forma? En el afán de aliar vida y misterio, Guercino rompe las leyes formales del arte y se disgrega... Guido Reni elige por momentos una pendiente semejante, mas reacciona. Entonces es cuando el boceto reivindica sus potencias sensibles, incorpora "cabezas" y "fragmentos", se erige en adelantado de los tiempos por venir... Otras ideas mueven a los hombres y, por consiguiente, a los artistas.

Concreto esta experiencia: la ausente austeridad de pensamiento en el planteo estructural plástico enturbia el mensaje de la forma color y nace la perturbadora licencia. Esta licencia aparece en el fenecer de toda cultura artística.

Romualdo Brughetti



"Grafismo constructivo" (J. Torres García)

GRAFISMO CONSTRUCTIVO

EN el número anterior de esta revista, hemos aludido al pensamiento plástico de Joaquín Torres García. Reproducimos hoy una obra del artista uruguayo: "Grafismo constructivo" (1932). Torres difundió y completó su propia visión del constructivismo (de orden geométrico, bidimensional, espacios ordenados y formales, regla de oro), el cual jamás confundió con la pintura, arte de tres dimensiones y de hondos rigores. Ya dijimos que el artista del presente deberá hacer de ese arte formal, primitivista, esteticista un arte real, sólido, humano, nacido de una profunda necesidad de expresión: ¡dura prueba!

A MEDIO SIGLO DE UNA MUESTRA DE ARTE

A medio siglo de la primera exposición de arte efectuada en Bahía Blanca por el pintor argentino Faustino Brughetti, "Asociación Artistas del Sur" ha invitado a este artista a presentar un muestra retrospectiva de sus obras en aquella ciudad. Se celebra así una grata circunstancia artística y cultural.

EXPOSICIONES

MUY en breve, las galerías de Buenos Aires iniciarán la serie de sus exposiciones anuales. La Asociación Argentina de Cultura China efectúa ya en Viau una exposición de pinturas de Chi Pai-shi, prestigioso artista oriental con-

TEATRO

FOLIES DE PARIS Es un interesante artículo sobre el Folies Bergère ("The myth of the Folies Bergère" en **Theatre Arts** de marzo de 1953), Roberto Muller señalaba un hecho que se ha repetido puntualmente en Buenos Aires. "La Leyenda del Folies Bergère —decía— no es algo que haya nacido de la mañana a la noche. Se fué posesionando arteramente de un público impresionable. Y si bien no ha sido producto directo de la publicidad, una sucesión de directores del teatro la ha estimulado y nutrido. La esencia de la leyenda es que esta casa ofrece un fruto prohibido, una especie de sabroso mal. Ir a este teatro es pecar con impunidad. La inmoralidad a que uno no se atreve en su pueblo, puede ser gozada aquí legítimamente, envuelta en la inocencia de la tradición, disfrazada por su propio renombre. La leyenda absuelve al Folies Bergère como absuelve a la prostituta de la literatura sentimental: ambas tienen corazones de oro...".

Personas incapaces de viajar de pie una hora en un ómnibus, han hecho veinticuatro de "cola" para poder conseguir una platea bien ubicada (que fué en el caso que comentamos en fila siete, puesto que el entusiasmo de quienes no necesitan formar filas parece haber sido inapelable); seres que consideran prepóstero que un abogado les cobre cien pesos una consulta, han corrido a oblar ciento veinte por platea en boletería, y bastante más fuera de ella; señoras que consideran de mal gusto las desnudeces de la revista criolla, han llevado a sus niñas a la mucho más audaz revista francesa. La lista podría aumentarse hasta con suscriptores de CRITERIO que telefonearon a la redacción a solicitar el visto bueno del crítico para asistir al gran mito.

Porque como muy bien lo decía Muller, ni las coristas son premios de belleza; ni el desnudo es espectacular —y menos en Buenos Aires—, y en cuanto al humor, está completamente ausente del escenario. Si bien es cierto que algunos cuadros como "Marfiles chinos" o "Los gatitos de París" son realmente de buen gusto y revelan imaginación creadora, otros como "El Paraíso" —en que se entona el "Ave María" de Schubert sobre fondo de luz negra— o uno de ambiente algerino, padecen de irremediable cursilería. Por otra parte, el ritmo de la revista es desigual: los cambios entre cuadro y cuadro no se suceden con la rapidez que sería de desear, y la orquesta que actuó a las órdenes de André Tildy desafinó con encomio digno de mejor causa.

La espectacularidad se logra en algunos cuadros como el de la cacería o el canto del cisne, muy bien preparados y presentados con acertado sentido plástico, mas el director Michel Gyarmathy no es un buen coreógrafo e introduce aquí y allá detalles que chocan dentro del conjunto. Por otra parte, justo es anotar que si bien las danzarinas clásicas del Folies Bergère no desentonarían en un elenco de pretensiones limitadas, no alcanzan a dar la "nota de arte" que pretenden.

La principal objeción que le hacemos al Folies Bergère es su obsesión por introducir detalles de tipo turístico, que encantarán al hombre de negocios de Chicago o el fazendeiro de San Pablo, pero que sólo sirven para dar al espectáculo ese sabor de fruto prohibido a que se refiere Muller. Las escaleras por las que bajan coristas cubiertas de plumas y lentejuelas son fieles a una tradición de varios lustros, y las hemos visto hasta en teatros de tercera categoría de Buenos Aires. La diferencia está aquí en un semi-desnudo que sólo sirve para estimular aficiones malsanas. Cuadro como "El infierno de las mujeres", sin ningún valor coreográfico y con innumerables antecedentes en el género, son sólo un pretexto para presentar desnudeces. Se nos dirá que hay que contentar al que esperó pacientemente veinticuatro horas para poderlas contemplar, pero con ese criterio de exagerado liberalismo se puede aceptar cualquier aberración.

No dedicaríamos más espacio al Folies Bergère de no ser porque ha conmovido a Buenos Aires. El vestuario —muy bien llevado por las figuras femeninas revela buen gusto y suntuosidad, y algunas escenografías como la del subterráneo o la ya recordada de los marfiles chinos, son excelentes. Y aquí una acotación: los cuadros en que se deja a un lado la comentada faz que hemos dado en llamar turística, son, lejos, los mejores. Carecen de la angustia de la inoportunidad que hace introducir en un ballet clásico una bailarina desnuda en homenaje al espectador de apetencias limitadas.

Además de rechazable en absoluto, el espectáculo que comentamos tendrá repercusiones que posiblemente deriven en una mayor "libertad" en el vestuario de las revistas argentinas, pues no alcanzamos a suponer con qué derecho se negará a lo nacional lo que se ha permitido al extranjero. E iniciada la carrera, sólo Dios sabe cuál será la meta. Por otra parte, el snobismo de la gente inculta que pulula por estas tierras creerá que la etiqueta francesa cubre cualquier clase de mercadería, y se identificará Folies con arte, lo que será doblemente lamentable porque (además de la falacia de la premisa) no faltarán los que preferirán callar o asentir tímidamente para no sentar plaza de retrógrados. Y —lo que no deja de tener su importancia a pesar de ser menos grave que lo anteriormente apuntado— aparecerán quienes negarán todo valor estético al espectáculo por las gafadurías apuntadas. (Y no faltarán entre estos últimos los que "para poder opinar" irán a una función que saben nociva).

En una presentación al público argentino, el Sr. Clemente Lococo dice: "Tenemos el orgullo de ser los primeros en toda América en ofrecer en nuestro teatro al público argentino el espectáculo que aplaudieron cien reyes: Folies Bergère de París: ritmo, canciones, arte, estética y poesía en una noche de fiesta". Esta frase revela: a) que el orgullo es siempre un defecto, b) que de 1869 a 1954 han visitado París más reyes de los que creíamos, c) que es su autor olvidadizo, pues el cuadro que más aplausos cosechó fué el de fuerza y acrobacia de Los Greco. (En el Opera).

Jaime Potenze

temporáneo, juntamente con una muestra de Arte Popular Chino de Papel Recortado.

LIBROS DE ARTE

SE anuncian diversas ediciones de libros de arte en el curso de este año.

Losada incorporará a su Biblioteca Argentina: "Miguel Carlos Victorica", por Jorge Larco; "Ramón Gómez Cornet", por Pablo Rojas Paz; "Héctor Basaldúa", por Manuel Mujica Láinez; "Juan Batlle Planas", por Guillermo de Torre.

Poseidón anuncia "Historia del arte gráfico occidental", por Margarita Nelken, y una colección tipo "Breviarios", en el que se anotan títulos de interés universal y nacional. En la sección artes plásticas: "Viaje a la Europa del Arte", por Romualdo Brughetti.

Ediciones de Arte Van Riel, editará: "Horacio Butler", por Julio E. Payró; "Luis Seoane", por R. Brughetti; y otros, en preparación.

Editorial Pampa: dos Carpetas: "Retratos de Jorge Larco", por José Luis Lanuza; "Obras de Raúl Soldi", por R. Brughetti. Las láminas se reproducen en citocromía.

Emecé distribuye el libro de Criterio: "Xilografías de Juan Antonio".

MUSICA

En el centenario de Leos Janacek (1854-1954)

LA música checa celebra durante el corriente año varios acontecimientos dignos de especial recuerdo: el cincuentenario de la muerte de Antonin Dvorak, el centenario del nacimiento de Leos Janacek y el cincuentenario del estreno de "Jenufa", la ópera más difundida de este último compositor y precisamente el trabajo que revelara su nombre al medio musical europeo, a raíz del estreno en Praga en 1916, cuando el músico contaba ya sesenta y dos años de edad.

Recién a esa altura de su vida, Janacek veía la cristalización de sus aspiraciones logrando la culminación de su carrera que por extraña fortuna se había limitado hasta entonces, al círculo íntimo y tradicional de la ciudad de Brno donde el compositor se estableció como profesor en 1881, luego de su matrimonio. Allí dió a conocer casi todas sus composiciones, especialmente sus óperas, sus poemas sinfónicos y sus obras corales, importantísimas estas últimas en su vasta producción. En la Opera Nacional de Brno presentó por vez primera, en 1904, su ópera "Jeji Pastorkyña" inspirada en aspectos y costumbres de Moravia, obra que mundialmente, luego de la "reprise" de Praga y una posterior en Viena en 1918, se conoce con el nombre de su principal figura femenina: Jenufa...

El inmenso cariño que Janacek sentía por la región morava, su provincia natal, hizo que se consagrara con verdadero fervor a la recopilación y ordenamiento del riquísimo folklore local, reuniendo centenares de bellísimas canciones, gran parte de las cuales presentó en 1901, en colaboración con el lingüista y dialectólogo Francisco Bartos.

Su teoría con respecto a la inclusión de elementos populares en la música se mantuvo siempre en forma personal y dentro de un estilo muy propio. Sus impresiones se basan preferentemente en sentimientos y aspectos del pueblo moravo; el cotidiano discurrir, la poderosa belleza de una naturaleza pródiga en horizontes, en nevadas montañas, en fértiles valles, en jardines, ríos y arroyos, forman la esencia misma de su música que trata de plasmar estas impresiones en forma descriptiva sin recurrir para ello al elemento musical de raíz folklórica tomado directamente de cantos y danzas regionales. Si las obras de Smetana y de Dvorak exaltan permanentemente el alma y el sentir del pueblo bohemio, la música de Janacek se reflejan íntegramente la vida y las costumbres de Moravia.

Los tres fueron músicos insignes, pero distintos por sus aspiraciones, por su campo de acción y por su destino. Smetana, creador del nacionalismo musical de su patria, obtuvo ya desde sus primeras composiciones el gran favor popular, siendo venerado y admirado por su pueblo; Dvorak consagrado en vida dentro y fuera de su país, alcanzó igualmente grandes honores, inclusive en Inglaterra y Estados Unidos, país este último que lo contó por largos años entre sus músicos predilectos. Janacek, por su parte, tuvo que esperar casi toda una existencia para lograr la culminación de sus ideales. Sus años maduros —tras la consagración de Jenufa en Viena— trajeron apresuradamente, una tras otra, sus restantes obras teatrales: "Katia Kabanova" (1919-1921); "Las Aventuras del Zorro Astuto" (1921-1923); "El Caso Macropoulós" (1923-1924) y "La Casa de los Muertos" (1927). Salvo el tema de "Las Aventuras del Zorro Astuto", cuyo libreto pone en escena toda clase de animales, aves e insectos, un poco a la manera del "Chanteclair" de Edmond Rostand en una mezcla de "feerie", de pantomima, de comedia y por momentos de melodrama, las demás producciones para el teatro cantado de Leos Janacek se inspiran en dramáticos asuntos de carácter sombrío, pesimista, metafísico o alucinante. El hondo fatalismo y el clima marcadamente realista —por momentos brutal— del teatro ruso de fin de siglo proporcionó al compositor temas para sus dramas líricos "Katia Kabanova", basado en "El Hucarán" de Ostrowski y "La Casa de los Muertos" tomado de la obra de Dostoiewski.

La evolución filosófica de Janacek —ya en su septuagésimo año de vida— hacia el liberalismo ("El Caso Macropoulos") o el panteísmo ("Las Aventuras del Zorro Astuto") culmina con la alucinante atmósfera de "La Casa de los Muertos" en un clima de redención, de aspiración suprema por un mundo mejor dentro de una visión idealizada del porvenir, nostálgico canto del cisne de este músico recio y vibrante que utilizó como medios expresivos los reflejos cambiantes de una humanidad dura, egoísta y por momentos lacerada para cantar los amores y las desdichas de Jenufa o Katia Kabanova y las ancestrales creencias o supersticiones de la viuda Kostelnicka o de la anciana Kabanicha, figura ésta que domina la acción de "Katia Kabanova" como un símbolo impasible de la vieja tradición eslava, con sus costumbres, sus rigores y su despotismo, elementos estos que gozaban de la amplia predilección de Janacek para su teatro musical que podemos ubicar dentro de un marco realista más cercano al mundo de Emilio Zola que a las tintas, por momentos gruesas, del verismo italiano de fines del ochocientos, con el cual se ha querido comparar en algunas ocasiones la producción lírica de Leos Janacek.

Un oasis de sinceridad, de nobleza de sentimientos y de diáfano carácter primitivo se presenta en la novela musical "El Diario de un Desaparecido" (1916) donde el lenguaje musical de Janacek se explaya firme, decidido y personalísimo en una íntima fusión con el texto de los breves poemas que integran este relato escénico donde el tema amoroso, admirablemente sentido por el compositor a su avanzada edad, encuentra bellísimos momentos de seductora atmósfera.

Culmina la obra de Janacek su magnífica "Misa Glagolítica", obra de genial exaltación donde el compositor se expresa en su lengua nativa en una realización admirable a la cual presta especial atractivo la rica y colorida orquestación —Janacek puso muy a menudo sus ojos en el maravilloso mundo del sinfonismo ruso— y el tratamiento de la masa coral magistralmente fusionada con la orquesta, logrando en conjunto una creación admirable que alterna entre la emoción sentida y serena o el alborozo y la exultación.

El nombre de Leos Janacek ignorado por muchos años fuera de su patria y aún dentro de su patria misma circunscripto al reducido marco de la región morava, cuenta hoy con la atracción y el clima propio de los grandes creadores universales que han fijado las bases de la música de nuestro tiempo. Por sus ideas de visionario, por sus nuevas fórmulas de expresión musical, que lo adelantaron considerablemente a su época, Janacek ocupa un sitio de honor en la música centro-europea porque "logró asimilar y revivir el lenguaje y el canto de su pueblo, con libertad de recursos y con absoluta independencia de medios expresivos".

Juan Andrés Sala

INFORMACION

VIª Semana Social Argentina

En la ciudad de Córdoba y del 22 al 27 de marzo ppdo., tuvieron lugar las jornadas de esta Semana, organizada por la A. C. A., y cuyo tema central fué: "Las clases medias". Los estudios doctrinales analizaron la composición, características y funciones de estas clases; sus problemas familiares, económicos, culturales y morales. En las sesiones dedicadas a estudiar las realidades argentinas se enfocaron: el origen y evolución de las clases medias; la fisonomía actual, urbana y rural de estas clases y su situación, dificultades y posibles soluciones, aplicables en nuestro país en ambos medios. Finalmente, en las conferencias públicas se contemplaron los cuatro aspectos siguientes: "¿Van las clases medias hacia su desaparición?"; "La crisis de las clases medias, nuevo aspecto de la cuestión social"; "La rehabilitación de las clases medias" y "El pensamiento de los Papas y la misión de las clases medias".

Cuestión tan compleja como ésta, con facetas tan diferentes, debía canalizarse en numerosas apreciaciones, y, aunque el tono general fué optimista, coincidieron los expositores en reconocer la crisis actual de las clases medias, su individualismo, que las retrasa en su organización, su heterogeneidad, que hace más difícil conciliar intereses, y su falta de cohesión.

Como conclusiones generales —que serán completadas próximamente— pueden adelantarse las siguientes: propiciar en toda forma la unión de las clases medias, con miras a obtener representación ante los poderes públicos; retorno a una concepción cristiana de la vida aplicando los principios de austeridad, ahorro y previsión; promoción de asociaciones profesionales, culturales y económicas, para la defensa de sus intereses; promoción de instituciones que vinculen a los hombres de la clase media rural para que así surja la "comunidad rural", necesaria al país; defensa y difusión de las empresas pequeñas y medianas; descentralización económica y control de la inflación, y una mayor y efectiva caridad social para así poder constituir la fuerza estabilizadora indispensable para asegurar un orden social humano y cristiano.

S. S. Pío XII, accediendo paternalmente a la solicitud que le dirigiera la Junta Central de la A. C. A. se dignó enviar —por medio del Prosecretario de Estado, Monseñor J. B. Montini— la siguiente orientadora carta a la VIª Semana Social.

Del Vaticano, a 12 de marzo de 1954. Al Señor Presidente de la Junta Central de la Acción Católica Argentina. Ingeniero Luis P. Arrighi. Buenos Aires. Señor Presidente:

El Augusto Pontífice ha recibido el devoto mensaje de esa Junta Central en el que le dan a conocer la próxima celebración de la VIª Semana Social Argentina.

Reunidos profesores y seminaristas en la ciudad de Córdoba, van a fijar su atención en un tema importante: "Las Clases Medias", cuyo estudio será de gran utilidad para analizar más profundamente la cuestión social.

Está muy difundida la idea de que la clase media, de no poner pronto remedio, se halla en trance de perecer. De aquí que los autores se dediquen con afán e interés a buscar la manera de conjurar este peligro y salvar así una clase de tanto abolengo en la organización social cuya función conserva siempre su actualidad.

El hombre de clase media vive de su trabajo directa e indirectamente y por ello goza de una cierta independencia económica; no trabaja para otro, sino que cubre sus necesidades con los frutos de su propio esfuerzo. Y esto tanto en la industria como en el campo, entre los empleados como en las personas de carrera. La autonomía económica le diferencia tanto del rico como del obrero. El hombre de clase media, por su misma posición en la sociedad, no es dado a los extremos y cultiva con cierto empeño los valores morales; es honrado, amante de la familia, sabe administrar su patrimonio y quiere desenvolver su vida con libertad.

Sin embargo, los trastornos que la humanidad ha sufrido en los últimos tiempos han afectado profundamente a la clase media. Estos cambios han planteado en el campo moral graves problemas culturales, de justicia o de relación, y en el terreno económico han producido escasez o pérdida de medios por la concentración de bienes en manos de pocos, y así vemos "la pequeña y media propiedad disminuir y debilitarse en la vida social, arrinconada y obligada como está a una lucha decisiva cada vez más dura y sin esperanza de feliz éxito" (S. S. Pío XII, Radiomensaje en el V aniversario del comienzo de la guerra, 1º de septiembre de 1944).

Ante la labor de esa Semana se abre un amplio horizonte. Examinando la doctrina social de la Iglesia encontrarán la constancia con que los Sumos Pontífices han propuesto la elevación moral de los obreros, la posibilidad de su acceso a la propiedad, la defensa de la pequeña industria contra los abusos del capitalismo y el fortalecimiento del espíritu cristiano de quienes forman la clase media, que mediante su sincera fe religiosa, su cultura y su posibilidad económica pueden seguir siendo la columna vertebral del orden social.

El Santo Padre que ha visto con particular agrado el empeño de la A. C. A. por cuanto se refiere a los problemas sociales, no puede menos de animarla a continuar el camino

emprendido para contribuir así eficazmente a la realización de un mundo más justo y mejor.

Pidiendo al Altísimo sus Divinas Luces sobre los trabajos de la Semana, Su Santidad se complace en otorgar a los organizadores y asistentes la Bendición Apostólica.

Con el testimonio de mi distinguida consideración quedo de Ud., Señor Presidente, seguro servidor. (Firmado) J. B. MONTINI, Prosecretario.

Congreso Internacional de Religiosos

Con posterioridad a la información publicada en nuestro número anterior, un religioso asistente al Congreso de los Estados de Perfección nos ha hecho llegar un comentario sobre el mismo que consideramos interesante transcribir para nuestros lectores:

Del 3 al 11 de marzo de este año, los religisos de las cinco naciones más australes de América (Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay), han celebrado en Buenos Aires un Congreso Internacional. Lo había convocado la Sagrada Congregación de Religiosos, lo mismo que antes había hecho celebrar otros similares en diversas regiones, para hacer con ellos una como proyección del Congreso Mundial de los Estados de Perfección reunido en Roma en 1950.

Este Congreso Internacional de Buenos Aires ha sido el más numeroso de los verificados hasta ahora, según testimonio del Excmo. Secretario de la Sagrada Congregación de Religiosos, Rvdmo. P. Arcadio Larraona, quien ha intervenido en todos ellos. Diariamente se reunían, en el Colegio del Salvador, unos mil religiosos, y en el Colegio San José, unas cinco mil religiosas, de las cinco naciones participantes. Hubo actos conjuntos, como los de apertura y de clausura, la peregrinación al Santuario de la Santísima Virgen de Luján, y sobre todo el homenaje al Sumo Pontífice en el Luna Park, en los que no parece exagerado hablar de siete mil religiosos y religiosas y quizás, en el último nombrado, hasta de diez mil.

La finalidad de estos Congresos es la de promover una renovada vitalidad de los elementos "esenciales" y, por lo mismo, necesarios y permanentes, de la vida religiosa y del espíritu propio de cada Orden o Congregación, y buscar una más apropiada y eficiente adaptación de lo "variable" a las condiciones en que actualmente corresponde vivirla, que no son ni pueden ser otras que las realmente existentes en el mundo de hoy.

Fuera de actos solemnes o piadosos, estaban las sesiones de estudios, que ocuparon la mayor parte del tiempo. Sus temas correspondían a tres grandes secciones: la vida religiosa en sí misma, en sus elementos propios; la formación espiritual, intelectual, técnica, etc., de los mismos religiosos; y las actividades externas, de apostolado, beneficencia, u otras. Sobre cada uno de los múltiples temas comprendidos en las tres secciones, la Sagrada Congregación de Religiosos quería que los religiosos de cada uno de los países participantes presentaran al Congreso Internacional sendos estudios, en forma independiente. Con todos ellos se podría componer un rico y variado conjunto de informaciones y sugerencias complementarias o diferenciadas, segun lso casos.

De esos trabajos sólo se leía en el Congreso Internacional uno para cada tema, no según el mérito de los mismos, sino conforme a una distribución hecha previamente entre las diversas naciones participantes. A la lectura del trabajo, o de sus partes principales si no cabía entero en el tiempo asignado, seguía la discusión del mismo, de sus informaciones, opiniones y propuestas, o de otras que se iban añadiendo o sustituyendo por los congresales.

Tanto el esfuerzo de los organizadores, directores y asesores, como el de los simples congresales, fué llevado con entusiasmo ejemplar, sinceridad y competencia, a través de los variados temas y de todos los días. Ha logrado, sin duda alguna, resultados importantes para un mejor conocimiento y aprecio de la vida religiosa como estado de perfección propiciado y defendido por la Santa Iglesia, y para una mejor solución de los serios problemas que plantean el reclutamiento y la formación espiritual, intelectual o técnica de los mismos religiosos, y las varias actividades apostólicas u otras. Además hay un fruto de inapreciable trascendencia: el conocimiento y aprecio mutuo de los mismos religiosos participantes, producido y perfeccionado a través de esa colaboración cordial en el estudio de comunes ideales y problemas, y el apoyo y estímulo de hallarse fiel y expresamente interpretado o comprendido por tantos hermanos, en puntos de vista que antes quizás pudieron haber parecido a algunos que sólo eran ocurrencias de ellos.

La misma abundancia de temas, la carencia de trabajo en comisiones y subcomisiones reducidas y especializadas, la desmesurada amplitud de la asamblea general (única que actuaba, de hecho, y a primera vista), el escaso tiempo de discusión (ocupado a veces en gran parte por la elocuente palabra de algunos Prelados) y otras condiciones del sistema adoptado, hicieron naturalmente que los resultados no pudieran ser más concretos y palpables y que muchísimas veces la discusión de importantes asuntos quedara apenas esbozada y no se alcanzara a manifestar fielmente el verdadero sentir de los participantes. Hubo un solo caso de plena definición: el de la acción social. Ante "la tiranía del tiempo" que amenazaba dejar también ese tema inconcluso e informe, se pidió a la Mesa, conforme a una disposición del Reglamento, continuar la discusión en sala aparte, con intervención de todos los que se interesaban por seguirla. Así se hizo: hubo amplia deliberación, se escuchó a todos, se pudo llegar a conclusiones concordantes, se las redactó rápidamente por un comité designado ahí mismo para eso, y se las votó una tras otra. Fué un caso ejemplar de algo que, en las sesiones ordinarias, se echaba de menos.

Quizás también faltó, para el mejor resultado del Congreso Internacional, la celebración de un Congreso Nacional Argentino preparatorio, como los que hubo en las demás naciones y en algunas ciudades de provincias. Así todos los participantes habrían podido actuar con mayor conocimiento de los temas y de su distribución y relaciones mutuas dentro del programa, y con la armonía y seguridad que aparecía en algunos de los grupos que habían actuado en Congreso previo. Fué especialmente claro en esto el caso de la representación chilena, que llegó al Congreso Internacional, no sólo después de haber celebrado su propio Congreso Nacional con seriedad y amplitud, sino incluso con las Actas completas de él yá impresas, incluídos todos los trabajos presentados a él, los resúmenes de las discusiones y las conclusiones aprobadas.

Posiblemente hubo algún error de perspectiva, que llevó a tomar prácticamente el Congreso Internacional, de cinco naciones, como un simple Congreso Nacional al que se harían presentes algunas delegaciones de fuera, poco más que como adherentes (lo cual explicaría la exagerada desproporción en la distribución de los temas del Congreso Internacional entre las cinco naciones participantes).

De todos modos, y pese a otros defectos que podrían señalarse lo mismo que ésos, es indudable que el Congreso Internacional de Religiosos celebrado en Buenos Aires ha obtenido, como decíamos antes, importantes resultados, aparte del brillo y magnitud de su parte externa. La intervención en él del Excmo. Secretario de la Sagrada Congregación de Religiosos, Rvdmo. P. Larraona, además de haber proporcionado con sus frecuentes y luminosas explicaciones un aporte magnífico para el mejor conocimiento de los temas tratados o de algunos puntos particulares, servirá para que llegue a Roma una información personal, de primera mano, acerca de la situación, problemas y necesidades de la vida religiosa en estas naciones. Junta con la proporcionada por los Congresos de otras partes, será un antecedente importante para actuaciones decisivas de la Santa Sede, las cuales vendrían a ser como la espléndida coronación de este movimiento de Congresos de Religiosos que ha ido promoviendo en las diferentes regiones del mundo católico.

J. B.

EL "BIRTH CONTROL"

El Primer Ministro Nehru se opone. - Desde el final de la segunda guerra mundial, algunas sectas protestantes han enviado a Asia "misioneros", americanos sobre todo, que a la vez que la Biblia intentan introducir en los países del Extremo Oriente no sometidos al comunismo, los métodos del "birth control". Se sabe que en varias oportunidades muchas personalidades asiáticas protestaron contra esta propaganda en favor de la limitación de los nacimientos y, en Hong-Kong, el año pasado, las mujeres chinas refugiadas manifestaron su descontento por la serie de conferencias sobre este tema a que se las sometió. También a fines de 1953, los católicos de Singapur protestaron contra la decisión del consejo municipal de esa ciudad de duplicar para 1954 el presupuesto asignado al organismo encargado de la propaganda del "birth control" y proyectan rehusarse a pagar el aumento de impuestos que esa medida implica.

En la India, el gobierno rechazó en agosto ppdo. un proyecto de ley, depositado por dos mujeres diputados, por el que se invitaba al gobierno a tomar medidas de esterilización obligatoria con respecto a ciertos enfermos. En esa ocasión, el ministro de la Salud, señora Rajkumari Amrit Kaur, declaró: "Si se desea impedir el aumento de la población, Dios ha dado al hombre el control de sí mismo; es su deber y su derecho usarlo. Por otra parte, en el congreso nacional de los médicos indios, reunido en Patna por ese mismo tiempo, su presidente, Dr. Mulay, condenó al "birth control" como "el medio mejor para destruir la cultura india".

El primer ministro indio, señor Nehru, en un artículo re-

ciente sobre el estado de la población india, replica a las proposiciones en favor de una "planificación de la familia" en escala nacional, que le sometió el señor Gopalawami, responsable de las estadísticas relativas a la población. El señor Gopalaswami proyectaba medidas gubernativas con vistas a impedir que la tasa de los nacimientos sobrepase la tasa de la mortalidad. El señor Nehru responde insistiendo sobre el hecho de que el acrecentamiento actual de la población no podría constituir un peligro y que, por relación a la extensión del territorio este aumento es mucho menor que en otros países. Colocándose nuevamente en el punto de vista adoptado hace un año en la 3ª Conferencia Internacional para la Planificación Familiar, realizada en Bombay, dijo: "No debemos tratar de contener el aumento de nuestra población.... el desarrollo económico de la India depende mucho más de la elevación de la producción que de un programa de limitación de la familia". — (L'Act. Religi.).

—En Ceilán. Acaba de inaugurarse la primera clínica para el control de la natalidad.

—En Puerto Rico. El departamento de Salubridad informa que de 1951 a 1952 se esterilizaron en la isla a 873 personas, se practicaron 1.196 abortos y se distribuyeron 67.324 elementos anticoncepcionales, además de instruirse a 16.141 en las prácticas de control. El Episcopado de la isla ha protestado repetidas veces contra esta actividad, por otro lado patrocinada oficialmente (Ecclesia).

LA SITUACION DEL CATOLICISMO EN CUBA

La guerra de la independencia, que liberó a Cuba de la colonización española tuvo, sin duda, graves consecuencia religiosas: estrechamente ligada a la monarquía española, la Iglesia fué particularmente víctima en ese país de la caída del régimen. El clero, en su mayoría español, fué expulsado, las iglesias y las escuelas en muchos casos clausuradas o confiscadas. Todavía hoy se sufren las consecuencias de esa historia, pero igual que en Méjico se perfila un importante movimiento de renovación interna en el catolicismo cubano.

Las estadísticas religiosas no son, ciertamente, reconfortantes: sobre 5 millones y medio de habitantes, 5 millones de cubanos se declaran católicos; pero para atender a sus necesidades espirituales no se dispone más que de 639 sacerdotes, un gran número de los cuales son ancianos o enfermos.

Otro elemento poco favorable de la situación es el dinamismo protestante: hay en la actulidad 431 pastores pertenecintes a 8 sectas. Los templos protestantes son 688 (contra 425 iglesias católicas) y 102 escuelas protestantes (contra 166 escuelas católicas). El protestantismo se atribuye 49.000 fieles militantes y 76 estudiantes que se preparan al pastorado. Frente a esas cifras, la diócesis de La Habana ha ordenado en 1952 sólo 3 sacerdotes (para una población de 1.350.000 habitantes) y no cuenta sino con 19 seminaristas mayores; el otro gran seminario (el de la diócesis de Santiago) cuenta con 16 seminaristas mayores.

Por el contrario, dos movimientos significativos, que podrían asegurar el mejoramiento de la situación, se perfilan en Cuba: el primero es el movimiento de Acción Católica de los estudiantes de la Universidad de La Habana, dirigido por los jesuítas y cuyo propósito es dotar de un equipo intelectual al catolicismo cubano.

El segundo movimiento es de un carácter más directamente apostólico y popular. Nació por iniciativa de un agustino italiano, emigrado a los Estados Unidos y trasladado después a Cuba, el Padre Spiralli. Consiste en la fundación y multiplicación de diferentes clases de instituciones católicas, desde parroquias (el Padre Spiralli ha fundado 4) hasta la fundación de un universidad católica, para la cual el Padre Spiralli logró tener el reconocimiento gubernamental. Hoy esa Universidad Católica de Villanueva cuenta con un cuerpo profesoral de 45 miembros (5 religiosos agustinos y 40 laicos) y 800 estudiantes (L'Act. Relig.).

LOS JUDIOS EN ALEMANIA

Los 650.000 judíos que vivían en Alemania antes del Tercer Reich, no son más de 25.000 en la actualidad, cifra de las personas inscriptas en las comunidades judías. A esta cifra deben agregarse de 8 a 10.000 personas no inscriptas. A inversa de lo que sucede con las iglesias cristianas, en cuanto comunidades de carácter público, que conocen automáticamente, por los servicios oficiales, el número de sus miembros, el censo de un judío en su comunidad se efectúa únicamente por su declaración personal. El Consejo Central Israelita de Alemania se esfuerza por obtener el establecimiento de los mismos métodos que rigen para las iglsias cristianas.

La comunidad judía conserva todavía las huellas de la persecución que le hizo sufrir el régimen nazi. Sus 25.000 miembros están dispersos en pequeñas comunidades. En Berlín viven alrededor de 6.000 y han reconstituído varias instituciones: un hospital, un asilo para ancianos, una agrupación femenina, una asociación de estudiantes.

En los medios judíos alemanes se insiste para que la República Federal contribuya con una ayuda importante al Estado de Israel, pero dada la prioridad acordada a los judíos emigrados para el reembolso de los daños, y la toma a su cargo por las organizaciones fiduciarias internacionales de los bienes judíos cuyos propietarios han desaparecido, las reparaciones debidas a los judíos alemanes no serán pagadas antes de mucho tiempo. Esperan que la ley de reparaciones, a la cual todos los partidos dieron su asentimiento antes de la renovación del Bundestag, mejorará este estado de cosas. La cuestión de las reparaciones es capital para los judíos alemanes, pues, un 45 % tienen necesidad de ser socorridos.

La proporicón elevada de personas de edad avanzada es para los judíos alemanes un pesado "handicap". La clasificación por profesiones es difícil de determinar. De los muchos médicos judíos que había en Alemania, son muy pocos los que han regresado. De la mayoría de los que quedan, alrededor de 35, viven en Berlín 25. En cambio es mucho mayor la proporción de juristas, cerca de 400 en todo el territorio federal, de los cuales 40 a 50 ejercen funciones de magistrados en la administración; algunos ocupan los más altos puestos en la magistratura de la República Federal. Tres de los diputados al nuevo Bundestag son judíos. Unos 350 comerciantes judíos han reanudado sus actividades. El grupo femenino cuenta con 2.000 miembros y cerca de 170 estudiantes estudian en las diversas Facultades de las Universidades alemanas.

La vida cultural de los judíos alemanes está todavía en sus comienzos; pero sumas provenientes de los fondos de los bienes que han sido restituídos y cuyos propietarios han desaparecido, van a ser distribuídas con fines culturales por intermedio de la Organización Judía Mundial. Los judíos alemanes aseguran la subsistencia de ocho rabinos, que circulan de comunidad en comunidad para reanimar la vida religiosa.

En Düsseldorf aparece "Allgemeine Wochenzeitung der Juden für Deutschland", que hace una edición especial para Berlín y otra para el extranjero. Tira 48.000 ejemplares; y una revista ilustrada alcanza también una importante tirada. Cerca de 380.000 judíos alemanes que todavía residen en el extranjero, mantienen correspondencia con los amigos en Alemania y ayudan a la reconstitución de las comunidades. (Documents).

EL EPISCOPADO MALGACHE RECONOCE A LOS PUEBLOS EL DERECHO DE GOBERNARSE

Los obispos de Madagascar (de los cuales solamente uno es originario del país) al término de su conferencia plenaria dieron una pastoral en la cual exhortan a los católicos a unirse a la jerarquía y a dar un carácter más cristiano al culto de los muertos. Y después de recordar las obligaciones morales en la aplicación del código del trabajo, precisan los principios cristianos relativos a la independencia nacional:

"La Iglesia —dicen— no es una potencia política encargada de promover una forma de gobierno o de declarar si un pueblo es capaz o no de gobernarse por sí mismo, y entiende no estar anexada a ninguna corriente de opinión o a ninguna fuerza política o aspirando a estarlo. Quiere ser y permanecer libre, únicamente preocupada de llevar el mensaje evangélico en toda su pureza, cualesquiera que sean las circunstancias, y aun cuando esta actitud le valga de parte de algunos incomprensiones y ataques.

"La Iglesia desea ardientemente que los hombres y los pueblos progresen en bienestar y asuman cada vez más sus responsabilidades —la grandeza del hombre reside en su libertad y responsabilidad— y la libertad política es una de esas libertades y responsabilidades fundamentales. No gozar de ellas prueba una evolución inacabada que no puede ser sino temporaria. Así la Iglesia, como el derecho natural, reconoce la libertad de los pueblos a gobernarse a sí mismos. Por otra parte, no solamente afirma el principio. La liberación espiritual que asegura a los cristianos es uno de los más eficaces medios de hacer llegar al hombre a su plena madurez, y recordando a todos la grandeza de la dignidad humana y de los deberes que de ella dimanan, contribuye realmente al mejoramiento de las relaciones humanas.

"En conclusión, reconocemos la legitimidad de la aspiración a la independencia así como de todo esfuerzo constructivo para lograrla. Pero ponemos en guardia contra las desviaciones posibles, especialmente contra el odio, que no puede encontrar lugar en un corazón cristiano".

—El alto comisario de Francia en Madagascar, señor Bargues, ha censurado la declarción de los obispos. Ha declarado: "Es lamentable que algunos de los que figuran entre los guías espirituales de la población hayan podido alejarse de las enseñanzas de la Escritura y sobrayar en una declaración oficial su aliento a maniobras que tendrían por objeto trastornar el orden establecido, infringir la constitución y substraer a la comunidad francesa un territorio que es parte integrante de la República. Nos queda esperar que ese llamamiento no sea escuchado". (La Vie Cath.).

CIFRAS DE LA PERSECUCION RELIGIOSA EN CHINA

Según el China Missionary Bulletin, de unos 5.000 misioneros católicos extranjeros que había en China, antes de que los comunistas ganaran el control del gobierno, quedaban solamente 265 al comenzar el año 1954. A comienzos de 1948 el total de misioneros era de 5.380, cifra que fué descendiendo continuamente: en 1949 quedaban 3.450, 1838 al comenzar el año 1952, y 723 a comienzos de 1953.

De los misioneros que todavía quedan, casi la tercera parte está encarcelada, entre ellos ocho obispos. Aparentemente no hay ninguna monja en las prisiones. Todavía quedan en China unos 2.000 sacerdotes, 750 hermanos y algo más de 4.000 monjas nativas. No se conoce el número exacto de los encarcelados, estimándoselo en 400. Mu-

chas de las monjas han sido obligadas a dejar los hábitos y retornar a sus hogares. **(The Tablet).**

LA DESOCUPACION OBRERA Y LOS CATOLICOS El asunto de la fábrica Pignone, en Florencia (del que se ocupó CRITERIO, números 1205 y 1207), terminó después de una ocupación de los talleres por parte de los obreros que duró 49 días, con el triunfo de la causa obrera. Como se sabe, el alcalde de Florencia, señor Giorgio La Pira, empleó todos sus recursos, hasta la intervención de las autoridades religiosas, para evitar el cierre de los establecimientos que procuraban trabajo a dos mil obreros.

—En Bolonia, el cardenal Lercaro ha intervenido también para oponerse al despido de los obreros de las fábricas Ducati.

—El obispo de Carcassonne, Mons. Puech, interpuso sus buenos oficios en la cuestión del despido de obreros de las minas de oro de Salsigne. **(L'Act. Relig.).**

EXODO DE HABITANTES DE LA ALEMANIA ORIENTAL A LA OCCIDENTAL En el curso del año 1953, más de 300.000 habitantes de la Alemania oriental se han rfugiado en la parte occidental y en Berlín-Oeste. En esa cifra se cuenta más de 4.000 oficiales y comisarios, suboficiales y agentes de la policía popular (Vopo). La población de la zona oriental que era de 17.200.000 habitantes, en 1953 ha perdido 1,6 % de su conjunto. Más grave todavía es la pérdida de sustancia de esta población: el 80 % de los refugiados son personas entre 15 a 65 años. **(Documents).**

IMPORTANCIA NUMERICA DE ALGUNAS ORDENES RELIGIOSAS MASCULINAS Una reciente estadsítica informa sobre la importancia numérica de algunas órdenes religiosas masculinas. Los jesuítas son en todo el mundo 30.579, los franciscanos 25.125 y los salesianos 17.000. Los jesuítas son los que tienen más misioneros: 3.973, les siguen los Padres Blancos con 1.797 y luego los salesianos con 1.374. **(La Vie Cath.).**

LOS CRISTIANOS EN EL ISLAM **"L'Actualité Religieuse"** ha entresacado de un artículo de Neophtey Edelby, publicado en **Proche-Oriente Chrétien**, revista de los Padres Blancos de Jerusalén, algunos datos históricos y actuales que reflejan bien la verdadera situación de los cristianos en las regiones dominadas por el Islam.

Es un hecho: por todas partes donde el Islam ha logrado implantarse, el cristianismo ha cesado de existir. Por todas partes... salvo en el Próximo Oriente árabe.

En su entrada en Africa del Norte, en 647, los conquistadores árabes encontraron una cristiandad todavía numerosa: de 150 a 200 obispados. Algunos años después no había más de 30 ó 40. En 749, el gobernador de Africa, Abb El-Rahmá, no encontraba nada que enviar al califa de Bagdá: la conversión de los cristianos al Islam había agotado la fuente de los impuestos de la **djizya** y del **kharadj** que pesaban sobre ellos. En 1053, los obispados eran solamente 5. En 1075 no quedaba más que uno, y la llegada de los almohades en 1148 hizo desaparecer los últimos vestigios del cristianismo nacional en el Maghreb. No hubo allí desde entonces para adorar a Cristo más que algunos esclavos, los comerciantes extranjeros y los mercenarios enganchados por los sultanes. Hoy, en Túnez el número de los católicos es de cerca de 175.000, y la población europea de 173.000. En Algeria, los católicos con 724.000 y los europeos 872.000. Esta llamativa coincidencia del número de los católicos con el de los europeos muestra bien que el cristianismo autóctono ha cesado de existir en el Africa del Norte.

En Asia Menor

El Asia Menor fué la tierra predilecta del cristianismo antiguo. En vísperas de la invasión seldojoukida del siglo XX, poseía todavía sometidas al famoso patriarcado de Constantinopla, no menos de 624 sedes episcopales. Inmediatamente después de la conquista otomana del siglo XV se comprueba que no quedan sino 72 metrópolis, 78 obispados sufragáneos y 8 arzobispados autocéfalos. A partir de 1922 las sedes episcopales residenciales son solamente 4 y los fieles no parecen superar los cien mil.

En Mongolia

En Mongolia el cristianismo precedió al Islam. Guyuk, nieto de Gengis-Khan, fué bautizado en 1246 por un obispo nestoriano. Kitbuka, el general de Houlagou que en 1260 comandaba las fuerzas mongoles en el Próximo Oriente y se disponía a marchar sobre Jerusalén para conquistarla y hacer cristianos a los mamelouks, era nestoriano. Pero ya con Ghazan (1295-1304) que abraza el islamismo, el cristianismo pierde terreno, y con Tamerlán desaparece totalmente del Asia central.

Un ensayo de explicación

Para explicar la desaparición de la cristiandad africana se ha creído por un momento que en el Africa el Islam se había mostrado menos liberal que en otras partes. Lo que puede ser verdad para la baja Edad Media y se explica por otra parte por el hecho de que a partir del siglo XII, habiendo desaparecido el cristianismo antóctono, todos los cristianos con los cuales los musulmanes africanos podían entrar en contacto eran extranjeros, enemigos políticos tanto como religiosos. Pero con anterioridad a esta fecha, los cristianos de Africa tuvieron, como los del Próximo Oriente, la libertad de conservar su religión en las condiciones habituales de la "dhimma". El "cree o muere" no fué en ninguna parte aplicado a los cristianos, no más en Africa que en Oriente. Lo que naturalmente no excluye toda violencia de hecho o cualquier presión indirecta. Pero los judíos de Africa han sido sometidos a un régimen al menos tan vejatorio, y sin embargo han resistido la prueba. Los cristianos de Africa del Norte, del sur de España, de Asia Menor y de Mongolia no han conocido condiciones más duras que las nuestras. Ahora bien, nosotros estamos siempre, con efectivos disminuídos ciertamente, pero vivos. Ellos no están más.

En Irak

En Irak hay todavía más de 200.000 cristianos, en Siria sobre una población de 3.177.000, los cristianos, son 443.000, o sea casi el 14 por ciento. En el Líbano, sobre una población de 1.303.000, las listas oficiales indican todavía 700.000 cristianos, o sea el 53,7 por ciento. En Israel, no hay actualmente sino 40.000 cristianos sobre una población de más de un millón y medio, o sea 2,8 por ciento. Pero sabemos que en la Palestina anterior a la partición de 1948, los cristianos eran 135.000. En la Jordania actual, los cristianos pueden ser 160.000, el 8 por ciento de la población. En Egipto hay más de 3 millones de cristianos, el 14 por ciento de la población.

Las cristiandades de Oriente no son momias

En el sentido más noble de la palabra, una vocación es una "misión". Hemos de persuadirnos de que el cristianismo oriental no realizará plenamente su razón de ser sino toma conciencia de su deber misional. Las cristiandades de Oriente no son momias destinadas a satisfacer la curiosidad de arqueólogos o de estetas ociosos; no son reliquias del pasado que se tolera por descendencia con no se sabe qué atavismo de raza; no son "comunidades" cerradas, selladas, estancadas, incapaces de crecimiento, consagradas a la inercia mientras a su alrededor todo hierve. Las cristiandades de Oriente tienen un papel misional en la Iglesia, para el cumplimiento del cual nadie puede reemplazarlas: el de dar testimonio de Cristo frente al Islam.

ACTIVIDADES PARA EL AÑO MARIANO El Comité del Año Mariano en Roma ha sugerido diversas actividades religiosas, culturales, artísticas y sociales para cumplir con las intenciones del jubileo que conmemora el dogma de la Inmaculada Concepción.

En una conferencia de prensa, monseñor Luigi Traglia, presidente del Comité y vicerregente de la diócesis de Roma, expuso los cuatro tipos de actividades que caracterizarán las fiestas marianas de este año y repasó los planes ya comunicados por varios países.

Hizo hincapié monseñor Traglia en el hecho de que el propósito principal del Año Mariano no es atraer peregrinos a Roma, sino estimular la vida religiosa incluso en las más pequeñas feligresías.

Como ejemplo de externa manifestación de actos marianos se refirió al incremento de las peregrinaciones a los santuarios de Nuestra Señora, en escala tanto diocesana como nacional e internacional.

Refiriéndose a los proyectos norteamericanos para terminar el santuario nacional de la Inmaculada Concepción en Wáshington, monseñor Traglia dijo que existen proyectos similares en otros países, y que un santuario mariano del Divino Amor será uno de los objetivos diocesanos de Roma durante el año.

Se celebrarán peregrinaciones francesas al santuario de la Santa Casa en Loreto, Italia, y desde este último país, al de Lourdes, en Francia; están anunciadas también peregrinaciones nacionales al santuario de Nuestra Señora de Walsingham, Inglaterra; al nuevo santuario de Fátima en Heliópolis, Egipto, y al de Nuestra Señora de Cap, en Three Rivers (Canadá)

En el mundo entero habrá un incremento de la devoción mariana entre los meses de mayo a octubre, y se propagará el rezo en familia del rosario y de la oración del Año Mariano, compuesta por Su Santidad el Papa, con especial intención por la Iglesia del Silencio.

En muchos países —añadió— se proyecta celebrar procesiones para llevar la imagen de la Santísima Virgen a presidios, hospitales y barriadas humildes.

Naturalmente, este año las fiestas marianas tendrán redoblado esplendor tanto en Roma como en el resto del mundo cristiano.

Está a estudio la celebración de numerosos Congresos marianos y se trabaja en la preparación de publicaciones, esbozo y planes de carácter general para explicar las enseñanzas de la Iglesia respecto a la Santísima Virgen, las escrituras de los Santos Padres y el contexto de la tradición

REVISTAS

"Comentario". Publicación del Instituto Judío-Argentino de Cultura e Información

CASI cien páginas bien diagramadas y cuidadosamente impre_ sas tiene este primer número de la revista "Comentario". Sus artículos, orientados preferentemente, como es natural, a tratar temas vinculados con el judaísmo, no dejan de referirse también a cuestiones de carácter general, como los trabajos firmados por Marcos Victoria, Canal Feijóo y Dujovne. El propósito de la revista es el de "ofrecer al mundo de habla española una tribuna para el pensamiento y los problemas contemporáneos, entre los cuales el tema judío ocupe señalando lugar", para lo cual contará con colaboraciones originales y con reproducciones de artículos aparecidos en "Commentary" de Nueva York, y "Evidences" de París.

De carácter específicamente judío son los artículos "La Nueva Armonía", de Máximo Yagupsky, codirector de la revista y "Los nuevos judíos en Israel". En el primero se estudian las relaciones de los judíos de la Diáspora con los que viven en Palestina, y se analizan los problemas que en este sentido ha suscitado la creación del nuevo Estado Israelí. En el segundo se relata el curioso caso de la conversión en masa al judaísmo de una aldea italiana, y la posterior radicación en Israel de sus setenta habitantes. Alfredo Werner describe algunos aspectos de la vida del pintor judío Modigliani; y Steinthal se refiere a la persona y a las ideas del Rabino Leo Baeck, una de las figuras venerables del judaísmo contemporáneo. Bajo el título "Sentencias del Talmud" la revista ha comenzado a transcribir la traducción castellana de uno de los tratados de la "Mishná". Otros artículos tratan temas bíblicos del Antiguo Testamento, como el de Gaster, "Significación del Cantar de los Cantares", que pasa revista a una serie de inter_ pretaciones tan discutibles como casi todas las que se han querido dar a ese extraño libro; y el de Salomón Goldman, "Los cinco actos del drama bíblico", en el que se nos relata la historia del mundo y del pueblo hebreo en un breve y hermoso resumen. Entre las páginas de temas bíblicos se destacan indudablemente las de Martín Buber. De este autor, de quien Karl Stern nos habla en "El Pilar de Fuego" con admiración y respeto, puede leerse en este primer número de "Comentario" "Imágenes del Bien y del Mal". Ellas inclu_ yen un estudio sobre aspectos del problema del mal en relación con la falta de Adán y Eva, y con el crimen de Caín.

No sabemos si esta revista es un exponente del pensamiento judío en su totalidad, o si responde a una fracción intelectual dentro del judaísmo; pero si, como creemos, refleja el promedio de las ideas actuales del pueblo de Israel, nos alegramos sinceramente de verlo volver a un espiritualismo y a una religiosidad inspirada en las Sagradas Escrituras, que aunque no significan una vuelta al judaísmo ortodoxo, supone por lo menos una valoración de lo sobrenatural muy superior a lo que era corriente en los intelectuales judíos de hace unos años. "Es difícil ser judío", dice un viejo aforismo judaico, refiriéndose al que cumple con su ley, y guarda la fe de sus padres. Con éste, los católicos nos entendemos mejor que con el escéptico que se avergüenza de sus tradiciones.

H. Fernández Long

---

en un nivel que vaya desde el plano científico al popular. Monseñor Traglia dijo que en este campo de actividades las universidades católicas tienen un puesto de vanguardia.

"Sería imposible trazar programas de conmemoraciones en honor de la Santísima Virgen sin incluir las de interés artístico", dijo.

Ella ha sido fuente de inspiración de los artistas en todas las épocas, y es lógico pensar en exposiciones de arte mariano, así como también en la construcción y embellecimiento de los santuarios e iglesias; igualmente, por medio de la prensa, se publicarán reproducciones de las obras maestras del arte mariano.

En Roma tendrá lugar, en efecto, una exposición que abarcará desde los comienzos de la era cristiana hasta el año 1300, y otra desde ese tiempo hasta la época actual, que incluirá a las grandes obras maestras.

Respecto a repercusiones en el campo social, monseñor Traglia dijo que, indudablemente, el incremento del amor y devoción a la Madre de Dios dará paso a un firme propósito de justicia y caridad.

Este espíritu de caridad y justicia debe apoderarse de los corazones y traducirse en la acción colectiva en obras sociales, que lleven el amor cristiano a los más necesitados. (Ecclesia).

HAY UN PROGRESO VISIBLE DEL CATOLICISMO EN LA INDIA

El cardenal Valeriano Gracias, en una entrevista periodística, interrogado sobre si hay un visible progreso en el catolicismo de la India, contestó afirmativamente. "Sí, dijo, sobre todo en los últimos años. Entre otros factores de este desarrollo, destacaré la Conferencia de los Obispos de la India, preocupada de la coordinación de todas las actividades cristianas en el plano nacional; el Concilio plenario, el primero de la India, realizado en 1950, bajo la presidencia del cardenal Gilroy, legado pontificio, y consagrado al estudio y solución de todos nuestros problemas; y por último, el comité episcopal, compuesto de doce miembros que se reúnen anualmente".

¿El comunismo amenaza a la India? A esta pregunta el cardenal respondió con una distinción: "Desde el punto de vista político, los comunistas no han tenido, en general, en las recientes elecciones, el éxito que descontaban. Esta observación se aplica aun a ciertos barrios industriales de Bombay. Desde el punto de vista psicológico, es otra cosa. La propaganda comunista ejerce indiscutiblemente influencia, especial_ mente en las masas obreras y en el mundo estudiantil. Este peligro es percibido por el gobierno que, fuerte y estable, vigila y trata de mejorar las condiciones materiales de los trabajadores. La Iglesia también vela. Alienta el estudio de los problemas sociales y estimula la difusión de la doctrina social católica, por la prensa y conferencias. Cada número del semanario católico de Bombay, "The Examiner", publica dos o tres artículos sobre el comunismo. El Instituto Social de los Jesuitas de Bombay, dirigido por el P. de Souza, ha editado en estos últimos años excelentes obras de vulgarización (L'Act. Relig.)

LOS JESUITAS EN NORUEGA

Numerosas organizaciones protestantes se han levantado contra la intención del Parlamento noruego, de autorizar la presencia de los jesuitas en el país. El Parlamento tomaba esa actitud por haber firmado Noruega la Carta de los Derechos del Hombre, obligándose, en consecuencia, a modificar el párrafo de la constitución que prohibe el libre acceso de los jesuitas al país. (La France Cath.)

EN LA DIOCESIS DE MADRID SE PROMUEVE LA CONSTRUCCION DE VIVIENDAS

En la diócesis de Madrid-Alcalá se ha iniciado la construcción de viviendas, como aporte a la solución de un serio problema. El Patriarca-Obispo ha instituído este año el "Día de la Plegaria por la vivienda" y, al respecto, dice lo siguiente:

"Gracias a Dios, están a punto de terminarse las obras de construcción de los primeros seis bloques de casas que nuestra Constructora Benéfica Virgen de la Almudena ha levantado en la calle de Valderribas (Pacífico), con un total de 64 viviendas, al año justamente de haberse celebrado la primera tómbola diocesana. El día 20 de diciembre pasado se verificó el sorteo de los cuartos entre los beneficiados anteriormente seleccionados, y el próximo día 19 de marzo, festividad de San José, se les entregarán las llaves de la vivienda, que recibirán en propiedad, con una renta mensual que oscila entre 111 y 160 pesetas. Los cuartos, en las mejores condiciones higiénicas todos ellos, constan de tres o de cuatro dormitorios, además del comedor, cocina y cuarto de aseo.

Muy pronto comenzará la construcción de una colonia en el paseo de Extremadura, capaz de 600 viviendas, además de la iglesia, grupos escolares y guardería infantil. También tenemos ya aprobado el proyecto, que comenzará casi simultáneamente a la anterior, de otra colonia de 300 viviendas en Mataderos.

En marcha está ya la Obra Diocesana de la Vivienda. Pero es todavía muy poco. Si somos ambiciosos es porque la tristísima realidad nos apremia. Pasan de 6.000 las solicitudes aceptadas, y hemos de dar satisfacción a estos que se nos han con_ fiado. Nos llegan constantemente voces de auxilio que es menester atender". (Ecclesia).

EL NUMERO DE REFUGIADOS

Según la agencia Kipa (3 de marzo 1953), el número de refugiados en los diversos países es el siguiente:

Europa		Entremo y Próximo Oriente	
Alemania	9.700.000	Jordania	300.000
Alemania oriental	4.000.000	Siria	90.000
Austria	302.000	Líbano	140.000
Bélgica	60.000	Egipto	230.000
Dinamarca	2.000	Irak	25.000
Francia	300.000	Israel	45.000
Gran Bretaña	400.000	Turquía	250.000
Grecia	38.000	India	5.000.000
Italia	500.000	Pakistán	7.000.000
Luxemburgo	750	Corea	5.000.000
Países Bajos	7.500	Hong-Kong	1.000.000
Saare	4.000	Formosa	4.000.000
Suecia	42.000		
Trieste	5.000		23.100.000
	15.451.250	Total general	38.551.250

VIDA CULTURAL

CURSOS DE CULTURA CATOLICA (Buenos Aires)

Está abierta la inscripción en la Escuela de Ciencias Sociales, Escuela de Filosofía, Profesorado de Religión y Moral, y Escuela Superior de Organo.

Informes en Río Bamba 1227, de lunes a viernes de 15 a 20.30. - T. E. 44 - 1035.

LIBROS

Una novela y tres colecciones de versos

MI artículo de hoy versa en torno a una novela realmente notable, y a tres colecciones de versos interesantes por su calidad. Se me presenta, pues, una oportunidad de las más raras, ya que poquísimas veces me veo ante libros escritos con cabal sentido literario, y dignos, por lo tanto, de ser considerados con ánimo verdaderamente crítico. Nunca me cansaré de señalar el mérito de quienes, en medio de la improvisación general, trabajan honradamente, sin obtener el total reconocimiento a una conducta que aparece como más heroica si se piensa en las mil tentaciones de éxito fácil que se ofrecen hoy en día al escritor. De esa clase moral de artistas son (cada uno en su medida) los autores de las obras que paso a comentar. Y ello se advierte, de modo imponderable pero evidente, en cada una de sus páginas, dignas, así, del primer aplauso de esta crónica.

"CHAVES". — Fresca aún la tinta de **La sala de espera** (novela cuya originalidad y cuyo vigor han sido destacados unánimemente), **Eduardo Mallea** acaba de publicar, por intermedio de la editorial Losada, la breve narración del epígrafe. Ambos trabajos pertenecen a la serie iniciada con **El vínculo** y **El retorno**, la cual vendría a formar una nueva etapa en el desarrollo del arte novelístico de este fuerte y profundo escritor, uno de los más importantes con que cuenta la literatura argentina contemporánea. He aquí, al respecto, un párrafo muy sugestivo de una reciente carta de Harriet de Onís a Eduardo Mallea: "**Chaves** y **La sala de espera** me parecen en muchos aspectos lo mejor que ha hecho. Casi me atrevo a decir que su obra ha entrado en una nueva fase, más depurada, más intensa, con todos los elementos que le dan su profunda originalidad más integrados. Los dos libros forman una verdadera sinfonía sobre el tema de la soledad". Sin suscribir en todas sus partes este respetabilísimo juicio (pues sigo creyendo, por ejemplo, que **Todo verdor perecerá** y **Los enemigos del alma** no han sido superados por los dos últimos relatos de Mallea), creo que hay mucho de verdad en esas palabras, y, principalmente, en las finales. Sí. El signo de la soledad preside **La sala de espera** y **Chaves**, conjugando sus diversas partes de modo que se parece bastante al sinfónico. Pero ello no es cosa nueva en la obra ya larga del gran romancista argentino. En este punto, hasta podría decirse que no hay página de Mallea donde la soledad no esté presente de alguna manera. La soledad y el silencio, añadiría yo ahora. Porque si la primera es trágicamente notoria, el segundo alcanza, en **Chaves**, una evidencia casi dolorosa, a fuerza de acusarse línea a línea y letra a letra. **La sala de espera** se desenvuelve en un tipo muy original de composición paralelística. **Chaves**, en cambio, ha sido construído con arreglo a un sabio juego de alternancias. Quiero decir que el relato avanza, de la primera a la última página, sobre dos planos: el del pasado y el del presente. Tras una escena actual, viene una escena rememorada, y en seguida de ésta, otra como aquélla. Y así sucesivamente. Lo admirable aquí es el justísimo ensamble del presente y del pretérito. Sometidos a esta gradual fricción, ambos tiempos se vuelven cada vez más comprensibles, haciendo, a su vez, más congruente el acaecer novelístico y más veraz la estructura psicológica del protagonista. La historia del peón taciturno, que, empujado por un drama personal (en el que la pérdida del hijo y de la esposa han llevado la desventura a su terrible ápice), llega a un aserradero del Sur, halla trabajo en él, y comienza a verse rodeado allí por el mismo recelo y la misma malquerencia que su mutismo se ha ganado en todos lados, esta historia, digo, tiene un fondo altamente aleccionador. Mallea ha puesto de relieve más de una vez el mal pago del mundo a los seres auténticos, a las criaturas sin engaño interior. Este buen Chaves forma en dicha legión. Y encuentra, por ser lo que es (por mantenerse fiel a su norma íntima), la respuesta hostil del contorno social, que siempre desconfía del serio, del puro, del que **no habla**. Este Chaves ha sido llevado por el dolor a la perfección de un silencio que tiene mucho de ascético. Tan expresivo resulta este silencio para los que saben escucharlo, que hasta Móiers (en la escena final) llega a decir: "Cuando él está callado es cuando habla". Pero Chaves no cambiará nunca este lenguaje, el de su nobleza permanente, por el idioma común, hecho de mentira, vanidad y traición. Bien claro lo da a entender el rotundo "No" con que se cierra la narración, y que viene a ser la clave que sostiene el edificio entero de uno de los caracteres mejor descriptos por Mallea en los últimos años. Entiendo que **Chaves** y **La sala de espera** representan mucho, muchísimo, para la novela argentina y para la obra general de quien las ha escrito. Éste sólo las considera (según me lo declara él mismo en hermosa carta que acaba de escribirme) "ejercicios o variaciones accesorias en el teclado de una empresa más grande". La empresa en cuestión es un relato en el que nuestro gran novelista viene trabajando desde hace año y medio sin haber llegado todavía (no obstante haber redactado ya 700 páginas) a la mitad. Mucho, muchísimo, también, puede esperarse aún de Mallea, escritor en perpetua actividad y, sobre todo, en constante exigencia de sí mismo. Lo que él produzca en adelante no hará sino corroborar un hecho: la magnífica realidad de un artista ejemplar y de un hombre en toda la extensión de la palabra. Mientras tanto, quede expresado en esta rápida nota nuestro mejor elogio a **Chaves**, héroe de un silencio que suena a testimonio.

"VEINTE AÑOS DESPUES". — Grave responsabilidad para un escritor es el llevar un apellido famoso en las letras. **César Fernández Moreno** (autor del libro del epígrafe) no se ha dejado doblegar por esa abrumadora carga. Bien al contrario, ella le ha servido para mantenerse erguido, avanzando honradamente por la senda que se ha trazado. El autor de Veinte años después (obra que la editorial Losada acaba de incorporar a su prestigiosa colección **Poetas de España y América**) vuelve a dar pruebas de saber lo que significa llamarse como se llama, según es fácil observar en las tres series poemáticas reunidas bajo el susodicho título. El fervor y la dignidad con que ellas han sido realizadas (en un esfuerzo que abarca más de una década) demuestran, en efecto, que el hijo del inolvidable cantor de **Las iniciales del misal**, de **Ciudad** y de tantos hermosos libros, merece el nombre que ha heredado. En las composiciones más antiguas de la obra que comento, la influencia paterna es ostensible. En las más recientes, ese influjo prácticamente ha desaparecido. Pero yo no me animaría a decir que para bien de su autor. Este César Fernández Moreno de **Tragando el nuevo día** y de **Opus mil** (por no citar sino dos de las piezas de último cuño aquí contenidas) no ha conquistado su libertad al sacudir el suave yugo de su padre, sino que ha recibido la señal de una servidumbre a la que muy pocos, ahora, resisten. Ya sabéis a qué servilumbre me refiero. Pero es tan buena la raza del "cachorro de poeta" (así llamó un día Juana de Ibarbourou al autor de **Gallo ciego**), que hasta en la esclavitud logra levantar cabeza. Y es así como lo vemos ennoblecer su actual versolibrismo (tan profuso en la mayoría de los casos) con notas de una intensidad emocional muy humana y muy poética. No está mal este César. Pero yo prefiero el otro, el de las realizaciones llevadas a cabo por los caminos cabales, por aquellas vías de las que su padre solía volver todas las noches con un poema todavía caliente en el bolsillo. A tales realizaciones me atengo para indicar el especial valor de **Veinte años después**, libro multiforme, obra de noble poesía.

"SONETOS DE ELBIAMOR". — La autora de este volumen (**Elbia Rosbaco Marechal**) se dió a conocer hace ocho años con **Arijo**. En 1947 publicó **Tierra campa**. Dos años más tarde presentó **El corazón entre laureles**, colección poética en la que se preludiaban los hondos acentos que hoy nos conmueven en **Sonetos de Elbiamor**, volumen que acaba de aparecer con el pie de la editorial Ene. He aquí un excelente conjunto de sonetos, en el que hasta las licencias (ese encabalgamiento de los versos, por ejemplo) se vuelven virtudes, a fuerza de estar envueltas en el gran viento de una expresión lírica que nace de vivencias reales y que se manifiesta con el ímpetu de lo sincero. Elbia Rosbaco Marechal apela, en su profundo juego transmisivo, a formas preferentemente vivas y naturales. Esto presta una jugosidad y un cromatismo muy intensos a su escritura poética, que, sin apartarse en lo esencial de la tradición castellana, exhibe una modernidad de severas y eficaces líneas arquitectónicas. Todo ello resplandece con particular emoción en **De mis dos Marías**, soneto cuyos primeros ocho versos dicen: "Dos vientos paralelos de la rosa / aventan la fragancia de mi día. / De los Angeles tiene y de María / el primero su nombre, luminosa / provincia de las alas. No la prosa / madura de la espiga; todavía / un atisbo que espera la sed mía / en el peso total de cada cosa". Creo que, libro a libro, la autora de estos bellos **Sonetos de Elbiamor** se va superando, y que, en su paulatino ascenso, está alcanzando un timbre lírico cada vez más diferenciado y más puro, cuya calidad es la de los que conmueven y alegran.

"AMBITO DEL HOMBRE". — La editorial Losada (colección **Poetas de España y América**) es quien difunde este libro de **Luis Horacio Velázquez**, poeta que se me reveló hace unos cuatro años como interesante seguidor de la "escuela de La Plata" (¡oh, limpias sombras de Panchito López Merino, de Delheye, de Mendiórozl) en ciertos **Salmos del siglo XX**. En la obra que tengo a la vista, Velázquez parece decidido a cambiar de rumbo. Su fino sentimentalismo de 1950 insinúa ahora (en los más fuertes poemas de **Ambito del hombre**) una preocupación social más noble que poética. ¡Cuidado con esos derroteros! Porque, tras lo social, suele hallarse casi siempre lo político. Y ya sabemos lo lamentable que resulta para el arte (y principalmente para el poético) este género bastardo de subordinación. Pero Velázquez posee, seguramente, ese instinto de la orientación que no suele faltar a ningún poeta

verdadero. Y no ha de extraviarse. Es lo que deseamos los que apreciamos su buen trabajo lírico, del cual hay pruebas en **Ámbito del hombre**, libro donde la solidaridad humana se transfigura frecuentemente en emoción varonil.

Francisco Luis Bernárdez

EL VISIONARIO (novela); autor: Julien Green; prólogo y traducción de José Bianco; editor: Troquel.

JULIEN Green es, presumiblemente, un novelista de estirpe clásica; alguien en cuyos relatos se contrapesa la delineación de los caracteres, con la importancia de la acción.

Pero, el hecho es que a mí me ocurre —e imagino que ha de ocurrirles a otros más— que de las obras que conozco de él, no recuerdo los caracteres con ese relieve preciso con que suelo recordar los de algún otro; digamos, como ejemplo típico, los de Mauriac. Tal vez, pienso, porque en éste sus personajes son, sobre todo, caracteres; vale decir, personaje que tienen una personalidad anterior, o superior, a la de sus actos. Y en cambio, me parece que los de Green no lo son; volviendo a **El Visionario**, creo que los personajes están un poco como envueltos por lo que les ocurre. Me causan, en cierto modo, la impresión de que **estuvieran hechos**, no de que **fueran**; la impresión de que algo de lo que desea trasvasarles el autor, no alcanzara la temperatura necesaria para que se produzca esa reacción que desprende el personaje de quien lo ha creado, cobrando con ello una vida que es real en el relato. Mientras no ocurre tal, hay por un lado personajes y por el otro el autor; unos todavía no del todo reales y el otro de más, en lo narrado.

A mi modo de ver, hay en todas las obras de Green un poco como su presencia, unificando los caracteres entre sí, y a estos con los ambientes. Se siente su presencia, pero no de una manera asimilada por haberse transferido a cada una de las individualidades de los personajes, sino como un común denominador, una entidad superior, por la que circulan personajes y ambientes. Son, en resumen, personajes que participan un algo de más de la textura de la obra que a su vez depende excesivamente del autor.

Salvado, pues, el reparo de ese como **flou** fotográfico de sus personajes, cuyas características quizá exagero por razones de sensibilidad, y algún desajuste que señalaré de inmediato, **El Visionario** en nada disminuye las obras que mayores elogios han significado para Julien Green.

Parecería como si al avanzar la novela, el plan se hubiera modificado hasta desdecir la idea original, y, así, alcanzado un momento en que el castillo en el que sirve el protagonista y sus personajes, deben por propia gravitación dejar de ser reales e ingresar en lo imaginario, el autor no hubiera encontrado otra solución que la de modificar algunas frases del primer capítulo, únicas que señalan la irrealidad de todo. Porque, el caso es que, aun con la advertencia de tales frases, el texto tiene inclinaciones que ellas no alcanzan a corregir por entero, y esas frases acaban por hacernos el efecto de las que desdicen una confesión, de modo que aun dichas, sentimos que la confesión fué cierta, y que el pudor, o vaya a saber qué —pero algo en definitiva inconsistente— es lo que la ha desdicho. Ocurre, pues, que uno no acepta del todo tal modificación en ese capítulo, ya que el tono de todo él nos habla de algo real.

En la segunda parte, por el contrario, el autor desea ser persuasivo y hablarnos de ese castillo como si fuera cierto, pero su modo se va tiñendo de a poco, y lo real cede pie, sin que, pese a ello, el carácter imaginario cobre rasgos suficientes. Acaba por llegarse a un algo de hibridez que no se concluye de superar; algo que quizá dependa de la conciencia de estar construyendo con elementos verbales; o bien, falta de vitalidad, o de entrega, o cierta búsqueda de un anacrónico equilibrio clásico.

La traducción es de José Bianco, uno de los escritores de ficción de más seguro juicio crítico de nuestro momento, y es, dentro de todas las apariencias, excelente. Tanto como lo es el prólogo del mismo, escrito especialmente para esta edición de **El Visionario**.

B. U.

LA SANGUIJUELA (novela); autor: Bruno Cicognani; traductor: Herman Mario Cueva; editor: Emecé; 223 págs.

LO malo de ciertos elogios, es que conocemos a quienes los hacen; y cuando uno sabe que Papini calificó a esta novela de obra maestra, puede darse a pensar que **La sanguijuela** probablemente sea un poco pastosa, seguramente elocuente, tal vez espesamente sensual, con algo de poesía mal digerida y parrafadas divagantes —y hasta desmeladamente geniales. Por supuesto, Papini es algo más que eso, pero su gusto incluye todo lo dicho; tanto como lo incluye esta obra de Cicognani.

La sanguijuela es el producto de lo que sin serio, solemos llamar sensibilidad fin de siglo; esa facundia que no representa a tales años sino por lo que se acentúa a través de su prisma. No avanza mucho sin que el autor se injerte en lo que dice, y más que en una narración que lo lleva, se encuentre uno oyendo una perorata: los acontecimientos no ocurren, él nos los explica. Su papel se parece un poco al de aquellos titiriteros, que, frente al tablado, anunciaban lo que habría de ocurrir en la escena, y que luego durante el transcurso comentaban magnificándolos, los sucesos, esmirriados o importantes.

La reflexión lírica surcada por exclamaciones, las imprecaciones y los exordios en que cada tanto desemboca el autor para comprometer la complicidad de los lectores, pertenecen más a esa actitud, nunca parada sobre dos pies, que se suele llamar teatral que a la buena narrativa.

Y no es que falte en muchos instantes de ella verdadera calidad, pero del mismo modo como no suele dejar de sobresaltarnos y hacernos vacilar, tampoco, en medio del ridículo. Lo que falla es el sentido de la proporción.

de la discreción, o de la valoración del silencio. Con suficiente lápiz rojo y unas tijeras largas, quizá hubiera sido posible extraer de estas páginas una novela valiosa.

La traducción impresiona bien, por lo menos en cuanto revela netamente las características de un autor; tan sólo cabe reparar en que el título **La vella (La gaviota)** que se enlaza con algún párrafo del libro donde figura esa ave marina, se desentiende del texto en el equivalente que se buscara para vertirlo.

B. U.

EL CUARTO EN QUE SE VIVE, por Graham Greene. Ed. Sur. Buenos Aires, 1953.

EN la vida de casi todo escritor, llega el momento en que se siente tentado por el género dramático. "One must try every drink once", fué la frase con que empezó Graham Greene su artículo "A stranger in the theatre". En su caso ha apurado el trago en plena madurez, después de consagrarse como uno de los mejores novelistas contemporáneos mediante una obra que, entre otros méritos, tuvo la peculiaridad de colocar a Dios en un primer plano dentro de la atención del público lector, un poco olvidado de la importancia de este personaje.

El cuarto en que se vive —traducción la más satisfactoria y comprensiva de un título intraducible— fué sintetizada por "Theatre Arts", de Nueva York, diciendo que era una obra que trataba de sexo y religión. El orden de los factores altera el sentido. La obra trata de religión y sexo. Este último no es problema sino elemento en la psicología de dos personajes: una muchacha que a los veinte años se apasiona con toda la vehemencia de su inmadurez, y un hombre de cuarenta al que su experiencia impide dejar de lado lo cerebral en su apasionamiento. La ebullición del carácter femenino está descripta con el peculiar naturalismo de Greene, pero en el fondo el auténtico problema del drama es de índole puramente religiosa. El sello sacramental tiene aquí la fundamental importancia de lo inapelable. La trama une a seis seres angustiados cuya naturaleza es complicada, enmarañada y quizá desgraciada, pero no terrible, porque Dios es esencialmente misericordioso. Desde que, levantado el telón, se muestra al espectador esa habitación extraña, donde nada encaja exactamente; desde que aparece un personaje de rostro angustiado por muchas cosas y demasiado angustiado para disimular su angustia, flota en el ambiente un aura de misterio, de ansiedad, de algo que resultaría enloquecedor si no fuera por la inmensa piedad divina hacia las criaturas. Y ello se debe, como lo dice el sacerdote de la obra, a que Dios es exacto y no juez. Conoce todos los factores conscientes, inconscientes y hereditarios del ser humano y por ello es misericordioso.

Esta bondad divina, que es la idea madre de toda la obra greeniana, está desarrollada aquí en una atmósfera dramática increíblemente acertada desde el punto de vista de la técnica teatral. La sugestión de la escenografía; la presentación de los personajes, cabalmente descriptos con la máxima economía y elocuencia; el planteamiento del factor religioso del modo más casual, pero al mismo tiempo más eficaz para delimitar las actitudes que seguirán; la exactitud con que se pronuncian las frases que arquitecturan el meollo de la trama; la gravitación psicológica de los caracteres entre sí y sobre el público y, sobre todo, el apasionante interés de los problemas expuestos, hacen de **El cuarto en que se vive** una obra excepcional.

Sin ser simbólicos, cada personaje tiene su leit-motiv: análisis, pasión, catolicismo, temor o inseguridad, según el caso. Todos desean creer que se mueven sobre terreno firme, mas en el fondo sólo el sacerdote, gracias a la virtud de la Esperanza, se salva de la desorientación general. Y ello, porque, en sus palabras, cree en la misericordia y considera que el infierno es para los grandes, los auténticamente grandes pecadores. Y de éstos, al único que considera con la suficiente talla es a Satanás. Y no porque niegue al pecado mortal, sino porque sabe que no siempre las apariencias condicen con la realidad, y que en último término la decisión sobre el grado de responsabilidad del pecador está reservada a Dios.

La contraposición entre una psicología que intenta desesperadamente evadirse de la realidad, pulverizando sentimientos de culpa en gabinetes, pero incapaz de solucionar ningún problema porque ello escapa a su férula, y la religión, está tratada con mano maestra. Dennis —muy parecido a Scobie en muchos sentidos— es capaz de razonar muy bien, pero no puede luchar contra su conciencia, sobre todo porque en el fondo se identifica con el dolor ajeno. No ha tenido esa inmensa capacidad de amor que se necesita para superar el conocimiento íntimo y completo del ser amado, pero tampoco ha logrado dejar de ser nada más que un ser humano, con sus contradicciones y ambivalencias. Rosa se repite a sí misma que no cree, pero muere orando. Y es que como implacablemente se lo ha dicho el sacerdote, un psicólogo y una católica no pueden engañarse a sí mismos, excepto durante dos horas en una casa de citas. Puede que la psicología —dice el sacerdote— enseñe a conocer una mente, pero no puede enseñar a amar.

Porque el amor es lo único que salva. De ahí que cuando una de las tías de la muchacha culpa a la maldad de un hombre por la desviación de ésta, se le responde que no lo acuse a él sino a la caricatura de religiosidad que hay en la casa, repleta de libros píos y estampas pero vacía de amor. Rosa se encontró envuelta en una atmósfera de temor y ello le impidió tener confianza en los suyos. Una sonrisa puede muchas veces más que mil exhortaciones.

Greene, que está siempre lleno de compasión por sus personajes, emplea el sacrificio del más inocente para rescatar al aparentemente más abyecto. El final de la obra es, en ese sentido, sobrecogedor. La muerte de Rosa ha purificado esa habitación en la que nadie había nacido, y que hasta ese entonces había sido el símbolo de un terrible engaño. Era —y volvemos a señalar el acierto de la traductora Victoria Ocampo— el "cuarto en que se vive", dándole a la vida un significado de aislamiento en el tiempo, sin relacionarla con la indispensable muerte que es lo que le da sentido. Y misteriosamente, al humanizarse —y salvarse— Helen gracias a que la debilidad halla su camino en ella, es Teresa, la trastornada, la que tuvo la última oportunidad de ayudar a Rosa pero no pudo hacerlo, quien adquiere una insospechada fortaleza y consuela maternalmente a quien hasta entonces la había tiranizado. Ocurre entonces un clima de milagro, de infinita misericordia. Quien pierde su vida, la salvará, dice el Evangelio. Helen, aferrada hasta entonces a un mito, empieza a encontrarse a sí misma en la impotencia.

Dios escribe derecho con líneas torcidas. Graham Green lo sabe y **El cuarto en que se vive** es otro magnífico ejemplo de esa vivencia.

Jaime Potenze

EL PRIMER AMOR DEL MUNDO, por Fulton J. Sheen. Ed. Difusión, 1953.

EL primer amor del mundo es la Santísima Virgen María, amada de Dios como un pensamiento eterno antes de que hubiera madres e ideal realizado en el tiempo tal como fué previsto y planeado.

Dos son las partes de este libro del obispo auxiliar de Nueva York: la Mujer a la que el mundo ama y el mundo al que la Mujer ama. En la primera, casi toda la Mariología está vertida de otro modo que el tradicional de los textos y tratados. Con las razones del hombre y de la mujer de nuestros días, con sus razones vitales de amor y dolor, de esperanza y de angustia, se arguye en favor de los privilegios y singulares prerrogativas de la Madre de Dios, que de este modo reciben una luz antes no vista, aun por aquellos mismos que las han estudiado en los tratados corrientes. En la segunda parte, los ejemplos de amor y dolor de la Virgen sirven al autor para iluminar la tragedia del amor descentrado y del dolor desesperanzado, característicos del mundo contemporáneo.

El estilo del fecundo escritor que es monseñor Sheen es particularísimo, un estilo que podríamos llamar encarnado, "existencial", hecho de sentido común y de las vivencias del hombre medio de nuestro tiempo. Por lo mismo es tan atrayente y sugestivo y, tal vez en eso resida también el secreto de su influencia. Recuérdese que en su patria es elevado el número de los que han recuperado o descubierto la fe mediante sus libros o sus charlas televisadas. Escribe como habla: seria y amablemente, de manera directa y li-

bre de lugares inútiles, con frases yuxtapuestas, cada una de ellas cargada de reflexiones condensadas. Este estilo, de indudable eficacia sobre el lector anglosajón, como lo prueba el gran éxito de los libros de monseñor Sheen, no satisface del todo, sin embargo, al gusto latino, que prefiere ver la claridad del proceso intelectual y gusta percibir la concatenación lógica de las ideas.

En resumen, un buen libro que está a la altura de "Paz en el alma" y "Eleva tu corazón". Tradujo Carlos Juan Vega.

Juan Julio Costa

EL UNIVERSO Y LA TIERRA, Luis Jacot (Espasa-Calpe, Colección Austral).

EL lenguaje llano y familiar en que está escrito este libro nos recuerda el que empleaban los grandes maestros, Leibniz, Newton y Descartes, cuando nos hablaban de sus ideas sobre el Universo y el Mundo. La aparente intrascendencia de este estilo sin retórica, casi verbal, por momentos socarrón, nos induce a esperar revelaciones trascendentales. Y no es necesario leer muchas páginas del libro de Jacot para comenzar a encontrarlas. En el capítulo I, "contra Newton", el autor presenta cuatro objeciones contra las leyes clásicas de la gravedad, y en seguida, con pocas palabras las reemplaza con sus propias teorías.

En resumen, lo que dice Jacot es lo siguiente: los astros no se mueven en el universo como esferas lejanísimas separadas por el vacío, sino más bien como partículas de un mismo torbellino de materia continua. Por ejemplo, todo el sistema solar no es más que una inmensa masa viscosa con movimiento de remolino. Los planetas son concentraciones mayores de materia que deben considerarse en contacto entre sí y con el sol. De este último, que ocupa el centro del gran torbellino, van naciendo cada 50.000 años unos grumos de materia que constituyen los planetas, que se alejan de él en trayectorias de forma espiral. La forma elíptica que creemos ver en ellas proviene de la pequeñez de los intervalos de tiempo en que han sido estudiadas. De modo que nuestro planeta, la Tierra, nació de acuerdo a Jacot hace unos 150.000 años, y después de ella nacieron Venus y Mercurio, y todos pasarán después sucesivamente por los estados actuales de Marte, Júpiter, etc. En los primeros momentos los planetas desprendidos del sol siguen con su mismo movimiento, dando siempre la misma cara al foco del que nacieron, como hace la luna con nosotros; pero a medida que transcurre el tiempo, y que giran a distancias cada vez más grandes, y a causa del desprendimiento de satélites y otros cataclismos, comienza a producirse una rotación diurna, muy lenta al principio y cada vez más rápida después. Esos primeros días de una duración de miles de años explican para el autor las glaciaciones, y dan razón de las confusiones de cronología de los geólogos, al mismo tiempo que permiten explicaciones racionales a los siete días de la creación y a la larga vida de Matusalén.

Al llegar a este punto nuestra curiosidad y nuestro deseo de novedades científicas quedan colmados y apabullados. Si en sus primeras páginas el libro conquista nuestra buena voluntad, pronto comienzan las dudas a interferir en la lectura. Es que siempre resulta simpático un autor que critica a los especialistas y hace un llamado al sentido común. Lo malo es que Jacot termina enfrascándose en una complicada "nueva dinámica" de su propia invención, colocándose así en el terreno de los "especialistas" poco antes condenados.

Durante la lectura de todo el libro el lector conserva la esperanza de que detrás de las bromas asome el sentido común de un hombre de talento. Pero al terminarlo descubre que todo era en serio, y que el autor había estado todo el tiempo fingiendo la sencillez de los que saben mucho para convencernos de sus descabelladas teorías.

Y lo peor del libro es que, a pesar de todo lo dicho, nos deja una molesta inquietud. Porque lo cerramos pensando, fastidiados: "¿Y si después de todo hay algo de verdad en él?"

H. Fernández Long

EL HOMBRE Y LO DEMAS, por Jorge Campos. Editorial Castaglia, Valencia, 1953.

ENTRE los muchos nombres que actualmente se cuentan trabajando en España en el terreno del cuento y de la narración breve, el de Jorge Campos destácase sin duda como uno de los valores más serios y ponderables. Nacido en Madrid, en 1916, su creación llama desde un principio la atención de la crítica, habiendo dado ya algunos títulos que, como **Pasarse de bueno, En nada de tiempo** o **El atentado**, no sólo le conquistan un lugar de privilegio en su país sino que otorgan a su firma prestigio internacional. De un conocimiento profundo de la técnica, dueño de una cultura que le permite dar a sus temas una gran variedad, su estilo directo, claro y ameno, toca siempre, de una manera inmediata, el interés del lector. Y de ahí que, no obstante su relativa juventud, se haya convertido en uno de los autores que con mayor entusiasmo sigue ahora el público español.

Pues bien, a través de los veinte cuentos que integran el presente volumen, el autor confirma decididamente la calidad de sus dotes y el brillo de sus antecedentes en el género. Sea en páginas como las de "El náufrago providencial" o "El hijo del rey mago", donde de la fina ironía y también un algo de crueldad de que hace gala nos recuerdan las cosas de Villiers, sea en las de "La maniobra", donde cierta sátira contra la idiosincrasia militar no entorpece en nada el feliz desarrollo del planteo, o bien en las de "El laberinto", donde con el más franco humorismo aborda la tragedia que para el hombre supone lo limitado de sus medios frente a la infinitud de lo que puede conocer, en todas él ha sabido captar los aspectos más válidos y esenciales de cada asunto, ordenando los hechos y las circunstancias de manera tal que el interés del lector sea ganado desde la primera línea y continúe en aumento exactamente hasta el final.

En rigor, la técnica de que se vale Campos para lograr esto no tiene nada de nuevo. Mejor dicho, es la técnica de siempre. Pero, comparando, vemos que sus cuentos resultan de atracción mucho mayor que los de gran número de autores que hoy leemos. ¿Qué ocurre? Muy sencillo, que los cuentos de éstos, en último término, no son propiamente cuentos. Son estampas, meras descripciones de una situación estática, de un simple estado anímico determinado, etc. En los de Campos, contrariamente, el movimiento existe, hay una acción, un desempeño de los personajes que nos hace conocerlos y participar de sus problemas, acontecimientos que se suceden y que forman una trama, la cual se cumple naturalmente y que, por lo mismo, da lugar a que en el espíritu de quien lee se cumpla también el correspondiente proceso del interés.

Al decir esto, no podemos dejar de consignar algo que, en verdad, confirma en cierto modo lo que decimos. En algunos cuentos, en los que Campos no sigue fielmente su auténtica modalidad, ese dinamismo que lo caracteriza, el interés y la calidad de la narración son menores. Y no es que las descripciones en que se detiene, por ejemplo, no sean buenas o que las acumulaciones de datos o referencias no alcancen a justificarse. Es que la acción, pese a todo, se retarda, se va postergando, llega a diluirse. Tal lo que ocurre, a nuestro entender, en "La revelación del universo" o en "La suerte grande".

Pero esto sólo ocurre en dos oportunidades sobre veinte. Lo que quiere decir que el saldo es favorable en extremo y que el autor puede sentirse más que satisfecho de haber publicado este libro, en el que por otra parte su estilo justifica nuevamente el prestigio que desde hace tiempo goza.

Jorge Vocos Lescano

NUESTRA VOCACION SOCIAL, por Giorgio La Pira. Ed. Difusión, 1953.

GIORGIO La Pira es un dirigente demócrata-cristiano y un realizador social de primera fila, que "siente" y vive a fondo la doctrina. Su reputación, en este sentido, es muy grande en Italia y, en particular en Florencia, ciudad de la que es alcalde. Pero también es un teórico que se mueve con soltura en el plano de las ideas.

Nuestra vocación social, cuyo título no corresponde totalmente a su contenido, que es más bien una filosofía social que un mero llamamiento a la acción social —aunque para La Pira los principios no valen sino para la acción—, no es propiamente un libro en sí, sino una compilación de escritos aislados, a cuya reunión ha presidido una cierta unidad de fondo: el estar todos orientados a un propósito único: la estructuración de la sociedad cristiana.

Del hombre de acción, totalmente entregado a la causa popular, como sabemos lo está La Pira, son, sin duda, las páginas del primer capítulo que dan nombre al libro. La necesidad de la acción social, la conciencia social del cristiano y su responsabilidad frente a los problemas sociales tienen en La Pira un expositor a la vez profundo y apasionado.

Del filósofo y el sociólogo es el resto de la obra, donde se examinan los criterios de orientación y las ideologías en que se fundan el Estado totalitario de Hegel, el democrático de Rousseau, el comunista de Marx, ante los cuales el cristianismo no puede permanecer indiferente. Por último, se establece el verdadero valor de la persona humana y la síntesis que ha de hacerse entre persona y sociedad: relación instrumental de la sociedad con respecto a la persona y subordinación de ésta con relación a aquélla sólo en los límites en que la sociedad está ordenada al bien total de la persona.

Juan Julio Costa

LOS DISCURSOS DE INDALECIO GOMEZ, (Ed. G. Kraft), Buenos Aires.

ES tarea digna del mayor elogio la que se propone restaurar, por una imparcial exposición de la vida y de la obra, los altos valores políticos e intelectuales del pasado inmediato del país. Se aporta así un elemento imprescindible para construir en el futuro la verdadera historia de la Nación Argentina.

Desde el 80, el país ha creado individualidades fuertes, de mentalidad vigorosa, originales artesanos de su personalidad. La vida y la obra de estos hombres deben ser conocidas, sobre todo en una hora en que la ignorancia y el temor al pasado provocan un silencio que estimula la falaz creencia en una solución de la continuidad social, política y moral de la República.

La publicación de los dicursos de Indalecio Gómez contribuye a disipar este equívoco. Fueron recopilados por la comisión creada en homenaje del autor en el centenario de su nacimiento, cumplido el 14 de septiembre de 1950. Se han recogido en dos volúmenes precedidos de una nota biográfica, juicio sobre la personalidad del Dr. Gómez, por A. Dell'Oro Maini, y de dos discursos de los doctores Leopoldo Melo y Roberto García Pinto, que destacan

la personalidad del estadista y del orador.

A través de los discursos de Indalecio Gómez se perfila la figura señera de un hombre que fué intérprete de una generación llamada a dar jerarquía intelectual a la política argentina.

Son piezas que por la substancia, el ritmo, la redacción, y la concisión y hondura del pensamiento, pueden constituir verdaderas selecciones para una antología del arte del bien decir. Dan la impresión de que hubieran sido elaboradas y labradas paciente y cuidadosamente por su autor. Son, sin embargo, improvisaciones; producto espontáneo del debate promovido de improviso, o la réplica inmediata al antagonista dispuesto a batir al adversario eminente con el arma de su dialéctica.

Pero para improvisar, e improvisar con éxito y elocuencia, y para convencer a los demás, no basta el mero dominio de la palabra, por más brillante que fuere. Hay que poseer también el dominio de la idea y de la cosa, es decir, hay que tener información y cultura intelectual.

Indalecio Gómez reunía las tres cualidades que Cicerón exigía al orador: la del filósofo, la del poeta y la del actor. En el ademán, en el ritmo y en el pensamiento, Indalecio Gómez entró con su oratoria en el patriciado de la elocuencia argentina.

En la defensa de la ley electoral que lleva el nombre del Presidente que la propuso al Congreso, la oratoria del ministro Gómez alcanza su mayor altura y enjundia. Su autoridad como político, estadista y orador quedó para siempre ligada a esa defensa. Es el mejor mérito de su personalidad.

Sus discursos en defensa de la ley —la más trascendental de la vida institucional del país, después de la Carta del 53— tienen la fuerza de razonamiento y la dialéctica substancial que trasuntan el espíritu que originó la reforma y el ánimo vivificante de su propulsor ilustre. Y tienen, asimismo, el impulso irrefrenable de su motivación histórica.

Sáenz Peña tuvo la visión y adquirió conciencia de la realidad nacional en la que maduraba una voluntad obstinada en procura de la libertad de sufragio, y la satisfizo proyectando la ley. La oratoria plena de sinceridad, de inteligencia y de convicción de su Ministro del Interior fué el factor decisivo para la sanción de la ley por un Congreso hostil y descreído en la reforma.

Este triunfo de la madurez intelectual de Indalecio Gómez fué el último y el mejor de toda una vida consagrada a la res pública. La muerte de Sáenz Peña y su propia edad física pusieron término a la actuación del hombre de Estado.

Desde su retiro pudo ver al país en condiciones políticas más puras, sintiendo la certeza de haber contribuído en gran parte a ello. Y tuvo, así, la más noble de todas las satisfacciones: la del deber cumplido con abnegación, capacidad y señorío. **Raúl Remonda**

LA NOCHE REPETIDA, por **Manuel Peyrou. — Emecé — 1953.**

EN nuestro país no abundan los cuentistas. Por eso, ante cada nueva muestra de ese género nos lanzamos a la lectura con cierta avidez.

La Noche Repetida de Peyrou agrupa diez cuentos que poco tienen entre sí de común si se elimina el lugar geográfico del acontecimiento. Por ese motivo será preciso hablar de cada cuento por separado aunque sea brevemente.

El Señor Alcídez es una composición cuentística bien relatada, con un exacto sentido de la progresión y la regresión en la dinámica de la anécdota, pero que no evidencia una acentuada originalidad ya que se torna difícil no recordar a Bartleby de Melville en donde ocurre una peripecia aproximada.

Ya en el segundo cuento, **Muerte en el Riachuelo**, empezamos a notar una fuerte influencia de Borges que luego confirmarán otros relatos. **El Collar** es una incursión levemente policial de explicación un poco ingenua y diálogo artificial. Este cuento hubiera ganado con un tratamiento menos melódico, más seco, más contenidamente violento, porque al sintetizarse, naturalmente se fortalece y la personalidad de la vieja protagonista se alzaría más intensa y peculiar.

Julieta y el Mago es más cautivante y más decididamente policial pero, insistimos, con ese esporádico policialismo borgiano que no se preocupa por el suspenso y liquida la acción rápidamente.

En cambio, **El Sueño de Alejo Blochmán**, nos lleva a una zona de misterio vital y no de situación. Este cuento está bien escrito y bien sistematizado. No obstante, un recurso común (el tan manido: "...los diarios del día siguiente informaron... etc.") le disminuye el tono.

El busto es el borde entre el misterio como suceso interior y el misterio como suceso objetivo. Sugiere un acontecimiento trágico de fondo ligado a la recepción de un regalo enviado por un desconocido, pero luego no se ha sabido resolver el planteo que deja la impresión de algo inconcluso —no inconcluso a la manera de Kafka, es decir, no deliberadamente inconcluso— no atado, derivante.

De cualquier manera no es un cuento de imaginación superficial.

La Desconocida da la impresión de que careció de la necesidad necesaria (esto no es juego de palabras) que debe motivar todo hecho de creación. Y además, está, lejanísimamente, pero está, El Velo Negro de Dickens, como resorte de la invención.

El octavo cuento titulado **El Juez**, es una inteligente y cautivante idea frustrada. La frase final de este relato: "...por primera vez hizo algo que no era ficción, y se perdió", dirigida a una actriz, es el motor de la anécdota. Lástima que Peyrou no ha sabido levantar esa hermosa idea a una expresiva situación. Y ésto lo conoce el autor desde el momento que no pudo eludir la tentación de escribirlo como concepto.

El Jardín Borrado, penúltimo de los cuentos, es sin duda el mejor. La anécdota es atrayente, vigorosa, bien planeada y sin parentescos evidentes.

El juego de amar la fealdad, la reciprocidad de las fealdades, la numeración en el tiempo de las fealdades, y esa desesperante normalidad aparente permite afirmar que **El Jardín Borrado** es un excelente cuento, un cuento de antología.

El décimo y último: **La Noche Repetida**, vuelve a ser Borges sin Borges. Este libro es, pese a sus numerosos errores, indudablemente interesante. Además, como Peyrou nunca abusa de la introspección nunca es aburrido, mérito memorable tratándose de cuentos contemporáneos.

El estilo es directo y limpio sin la pretensiosidad frecuente, con alusiones ocasionales y un leve sentido del humor asomando esporádicamente, como por ejemplo: "Se juntaba con amigas que profesaban las mismas normas y, a esa altura de sus vidas, tomaban los mismos remedios". (Pág. 37).

Peyrou, que anterior a éste había publicado **El Estruendo de las Rosas**, es hábil en ubicación dramática de las situaciones, pero hay un reparo que hacer a su manera literaria y es la particularidad de ponerle nombre y apellido a todos los personajes que aparecen así sea su intervención tan circunstancial que dure tres renglones. Esto fatiga, confunde y es una manía de los novelistas del siglo XIX, de quienes Peyrou se encuentra a universos de distancia.

Esperamos que este cuentista se libere totalmente de Borges, el cual pudo ser sin embargo, una eficaz influencia en su momento; pero relatos como **El Jardín Borrado** o **El Juez**, nos autorizan a pensar que Peyrou puede caminar solo sin necesidad de "andadores" literarios. **Hugo Ezequiel Lezama**

Gragea

—En Salta ha comenzado a publicarse un nuevo periódico de letras y arte. Su nombre: "Círculo". La gente: Raúl Aráoz Anzoátegui (de quien conocemos un buen poema publicado en La Nación), Gustavo Leguizamón, Fernández Molina, Luis Preti, Ramiro Dávalos, Manuel Castilla y otros.

—Las obras completas de **Ricardo Güiraldes** que editará Emecé, estarán prolongadas por **Francisco Luis Bernárdez.**

—En Uruguay se edita una revista de letras que se llama "Papel de Poesía" La dirige Artigas Milans Martínez. El segundo número de dicha publicación está dedicado a la obra de D. Agustini.

—La revista **Capricornio**, que dirige en Buenos Aires, Bernardo Kordon, ha puesto a la venta ya su tercer entrega. Como los números anteriores, el material que incluye es de interés. Lástima que junto a buenos cuentos, acertadas críticas de libros y de teatro, ensayos interesantes, se agreguen artículos ingenuamente tendenciosos como los que llevaban el sensacional título de **El Trabajo Forzado en los Estados Unidos.**

Hugo Ezequiel Lezama

CRITERIO

Aparece los segundos y cuartos jueves de mes

AÑO XXVII — **8 de abril de 1954** — **Nº 1209**

SUSCRIPCION		SUSCRIPCIONES DE AYUDA	
Anual	$ 60.—	Vitalicia	$ 1.000 una sola vez
Semestral	,, 40.—	De protección	,, 500 anuales

Número suelto, $ 3.50 — Número atrasado, $ 5.—

Pago adelantado

Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires.

Las suscripciones que el interesado no anule expresamente antes de su vencimiento, se consideran renovadas.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas, si bien estimará debidamente toda contribución espontánea para cualquiera de las secciones de la Revista

ALSINA 840 — **BUENOS AIRES** — **T. E. 34 - 1309**

Horario de oficina: De lunes a viernes, de 13 a 19

PROFESIONALES

ABOGADOS

Dr. Lucas F. Ayarragaray
Abogado
Diagonal R. S. Peña 760 — T. E. 34 - 5135

Dr. Américo A. M. Barassi
Abogado
Cangallo 466 - 4° Piso — T. E. 33 - 1526

Dr. Conrado Carlos Beckmann
Abogado
Pueyrredón 1280 T. E. 78 - 1396

Carlos A. Bellati
Abogado
Lavalle 1605 - 2° Piso — T. E. 35 - 2192

Dr. César Bellati
Abogado
Lavalle 1605 - 2° Piso — T. E. 35 - 2192

Dr. Juan Carlos Benedit
Abogado
Ayacucho 1176 T. E. 42 - 3922

Miguel Alfredo Benedit
Abogado
Av. R. S. Peña 760 — T. E. 34-4848 y 6166

Dr. Luis Botet
Abogado
25 de Mayo 267 T. E. 30 - 1736

Luis María Bullrich
Abogado
25 de Mayo 195 T. E. 33 - 7921

César Buedo (h.)
Antonio Vázquez Vialard
Abogados
Avda. de Mayo 1365 - 1er. Piso - Of. 618
T. E. 37 - 9984 y 9743

Federico Díaz Saubidet
Abogado
Lavalle 1473 - 4° Piso - Escritorios 407/8
T. E. 38 - 7057

Dr. Oscar María Ferrari
Abogado
Av. Pte. R. S. Peña 651 — T. E. 34 - 3669

Dr. Angel Gómez del Río
Abogado
Corrientes 115 — Paraná (Prov E. Ríos)

Eduardo García Bosch
Abogado
Florida 722 T. E. 31 - 4259

Darío Luis Hermida
Abogado
Río Bamba 486 - 1er. P. — T. E. 47 - 2178

Estudio Lafaille
Talcahuano 395 - 1er. P. — T. E. 35 - 1260

Dr. Jorge Morixe
Abogado
Corrientes 222 - 11° Piso — T. E. 31 - 2538

Belisario Moreno Hueyo
Abogado
Cangallo 362, 5° P. - T. E. 33 - 6921 y 5416

Manuel V. Ordóñez
Abogado
Avda. R. S. Peña 530 — T. E. 33 - 3001

Miguel Manuel Padilla
Abogado
Tucumán 695 T. E. 31 - 3856

Jaime Potenze
Amadeo Soler
Abogados
Procurador Juan Pablo Olguín
San Martín 244, Esc. 204 — T. E. 34 - 0329
Bs. As. — Plaza Zabala 383 (1er. Piso)
U. T. E. 82080 - Montevideo

Eduardo A. Roca
Abogado
Sarmiento 643 Capital

Francisco Trusso
Luis María Casares
Abogados
Lavalle 1394 - 6° Piso — T. E. 37 - 2983

Francisco M. Tula
Abogado
Ayacucho 490 San Luis

ARQUITECTOS

Roberto Juan Cardini
Arquitecto S. C. de A.
Pozos 230 T. E. 38 - 9311

INGENIEROS

Francisco D'Arcángelo
Ing. Civil
Morelos 17 T. E. 66 - 2439

Luis M. Gotelli
Ing. Civil
Yerbal 176 T. E. 60 - 3446

Sabas Luis Gracia
Ing. Mecánico y Electricista
Arenales 1149 T. E. 42 - 2704

Antonio R. Lanusse
Ing. Civil
San Martín 232 T. E. 33 - 6289

Sebastián Enrique Guiroy
Ing. Civil
Hipólito Irigoyen 850 — T. E. 34 - 1221

Esteban Pérez
Ing. Industrial
Treinta y Tres 40 T. E. 62 - 4393

Eckhardt Rathgeb
Ing. Civil
Diagonal Norte 760 T. E. 34 - 3129
Ofic. 77 - 3er. Piso

Eduardo Saubidet
Ing. Civil
Talcahuano 1090 T. E. 42 - 2173

Basilio Uribe
Ing. Civil
5 de Julio 1953 - T. E. 741 - 0560 - Olivos

MEDICOS

Dr. Iván J. L. Ayerza
Médico
Traumatología y Ortopedia
Juncal 2573 T. E. 78 - 2533

Dr. Luis Ayerza
Clínica Médica
San Martín 1033 T. E 31 - 1346

Alejandro M. Braceras
Médico
Enfermedades de la Piel
Arenales 1611 T. E. 44 - 1705
Pedir hora

Dr. Germán C. Rillo Cabanne
Oculista
Martes, Jueves y Sábado - Pedir hora
Cangallo 1968 T. E. 48 - 0258

César Cardini
Médico
Charcas 788 Capital

Dr. Héctor Colmegna
Enfermedades de las Vías Respiratorias
Sarmiento 839 T. E. 35 - 0257
Particular: T. E. 44 - 3380 - Pedir hora

Dr. Felipe de Elizalde
Médico de Niños
Avda. Libertador Gral. San Martín 946
Pedir hora T. E. 42 - 5602

Dr. Juan Agustín Etchepareborda
Clínica Médica
José E. Uriburu 1267 T. E. 41 - 7634
Solicitar hora

Dr. Jorge Nocetti Fasolino
Médico de Niños
Viamonte 1716 T. E. 35 - 5557
Pedir hora

SANATORIO FLORES
Instituto de Clínica Neuropsiquiátrica
Director: Prof. Dr. Gonzalo Bosch
Tte. Gral. Donato Alvarez 350
T. E. 63 - 0027 Buenos Aires

Dr. Jorge Galarraga
Ginecología y Obstetricia
Médico Cirujano - Matrícula 03025
Lunes, Miércoles y Viernes
Esmeralda 634 - 4° Piso — T. E. 35 - 3730

Dr. Carlos A. Llambías
Médico
Avda. Callao 569 T. E. 35 - 3355
Solicitar hora

Dr. Antonio Balcazar Morrison
Clínica Médica
Avda. Libertador Gral. San Martín 2538
Pedir hora T. E. 71 - 9453

Dr. Juan Nasio
Enfermedades del Aparato Digestivo
Arenales 1335 T. E. 41-8101

Dr. Aurelio E. Serantes Lasserre
Urólogo
Lunes, Miércoles y Viernes, de 14 a 16 hs.
Solís 1361 T. E. 23 - 5265

Dr. Rafael Sitler
Médico Oculista
Billinghurst 2084 T. E. 78 - 0605

VARIOS

Mario L. G. Costantini
Agrimensor
Callao 626 T. E. 44 - 2474

Federico R. Lanusse
Contador Público Nacional
San Martín 232 T. E. 30 - 0061

Rosario Estrada
Traductora Pública Nacional
Inglés - Francés
Callao 1046 T. E. 42 - 4365

José María Lacoste
Contador Público Nacional
Larroque 232 - T. E. 242 - 3038 - Banfield
C. Pellegrini 1262 - T. E. 41 - 6203 - Cap.

CORREO Argentino
Central (B)
FRANQUEO PAGADO
Concesión Nº 231
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 476

Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap. m$n. 50.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1309 - Bs. As.

$ 3.50

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso
8 DE ABRIL DE 1954